

EDICIONES SIGLO VEINTE

☆

LAS GRANDES NOVELAS CONTEMPORANEAS

- | | | |
|--|--|---|
| SCHALOM ASCH
El regreso de Jaim
Lederer.
La vida de Moisés
Melnik.
La hechicera de Casti-
lla. | LION FEUCHTWANGER
El judío Suss. | THOMAS MANN
Mario y el hipnotizador.
Tonio Kroger.
La muerte en Venecia. |
| VICKI BAUM
Helena Willfüer.
La aguja roja.
Sentencia secreta.
Vidas sin misterio. | LEONHARD FRANK
Carlos y Ana. | RENE MARAN
Batuala. |
| PIERRE BENOIT
La Atlántida. | FEDOR GLADKOV
Energía, 2 tomos. | FRANCOIS MAURIAC
El desierto del amor.
El río de fuego. |
| LEON BLOY
Cartas a Verónica.
El desesperado. | MAXIMO GORKI
Tempestad en la aldea. | ANDRE MAUROIS
La liberación. |
| JOHAN BOJER
Los emigrantes. | DASHIELL HAMMETT
El halcón maltés. | PAUL NIZAN
La conspiración. |
| IVAN BUNIN
El sacramento del amor.
La aldea. | JAROSLAV HASEK
El buen soldado
Schweik. | LIAM O'FLAHERTY
El delator. |
| ALBERTO M. CANDIOTI
Camino incierto. | JOSEPH HERGSHEIMER
Tampico. | O. HENRY
Los cuatro millones. |
| JEAN CASSOU
En la zona sin límites.
La llave de los sueños. | I. ILF y E. PETROV
El becerro de oro.
La aventura de las do-
ce sillas. | BORIS PILNIAK
El año desnudo. |
| LOUIS F. CELINE
El viaje hasta el fin de
la noche. | ERICH KASTNER
Fabián — Historia de
un moralista. | RAYMOND RADIGUET
El diablo en el cuerpo. |
| COLETTE
Mitsou o la iniciación
amorosa. | LEO KIACHELI
Un aldeano de Georgia. | GUSTAV REGLER
La pasión de Joss Fritz. |
| JOSEPH CONRAD
Tifón.
El colono de Malata. | KYN YN YU
Cuentistas de la Nueva
China. | JOSEPH ROTH
Los cien días.
Job. |
| CHENG-TCHENG
Mi madre.
Mi madre y yo a través
de la revolución Chi-
na. | J. DE LACRETELLE
Silbermann. | W. SAROYAN
¿Qué le parece América
paisano? |
| EUGENE DABIT
Hotel del Norte. | OLIVER LA FARGE
Muchacho risueño. | ARTHUR SCHNITZLER
El retorno de Casanova. |
| ILYA EHRENBURG
Julio Jurenito.
La conspiración de los
iguales. | LEONIDAS LEONOV
Edificación. | JOHN STEINBECK
Las praderas del cielo.
El pony colorado. |
| CONSTANTINO FEDIN
El sanatorio del doctor
Klebe. | SINCLAIR LEWIS
Dodsworth — Fuego
otoñal. | TIEN CHUN
La aldea en agosto. |
| | VICTORIA LINCOLN
La Colina February. | ALICE TISDALE
HOBART
Petróleo para las lám-
paras de China. |
| | JACK LONDON
Colmillo blanco.
El mexicano.
Martin Eden.
Una hija de las nieves.
John Barleycorn. | MARK TWAIN
Un yanqui en la corte
del Rey Arturo. |
| | PIERRE MAC ORLAN
El muelle de las bru-
mas. | WANDA WASILEWSKA
La Patria. |
| | ANDRE MALRAUX
El tiempo del desprecio.
La vía real. | FRANZ WERFEL
Primavera en otoño. |
| | | MIGUEL ZOSCHENKO
Los días de nuestra
vida. |

ENRIQUE AMORIM

EL PAISANO
AGUILAR

EL PAISANO AGUILAR



SIGLO VEINTE

COLECCION LA ROSA DE LOS VIENTOS

E. \$ 6.- MONEDA
S. ARGENTINA
V.

EL PAISANO AGUILAR

por

ENRIQUE AMORIM

★

EDICIONES SIGLO VEINTE ha elegido, con el deseo de incorporar a esta colección las expresiones más destacadas de la nueva literatura americana, una obra de Enrique Amorim, que es quizá la más representativa de este autor, ya famoso en todo el mundo. *El Paisano Aguilar* forma parte de una serie de novelas en que el autor se ha propuesto penetrar en el paisaje y la psicología de los hombres de la llanura americana, y en las que sus preocupaciones rompen los límites de la mera narrativa, para ahondar en los problemas de la tierra y del trabajo, sin alejarse en ningún momento de la poesía que mana del campo y de sus gentes.

Si en *La Carrera* el autor mezcló fantasía y realidad en una extraña proporción, o en *El Caballo y su Sombra* enfrentó al paisano con los extranjeros dispuestos a laborar el suelo palmo a palmo, apartándose expreso de los moldes trillados de gauchismo, en *El Paisano Aguilar*, Amorim ha logrado una creación de superiores relieves, en la que la trama, hábilmente urdida, empieza entreteniendo y acaba por preocupar, llevando a la mente del lector la impresión viva de los problemas del campo y del profundo sentir de sus gentes. Y esto sólo puede lograrlo un autor que, como Amorim, se halle impregnado de un sentimiento cordial y comprensivo por estas gentes, con las que ha convivido y en cuyas penas y alegrías ha participado.

SIGLO
VEINTE

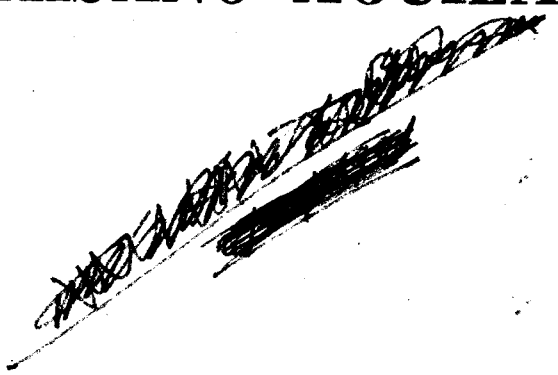
EL PAISANO AGUILAR

Chual-Daguerre
1955

COLECCION LA ROSA DE LOS VIENTOS

ENRIQUE AMORIM

EL PAISANO AGUILAR



EDICIONES SIGLO VEINTE

BUENOS AIRES

LIBRO DE EDICIÓN ARGENTINA
Queda hecho el depósito que pre-
viene la ley 11.723. Copyright by
EDICIONES SIGLO VEINTE
S.R.L. — Capital \$ 100.000 m/n.
Juncal 1131 — Buenos Aires.
IMPRESO EN LA ARGENTINA
PRINTED IN ARGENTINE

Se le iban amontonando los días, como porciones de pasto seco en la joroba de la parva. Al siguiente de su llegada, mandó cortar el yuyerío, avanzado hasta la puerta de la cocina. Y, desde la ventana de su cuarto, permaneció más de una semana inactivo, mirando el campo, a veces tras la humareda de su cigarrillo. El campo, la selva, el río; el camino entrando en el horizonte como una cuña.

En el viejo escritorio halló un manoseado Libro Mayor de contabilidad. Cortó un trozo de papel, del tamaño de una tarjeta de visita, y lo pegó sobre la cubierta. Después escribió con caracteres tipográficos: *Francisco Aguilar. — Año 19...* — Bajo aquel rótulo impecable quedaría para siempre, amarillento y oculto, el nombre de su padre y otra fecha: *Año 18...*

Sobre la mesa, polvorientas libretas en las cuales abundaba el nombre de la estancia: "*El Palenque*", en caracteres de imprenta, y "*El Palenque*", en la torpe caligrafía de su padre, capaz de hacerle ruborizar.

No le proporcionaba placer el hurgueteo de aquellos documentos, el investigar en la administración curiosa de su progenitor. Pero le era imposible desviar los recuerdos, no dar curso a las evocaciones de la infancia. Con el cigarrillo en la boca, inquieto, se alejaba de la casa de piedra e iba, paso a paso, hasta la de ladrillo, distante unos escasos cincuenta metros. En ella habían transcurrido las jubilosas jornadas de su adolescencia, siempre clavados los ojos en la casa mayor, ahora vetusta morada de apariencias graves, verdín y musgo en las paredes. Una galería baja, hacia el Oeste, donde el sol del crepúsculo entraba, desfalleciente, ya pasados los

ENRIQUE AMORIM

calores de las jornadas caniculares. Hacia el norte, se abría un patio generoso, donde los rayos del sol invernal entraban mansamente, entibiándolo. Patio de piedra losa, en cuyas uniones brotaba un yuyo enfermizo y ruin, como clamor de un suelo fértil, obstinado en manifestarse. En medio del patio, el aljibe de roldana reseca, con la herrumbrosa cadena caída a los pies del brocal, descubriendo su profundidad.

En la llanura, la casona de sillares labrados, hablaba a los forasteros de una era de trabajo y de amor a la tierra. La estancia, signo de un esfuerzo, alzaba su seguridad feudal en muchas leguas a la redonda. Altanería de la piedra, en la multitud de ranchos endeble, de vida limitada. Manifestación de señorío ya difunto, pero señorío de la piedra bajo la bóveda celeste, vibrante y sensible de la llanura. De cerrilladas agrestes provenía el material que la formaba, allí agropado con orgullo arquitectónico.

Dentro de aquellos muros se había incubado un sueño de empresa. Las puertas bajas, parecían custodiarlo. Ventanas de tosca madera defendían la vida sobria, casi misteriosa, de aquellos forjadores reservados, solemnes. Padre y madre de Aguilar, en rigurosa soledad la habitaron largo tiempo. Hasta los doce años, con sus restantes hermanos, Pancho había gozado de esa proximidad tranquilizadora de los mayores. Pero, apenas cumplió tal edad, no pudo traspasar el umbral de la casona de piedra. Llegados al perfil de la adolescencia, como pájaros que se emancipan de la tutela de los padres, tenían que irse fuera del nido de piedra y convivir, en la casa de ladrillos, con los troperos, peones, mensuales, "agregados".

Era el primer salto, e inevitable, por cierto. Luego, la insistencia de ir más lejos y el evidente deseo de don Francisco, de verlos corriendo mundo, lo más distantes de *El Palenque*. Luis, Eduardo, Carmelo... tres hermanos, perdidos para el afecto y el trato, mucho antes de sus muertes, lejos de la estancia. El primero, fué contrabandista con suerte; Eduardo, politiqueó estérilmente detrás del mostrador de un almacén, instalado en un *Paso*, y el tercero, del otro lado de

EL PAISANO AGUILAR

la frontera, capataceando estancias o secundando la acción revolucionaria de algún caudillo riograndense, murió apuñalado.

Pancho Aguilar, el menor, volvía de la capital, donde hiciera estudios, y luego de haber pulsado la vida comercial del pueblo vecino, se decidía a tomar las riendas del establecimiento.

Junto a los viejos muebles familiares, metía su estatura. Frente a un espejo, en el cual podía verse perfectamente antes de abandonar aquellos muros de piedra, sintióse crecido, en gran desproporción con el cristal. Su figura desbordaba la luna del espejo y debía agacharse para verse la barba. Barba rubia, fuerte, que iluminaba su rostro, disminuyendo los salidos pómulos y la nariz aguileña. Su frente estrecha, pero bien modelada, con el mentón ligeramente prognato, jugaba en su rostro un papel importante. Allí estaba su carácter. La terquedad, la firmeza y cierta violencia de modales, desconcertaban, si se le mirasen tan sólo sus ojos celestes, de pestañas más largas que lo regular.

Hacía dos años que el viejo Aguilar *era finau*. La madre, de extraña enfermedad, desapareció mucho antes. Perdida para el afecto renovado, una hermana de ella, casada, vivía en un pueblo vecino. Tenía hijos, entre los que Aguilar recordaba vagamente a su prima Clarisa, de ojos negros y su voz querendona.

Su primera sorpresa entre los rústicos de la campaña, la sintió al oírles hablar de su padre. *El finau* para aquí, *el finau* para allá. Si bien eran precisos los términos, le nació una violenta reprobación, ante aquella forma de nombrar a su progenitor. Cada vez que decían *el finau*, se le aparecía su figura recia, desaliñada. Don Francisco era más bien pequeño, encorvado, de ademanes torpes y andar poco resuelto. Recordaba entonces algo que siempre le impresionara: su entrada en la casa de piedra. Por la única puerta de acceso, se escurría su figura, rozando los gruesos marcos, como si temiese que su cuerpo proyectara sombra. ¿Qué significaba, por qué aquel desconfiado andar?

Ahora él, dentro de la casa de sillares rústicos, dueño de la residencia tan sólo habitada por su infancia, recorrió los muros como si buscara una explicación del capricho paterno. Le veía una vez más salir con las manos en los bolsillos, cabizbajo; detenerse en el umbral, apoyar su cuerpo en el marco, desconfiado; mirar de reojo, dar una orden.

Sufría con aquel recuerdo, porque a cada rato el viejo peón don Farías, agregaba:

—El finau quería las cosas ansina. No sé si mi patroncito gustará... Pero al finau, ricuerdo...

Aguilar se alarmaba al no poder soportar el trato campesino. Corregir al viejo servidor era ruin propósito. A cada paso, la inevitable presencia de don Francisco. ¿Por qué, se preguntó, desconcertado, no recordar los venturosos días en que se festejaba una fiesta familiar, reunidos todos en la casa de ladrillo?

Evocaba, irremediamente, la vedada residencia de piedra, el misterio de aquel encierro de su padre, donde empollaba a los hijos para expulsarlos al llegar a la adolescencia, prohibiéndoles terminantemente traspasar el límite de la sede mayor.

Apoyado en la ventana, fumando como un murciélago, rápido y sin gustar el cigarro, Pancho Aguilar se veía rodeado de fantasmas. Un silencio pesado—que parecía aplastar el empastado campo, someter los árboles a una madurez mayor y poner un yugo sobre cada bestia que pacía—, un silencio evocador de recuerdos, le tenía fijo en la ventana, entregado al misterio de aquella casa.

¿Qué anormalidad, pensaba, en la vida de sus padres, les hacía proceder en forma tan descomedida y singular?

Una vez oyó en los galpones, a unos troperos, asegurar que don Francisco era de los pocos que conservaban esterlinas en los cajones. Aquello le pareció absurdo. El no recordaba haber visto cajones en la casa. Agotando las conjeturas, se le ocurrió la idea de que tal vez fuera víctima, su padre—quizá su madre—de alguna aberración, de algún acto abominable capaz de impresionar a los hijos. Fuera de beber en

abundancia, ¿habría alguna visible tara, de esas que se llevan a flor de piel, visibles para los familiares?

Sentía vivo el recuerdo de la mañana invernal, cuando salió con su ropa de cama, su colchón, sus pocas *pilchas*, camino de la casita de ladrillo y techo de zinc, abandonando para siempre la casa de piedra. Jamás volvió, en vida de sus padres, a entrar en ella. Y ahora, que se hallaba dentro, dueño de las sombras, del recuerdo y del aire que respiraba, sentía la asfixia más terrible y se dejaba ir por aquella ventana, nuevo prófugo del extraño hogar.

Llevaba más de quince días allí. Las noches las pasaba sin sentir las. Cuando hacía un esfuerzo grande para olvidar, lo conseguía. Pero no le costaba poco, por cierto, tornar la hoja. Hasta que alguien repetía las incalificables palabras, del *pobre finau*, o el *finau don Francisco*, todo marchaba bien. Y era porque él, en esa manera de expresarse, entreveía una caricatura grotesca de su padre.

Necesitó llegar a sus campos, para sentir la horrible impresión—en el pueblo o en la capital, nadie hablaba con aquel acento, nadie enturbiaba su recuerdo—; pero en *El Palenque* veía nubes de polvo, de esas que se levantaban cuando la frente está sudada y hacen huellas sucias de las arrugas bien merecidas.

¡Horrible caricatura de su padre! En los retratos conservados con religiosidad, aparecían tan sólo los rasgos atenuados de su persona. El traje, el sombrero o la postura fotográfica, no le daban la verdadera efigie.

Sin embargo, ahora aquella casa abandonada le hacía resaltar su figura en lo caricaturesco.

¿Sería la resultante de forjados sueños de belleza, desde la ciudad, rodeado de compañeros con padres apuestos y elegantes? Aquello de *el finau*, era una insistencia sobre la caricatura de su padre muerto.

El Palenque se podía considerar como una tapera. Sólo le faltaba, para serlo definitivamente, que se secase el pozo de agua, cuya pupila turbia no alcanzaba a recoger el cielo estrellado.

ENRIQUE AMORIM

La casa donde había corrido su juventud, convertida más tarde en galpón y depósito, mostraba ahora, en sus paredes ahumadas, la lepra de la humedad y costras de blanqueos muy viejos.

El nombre de la estancia, cuando lo repetía en la ciudad, le sonaba a signo fatal. Siempre temió verse atado a la vida campesina. *El Palenque*, la estancia con su nombre tan criollo, tenía para Pancho Aguilar el mismo sentido que para un caballo.

Un mancarrón atado a un palenque, sentiría lo mismo que Aguilar, amarrado al recuerdo, a la oscura determinación de ser un hombre de campo.

En sus días de bachillerato tuvo mañanas inesperadas, extrañas, en que habría dado cualquier cosa por sentirse ajustado a la vida de la estancia, como una bestia al yugo. Entonces, en la charla de sus compañeros, mechaba su conversación con giros apaisanados de la jerga campesina. Se veía inducido a ello, al punto de no poder evitarlo. Oía el balar de los animales, percibía el aroma salvaje del campo amanecido. Sus manos necesitaban acariciar la crin de un caballo, el pescuezo de un ternero.

Ansioso de marcar un punto de superioridad entre los suyos, ya internados en la campaña sus hermanos, Pancho Aguilar buscaba inconsciente la liberación de su destino, la singularización de su vida, dentro del ritmo familiar. Y, aunque le dominase el fervor campesino, huía con dolor de la guitarra que otros tañían, para no dar su brazo a torcer.

Tal vez en aquel difícil juego, en que intervenía, por un lado, un deseo razonado, y por el otro presionaba un tipo racial perfectamente definido, tal vez en aquellas tentativas azarosas, se le notaban más aún las marcadas características del hombre de campo. Y, allí nació el mote de *paisano*, que en el colegio se le prendió como un abrojo.

En los atardeceres de los patios de esos colegios, se destacaba su tristeza acentuada, tristeza hecha con campos abiertos, más grande que las del resto de los muchachos, por estar más próxima a la mano de Dios. Nostalgias de cada alum-

EL PAISANO AGUILAR

no, comunicables, confidenciales. Mas, la del paisano Aguilar se hacía chúcara por momentos y no podía alcanzarla nadie. En su aparente mansedumbre, se revelaba un alma discolá y un espíritu solitario.

Ya en *El Palenque*, fué cuando se le ocurrió comparar su infancia con la de los demás compañeros.

Al llegar a este punto, estrujó entre sus manos un pucho apagado y dió espaldas al campo, como quien da vuelta la cara a una escena desagradable.

*

Apoyado a un paraíso de nudoso tronco, lo esperaba don Farías. Pañuelo negro al cuello, barba espesa y negra, combadas piernas, le aguardaba impasible. La orden, el mandato, podían hacerle andar como a un perro la voz del dueño.

No bien apareció Aguilar, separó el cuerpo del tronco del árbol, en ademán militar.

—No te necesito, Farías — dijo rápidamente —. Andá no más para el galpón.

Le costó un tanto, articular las últimas palabras. Pensó decirle, con la misma gravedad, pero en una más breve frase: *Andá pal galpón*, mas un extraño pudor se lo impidió. Habría sido exacto y natural, pero encarnaba, así, con más profundidad, su condición de patrón.

—Yo quería decirle, patroncito, que la Juliana quiere comprarle unas gallinas a un gringo. A mí parecer, son criollas de por aquí y robadas, patrón... — titubeó al finalizar el viejo Farías.

—¿Te parece? — preguntó inquisitivamente Aguilar. — Vamos a ver a ese gringo...

Caminaron hacia el galpón. A pocos pasos, una jardinera cargada de fardos y aves de corral, tenía puesta la dirección hacia el camino.

Aguilar iba apartando altas yerbas, que la desidia del casero había dejado crecer, formando un matorral.

—Mandá cortar estos yuyos — ordenó al pasar.

—Mañana van a empezar por este lau. . .

Cuando enfrentaron al gringo vendedor de gallinas, sin saludar al hombre, Aguilar le pidió que le enseñase las aves.

—Están gordas, patrón — argumentó el sujeto.

Dos o tres peones que andaban rondando *El Palenque* a fin de conseguir conchavo, enterados de la acusación de robo de la casera, sonrieron maliciosamente.

Juliana quiso hablar, pero Aguilar no la dejó.

—Estas gallinas son de por aquí, ¿no es así? — inquirió de pronto.

—Cosas de misía Juliana, patrón. ¡Las he criado yo! ¡No acostumbro robar!

—¡Ah, sí! Yo no lo acuso, mi amigo; no sé de qué pelo son esos bichos, ni si están marcados, pero. . . a ver, a ver, y ¿cuántas yuntas son?

—Tiene tres yuntas, patrón. . .

La casera no dejó de intervenir:

—¡Pa' mí que los zorros tienen nombre de cristianos! — dijo socarrona, al tiempo que succionaba la bombilla tapada.

Pancho Aguilar la miró con aire de reprobación.

—Bueno, vamos a hacer una prueba, mi amigo. . . — dijo con aplomo. — Suelte usted esas gallinas. Si no saben para dónde enderezar, se las pago bien. Si rumbean para el gallinero, mi amigazo, se quedan en la estancia y usted se manda mudar en seguida. . .

Como el gringo parecía no entender, Aguilar insistió:

—Lárguelas, compañero; desate esas yuntas, vamos a ver si reconocen su querencia. . .

Impresionó tan bien la decisión de Aguilar, que uno de los peones dijo por lo bajo:

—¡Linda prueba, canejo!

Como el sol se iba poniendo, la experiencia del patrón encajaba perfectamente. Aparecieron dos peones más, atraídos por la discusión.

—Pero, mire, patrón, yo cumplo lo pedido, ¿qué quiere?

Desató, entre rezongo y rezongo, las tres yuntas de gallinas.

Aguilar fué a apoyarse en el alambrado que circundaba la quinta de frutales abandonada. Las aves, libres de ataduras, agitaron las alas, picaron a diestra y siniestra, y pasito a pasito, ante la risa nerviosa de los circunstantes, se encaminaron hacia una vieja enramada próxima, que servía de gallinero. Luego de girar en torno, trepáronse en los primeros tramos.

Aguilar, desde el alambrado, miraba sin atención la escena. Embargado en cosas lejanas e imprecisas, no daba particular importancia a aquella experiencia. Sin embargo, los curiosos, peones a su servicio, peones sin trabajo, casero, cocinera y don Farías, valoraban el acto, dándole una importancia extrema. Para ellos significaba, aquella hábil maniobra, algo muy singular.

Contra el alambrado, la figura magra, esbelta, de don Pancho, tenía contornos firmes. Sus ojos de pobladas cejas, con destellos impresionantes. Las manos firmes en el hilo de acero donde se apoyaban, adquirían una fuerza que daba envidia a sus peones. La treta les pareció algo extraordinario, por encima de sus inteligencias primitivas. Cuando le vieron sonreír, mostrando la fuerte y blanca dentadura, reírse del gringo atribulado, no pudieron contenerse y repetía, el más osado:

—¡Linda pescada!. . . ¡Cayó en la trampa!

Aguilar miró fijamente al extranjero. Metió la mano en el bolsillo y sacó un fajo de billetes. Estiró un par de pesos al vendedor, al tiempo que le decía:

—¡Andáte, muchacho; andáte, que se te puede hacer tarde!

Confundido, el ladrón tomó el dinero y se dispuso a marchar.

Azuzada la bestia, rompía a andar la jardinera, envuelta en las primeras sombras, cuando las seis u ocho miradas de los peones se clavaban en las espaldas de Pancho Aguilar, quien marchaba silencioso en dirección a la casa de piedra. Firme su paso, varonil, exacto. Oyó que, a sus espaldas, alguien decía:

—¡Tá que un gringo, v'a fumar a un crioyo!

Encendió la vieja lámpara y una luz amarillenta iluminó el Libro Mayor, abierto y en blanco. Las anotaciones que en él había, apenas si pasaban de la página 34. Y, entre el *Debe* y el *Haber*, un claro espacio en blanco atrajo las miradas de Aguilar.

En sus primeros pasos de estudiante había tentado un diario íntimo, en cuyas páginas constaban no pocas tribulaciones, en un torpe y velado lenguaje de colegial. Intentó recoger la actividad de cada día, y en algunos sólo alcanzó a estampar un dato sin interés posterior. Por ello desistió. Así también, ante el libro de comercio, tuvo, una vez más, la duda de si vertería o no algo confidencial y de valor permanente.

La soledad le impresionaba, dándole, al propio tiempo, un goce nuevo. Enfrentaba a la vida por vez primera, como si lo dejasen solo con una mujer desconocida, en una terraza desierta o en un salón a media luz.

Sus muertos se alejaban de su lado y aquel extraño fenómeno, más que acobardarle, le daba un inusitado valor. Se sentía como una cuña, encajada en la inmensidad que le rodeaba. Las escasas tres mil cuabras de los potreros de *El Palenque*, se le aparecían más vastas y las sintió apretujarse, rodearle, ceñirle. Era su dominio, su tierra natural. Las había heredado gracias a la muerte diligente, que en término de cuatro años, había segado las vidas de Carmelo, Eduardo y Luis, sus tres hermanos, que agacharon el lomo alejados de toda fraternidad, mientras duraba su tentativa de hacer carrera en la capital.

Poco o nada les importaba a ellos su éxito o su fracaso. Los tiempos que corrían, se habían hecho duros para los hombres jóvenes de la ciudad. Un día, sin querer, tropezó con una frase de Flaubert que le hizo meditar: "*Sus padres tenían dinero para pagarle una carrera, pero no les alcanzaba para comprarle un destino*". A él le había sucedido algo semejante. La sentencia caía sobre su vida, como una espada.

Frente al Libro Mayor, estuvo pensativo un buen rato. Cuando los fantasmas de su niñez querían entrar en el recuerdo; cuando se situó una vez más en la ordinaria y primitiva casa de ladrillos y volvió a ver a su padre entrar en la casa

de piedra, huyendo de su sombra, apretado contra la pared, quiso defenderse. El misterio venía a entorpecer su noche de aparente sosiego. La treta tan bien urdida para descubrir si eran o no producto del robo las piezas de corral ofrecidas; su pequeño, pero neto triunfo, adquiría formas salvadoras de optimismo ante la avalancha de recuerdos poco gratos, vuelta a tentarle.

Midió, con paso inseguro, el penumbroso comedor, y su sombra, proyectada en las viejas paredes de descascarado revoque, iba y venía, acompañándole desigual.

Se miró en el cristal de una ventana. Su barba descuidada, sus ojos cansados y de amplias ojeras, su boca seca, sus cabellos en desorden. El tic-tac del viejo reloj, le llegó a molestar. Volaban sin pausa, esas moscas ruidosas que por la noche, alterando el orden de las horas, rezongan desconformes próximas a nuestro oído. Apagó la lámpara y con el fósforo con que diera fuego a un apretado *charuto* de chala, se encaminó a su cuarto.

Antes que se quemaran las primeras mariposas en la vela de sebo de su velador, soplando violentamente la bujía, se hundió en las sombras.

La vieja cama de madera crujió un instante, como si temiese turbar el silencio religioso que en la estancia, desde la muerte de su padre, la oscuridad ceñía implacablemente.

A veces, la soledad se diluye en lo inmenso del campo y es un alivio la garabateada nube de primavera, proyectando sombras caprichosas sobre la llanura. Si la soledad se padece entre cuatro muros, termina por hacerse un nudo y ahorca las horas. Huyendo de la estancia, el paisano Aguilar salió con los perros a recorrer el potrero de pastoreo. A una escasa legua, el río, con sus riberas boscosas, de altas barrancas. A la derecha, el lindero campo de los Trinidad, una invernada de rica población bovina, gordo y bien mestizado rodeo de novillos. A la izquierda, el camino de pronunciadas huellas; unas para el veraneo, para el invierno las otras; ya evitando la zanja o bordeando el pedregal.

Camino hacia la población vecina, capital del departamento, que va sorteando, a derecha e izquierda, rancharíos con boliches y pulperías y fondas. Donde hacer la noche, o empinar el codo, o encender un cigarro.

Desde lo alto de su alazán, Pancho Aguilar situó un nuevo dominio para sus ojos. El hombre jinete, es un ser que ha descubierto un horizonte mayor. Está a la altura de la copa de los frutales y en mitad del ramaje arisco de una "sombra de toro". El paisano Aguilar se sintió como alzado en su propia estatura. Erraban sus miradas más arriba de las orejas inquietas de su caballo y todo lo apreciaba, al contemplarlo, con una gravedad de quien deja caer desde lo alto su puño o su espada. Pensó que el valor de los guerreros, quizá se robusteciese desde el caballo. Si el círculo del dominio de un hombre no va más allá del alcance de su mano esgrimiendo un látigo, desde arriba del caballo alcanza una longitud mayor. Horquetado en él, el jinete recoge entre sus piernas ese dinamismo, esa grave vitalidad del animal, en la que parecen enraizarse los

EL PAISANO AGUILAR

miembros del que lo monta. El que va bien sentado sobre su bestia dominada, debe sentirse una sola pieza, como centauro mitológico. El viento que azota las copas de los árboles, no ha de ser el mismo que inclina los pastos crecidos. Y el viento que corre por lo alto, oloroso a selva, agita el cabello de Aguilar. Viento de primavera, alocado y desigual, que infunde un optimismo capaz de distraer el paseo del solitario.

So pretexto de recorrer el alambrado — la gente de campo no comprenderá jamás el paseo inútil, el andar sin sentido, aunque a veces su trabajo tenga tantos puntos de contacto con el vagar o el simple juego — so pretexto de recorrer el alambrado, Aguilar baja la hondonada, fija los ojos en el camino.

Próximo a la ruta terraplenada, ya percibe el orden de las cosas de la ciudad. Por ella, en una marcha de cinco horas en automóvil, se arriba a la población mayor. Allí la novia y los entrevistados amigos y el agrupado deseo de vencer, de negociar con provecho, de amontonar dinero por el momento sin destino.

Junta su cabalgadura al alambrado y con la sotera de su rebenque golpea, cada cinco metros, con desgano e indiferencia, los "postes principales".

El alazán marcha tranquilo, apenas arisqueando a cada golpe que su dueño da en los hilos tensos.

Se alza de los postes un casal de lechuzas que traza un círculo sobre el jinete, primero, y luego, se fija como vibrantes puntos en el cielo, a buena altura del nido, atentos, vigilantes. De pronto, con rápido giro, abandonando su puesto en el aire se posan en dos postes.

El jinete sigue, no por cierto ajeno a aquellos vuelos. Marcha bordeando el alambrado, al trote corto del alazán, quien recoge con su morro las *babas del diablo* que la primavera cuelga de los alambres y el viento coloca en posición horizontal.

Pero detiene su acompasada marcha. En medio del camino, una cruz de palo le sale al encuentro, como si surgiese de pronto de la tierra. Sí, la recuerda vagamente, conoce su historia,

pero no puede precisar. Alguien se la contó. No, no es una fantasía, es un hecho real que ha vivido.

Se lleva la mano al mentón. No comprende cómo pasó casi por encima de ella, cuando llegara hace apenas dos semanas a *El Pulenque*. Comprende que la razón de no verla, fué la velocidad que imprimió a la máquina, para llegar cuanto antes. Vendría con los ojos puestos en la estancia, calculando el crecimiento de los árboles, atento quizás a las mudanzas que el tiempo habría impuesto a sus pagos.

Recuerda que marchaba con la mirada clavada en *El Pulenque*, sin importarle de las huellas, los cardenales, los zanjones ni la cruz en el medio del camino. Tal vez la vió como objeto familiar que no se advierte.

Quiere justificar su falta de atención, y de pronto, como si de nuevo se alzasen sombras fantasmales, ve, nítido, el cuadro que hace veinte años le tocó vivir. Ve al maestro. ¿Qué maestro? Al maestro de la escuela del Paso del Pintado, tendido en el suelo, muerto, con una puñalada en el corazón.

Hace veinte años. . . Un buen día quedó en el camino León Sarrachini, el viejo maestro alcoholista.

Aquel pobre hombre era una incurable víctima de la bebida. Recordó Aguilar algo impresionante: don León, cierta vez que no sabía de dónde sacar un vaso de caña, llegó a ingerir el alcohol de unos frascos en los cuales se conservaban víboras de la región. Los alumnos hallaron secos los recipientes y tomaron a la chacota el descubrimiento. Pancho Aguilar aun siente una sensación de asco.

La cruz en el medio del camino, le provoca un forzado recorrido por aquella época.

Ahora evoca el episodio con una claridad única. Don León se embriagaba jornada tras jornada. Los días en que apenas podía dar un paso, se hacía conducir en un sulky por uno de los alumnos. Siempre de los mayores, unos mocetones chúcaros, analfabetos, a quienes en un año, a duras penas, podía enseñarles a sumar.

Elegía entre los más fuertes, a los más tranquilos y respetuosos. El que le tocaba la custodia, debía ayudarle a subir

al sulky todas las veces que se bajaba don León, en el trayecto de su casa a la escuela. Mediaba una legua.

Bajaba, subía. Andaban unos pasos y volvía a bajarse, a intentarlo, cuando en algunas ocasiones los alumnos se oponían.

Don León era un borracho cargoso, cansador, insoportable. Pretextando tener que hacer alguna necesidad o porque se le había caído un cuaderno, bajaba del vehículo para luego hacerse subir, casi como un fardo. Se diría que gozaba con ello.

Como los muchachos recibían alguna paga, lo complacían a regañadientes. Pero, cierta vez, elegido un mocetón de extraña fuerza, orejado y de crinosa cabellera, don León tuvo que luchar con su conductor.

Desde los últimos ranchos al "Paso", en el despoblado, el viejo maestro empujó tantas veces la botella de caña, como descendiera del coche.

El chinerío, desde lejos, vió las paradas de don León y cómo el muchacho se esforzaba por hacerle subir. Tanto, que acabó por reñirle. Pasado que hubiera el río, el maestro se encolerizó ante la negativa de no detener la marcha, impidiéndole beber o bajarse.

Se trenzaron en pelea. El viejo, en el colmo de su indignación, aplicó un golpe en la cabeza del muchacho, y éste, sin decir palabra, sacó el cuchillo y lo hundió en el pecho del borracho.

Se inclinó el cuerpo exánime del maestro y cayó, lentamente, poco a poco, mientras marchaba el sulky al paso habitual. Como un bulto, como un fardo que se pierde.

Desde la cuchilla, a Pancho Aguilar le tocó ver la caída. No dió importancia al accidente. A veces, cuando no llevaba compañía, solía caerse y el caballo deteníase a esperarle.

Aquella vez, el vehículo siguió conducido por el criminal. Más allá de la casa de don León, se perdió en la cuchilla, a paso apresurado.

Dos días después, Aguilar oyó que le contaban a su padre cómo había muerto el maestro. Una cruz de palo, allí donde el

ENRIQUE AMORIM

cadáver de don León fué recogido, colocaron unas chinas religiosas. Fué respetada. Fué respetada hasta por las tropas que, al cruzar, hacían invariablemente un círculo, un rodeo de asombro.

¡Veinte años!, pensó Aguilar. Y se quedó contemplando unas tiras de género atadas a los extremos de la cruz, ex-votos de los caminantes que, agitadas por el viento, parecían tres mariposas grises, polvorientas.

*

Galopó en dirección a la estancia. De pronto, junto con un apetito acentuado por el viento primaveral, le entraron deseos de conversar con alguien, de cambiar ideas con algunos de aquellos seres capaces de colgar ex-votos en la cruz de palo del camino.

Caminando por la avenida de paraísos que conducía del galpón a la casa de piedra, se cruzó con Juliana, la casera.

Juliana era una mujer cuarentona de evidente salud, opulenta y de movimientos graves. No era fea, pero distaba de ser una buena moza. Tenía esa hermosura que conforma en el campo, porque no era antipática. El cutis de su rostro, descuidado, estaba provisto de un vello rubio y abundante. Su vientre, prominencia sospechosa, era abultado, y si reía se le agitaba de arriba a abajo. Desde niña había tenido aquella silueta, por lo general corriente entre las campesinas.

Había en Juliana una fuerza de simpatía, ante la cual era fácil olvidar su cuerpo deforme, sus vellosidades, el aire paisanote y rústico.

Pancho Aguilar se cruzó con ella, quien le interrogó:

—¿De vuelta, patrón?... ¿Quiere un mate?...

—Bueno, vaya preparándolo... Tengo sed...

Anduvieron juntos unos metros, como acompañándose mutuamente.

Extraña familiaridad sintió el paisano Aguilar al marchar al lado de Juliana. ¿Por qué no se colocaría un poco atrás, como los peones? Casi tocaba su pollera de pesado paño. Los pa-

EL PAISANO AGUILAR

sos del patrón, por momentos, parecían coincidir con las hombrunas zancadas de la mujer. Caminaban a la par y una brisa suave corría del lado de la casera, olfateando Aguilar su fuerte olor femenino, de hembra trabajadora. Olor a pelo, a axila, a ropa caliente, mezclado con la natural fragancia que exhalan el campo y los árboles de la huerta.

A veces, le pareció tocar con el codo a Juliana y se apartó un tanto. La mujer, no lo notó siquiera. Se había sin duda cohibido, recapacitó brevemente Aguilar.

Por fortuna, faltaba poco trecho y al llegar a la galería la casera habría de separarse para ir a la cocina a preparar el amargo. Pero, el trecho se le hizo largo, con la mujer a su lado, casi pegada a su flanco izquierdo.

Eran de la misma estatura. Al verificarlo, Aguilar experimentó extraño desasosiego, mirándola de reojo. Marchaba con la vista en el suelo, la frente cubierta por algunos mechones. La bata holgada, dejaba ver la inadvertida blancura del seno.

Habrían andado cinco metros y, evidentemente, Juliana no tenía tiempo para disminuir el paso, aminorando la marcha, con respeto y homenaje al patrón.

Aquellos pocos instantes bastaron para impresionar a Pancho. Toda su intención de charlar con cualquiera de sus servidores, desapareció de pronto. Los rajados muros de piedra, los anchos marcos de las puertas, los primeros muebles que vio desde la galería, le hicieron perder el gusto a la conversación. Pero, al separarse de Juliana, se sintió solo y buscó alguno de sus perros, para decirle una de esas palabras sueltas que caen de los labios como frutas maduras.

Se tumbó en un sillón de hamaca. Eran las once de la mañana.

*

Como don Farías vio tan solo al patrón, le entraron ganas de conversar con él. No sabía por dónde empezar y aprovechó la proximidad de Juliana, quien se mantenía firme, a pocos pasos del patrón, aguardando el ruidito de la última "chupada", para hacer ademán de recoger el mate.

—¿Qué decís, Farías? — se apresuró a interrogarle Aguilar, en amable y acogedora forma.

—¿Anduvo por la cruz, entonces?

Farías no le perdía pisada al patrón. Aguilar se sorprendió de aquella pregunta, pues no le produjo ninguna gracia que se enterasen de sus paseos, de sus recorridas evocativas. Creía perder terreno, si se encontraba en trances impropios de un patrón, más bien de turistas o puebleros curiosos.

—Anduve recorriendo el alambrado... Hay algunos piques flojos y un poste principal quebrado — aseguró Aguilar.

—¡Las tropas patrón; no se puede con esa gente! Ahí a la caída de la zanja, cuando los bichos arisqu coastan pa' caer al paso, los troperos apretan la hacienda contra el alambrado... ¡y no hay palo que aguante!...

Hicieron silencio. Volvió Juliana con el mate. Mientras lo tomaba, Aguilar pensó en ofrecer del suyo al viejo Farías. A fin de cuentas, la fortaleza del viejo decía a las claras de su salud. ¿Acaso no le ofrecían mate en el galpón, y acaso no lo bebió cuando niño, de la misma bombilla de los peones? Tal vez él le podría contagiar alguna peste al pobre viejo, y no éste al patrón... Además, era una forma de "apaianarse" más aún, de ganar la confianza de aquellos hombres. Había resuelto ofrecerle mate al viejo servidor, así que al venir Juliana con una cebadura nueva, le dijo con una seña:

—Déle a don Farías...

La mujer tuvo un gesto imperceptible de duda o sorpresa. Quizás ella estaba tomando mate con el patrón, a escondidas, en la cocina. La orden le produjo mal efecto.

Pero don Farías la rechazó:

—No, gracias; ¡estoy encharcado! — fué su pretexto.

Pasó el mate a manos del patrón.

—¿Usted recuerda, don Pancho, la muerte del viejo León? — preguntó don Farías. — ¡Han pasau muchas tropas desde ese tiempo!

Si no se equivocaba Aguilar, era la primera vez que el viejo peón le llamaba don Pancho, como a su padre. Comprendió

el tono confidencial de aquella conversación, iniciada tan cordialmente.

—Sí, algo me acuerdo... ¿Qué se hizo del matador? — inquirió, atento.

—¿No recuerda que lo prendieron en el Brasil? Del otro lado le dieron el sogaite...

Pancho Aguilar, repentinamente recordó el episodio. Su padre se había quedado helado ante la forma expeditiva de hacer justicia con el alumno criminal. Muchas veces — ¿cómo no se había acordado antes? — muchas veces su padre contó en rueda de amigos la historia. Perseguido el muchacho, huyó en el sulky del maestro hacia el norte. No se supo bien en qué forma audaz había conseguido burlar a la policía de la campaña. Lo cierto es, que el victimario cruzó la frontera y se internó un par de leguas, en plena selva. Pero un buen día lo hallaron. Corrió la noticia y la autoridad recuperó el vehículo. Le entregaron el sulky y el caballo; y, cuando al comisario de la zona respectiva le preguntaron por el supuesto preso, por toda respuesta, imperturbable:

—Ficou lá!... ¡Quedó allá!

Allí donde lo hallaron — un recodo de camino en plena selva — hicieron justicia, degollándolo. El muchacho y la bestia, eran unos espectros. Leguas antes había conseguido vender, sin sospechas del comprador, el sulky. El caballo regresó con vida, pero el criminal *qu coastó allá*...

—Se lo tenía bien merecido el salvaje. ¡Mire que meterle cuchiyo a un cristiano indefenso y mamau! — terminó gravemente don Farías.

Aguilar hizo silencio. No podía desarrollar, muy a pesar suyo, la teoría sobre la justicia que le bailaba en la cabeza. ¿Para qué argumentar, a qué santos cambiar la manera de pensar del viejo peón?

He ahí un choque más, se dijo, con este ambiente. Esta circunstancia no le inquietaba tanto como la pérdida aparente de su memoria. Cuando ocioso deseaba evocar la infancia, los episodios, las anécdotas, los pasajes más pueriles, le sorprendían como cosa nueva. El caso de justicia tan primitivamente ejecu-

tado, al volver a su memoria por sorpresa se incorporaba al nuevo mundo que debía vivir en forma singular.

¿Por qué habría olvidado todo aquello? ¿Es que ya no pensaba volver sobre sus pasos? Su vida, ¿había sido partida en dos, por un sueño mayor que él mismo? Cuando soñó formarse una situación en la capital, eliminó todo contacto con el campo. Todo aquello era un lastre y, como barco que necesita aligerar su peso, lanzó por la borda el pasado inútil. Ahora, entre sombras, entre verdaderas olas incesantes y perturbadoras, a ciegas, debía andar con los recuerdos de la infancia, los cuales le traían consigo la experiencia para dominar, no sólo a la gente a su mando, sino el ambiente en su totalidad.

Pensaba estas cosas, al hablar con don Farías. Y ya no sabía a ciencia cierta, si le había dicho que se quedaba con las vacas de *La Rinconada*, ofrecidas "al barrer", a un precio conveniente. Don Farías, ¿habló mucho o permaneció silencioso? Mientras se hallaba embargado en vagas reflexiones, el viejo no le había formulado más de dos preguntas. Y, luego de comprender que el patrón estaba lejos de la charla, le dejó tranquilo. Don Farías, con una paja de escoba, se entretuvo en hurgar una tela de araña dibujada en una de las grietas del muro de la casa.

Para volver a la realidad, Aguilar exclamó:

—Hay que combatir las hormigas. Los cimientos están llenos de bichos. Podés decirle al nuevo quintero que lo importante es luchar con las hormigas.

—Tá bien, patrón. . .

Juliana se acercó a anunciar que la sopa estaba en la mesa. Don Farías se llevó la pajita a la boca y se marchó hacia la cocina de los peones.

La casera, de pie al lado de la mesa, observaba todos sus movimientos.

Pancho Aguilar almorzó sin quitar la vista de un objeto lejano. . . La cocinera, intrigada, no pudo precisar cuál de los que tenía frente suyo podía ser.

Desde su llegada a *El Palenque*, ya llevaba más de un mes, había resistido a la tentación de instalar el aparato de radio, so pretexto de no distraerse con ello. El cajón que lo contenía, descansaba en un rincón del comedor.

Le habían llegado muy escasas noticias del pueblo vecino y comenzaban a agriársele la soledad y la distancia.

Tres días de rudo trabajo acababan de pasar. Comprada una corta tropa a un vecino, ordenó la inmediata yerra. No habían transcurrido tres horas desde que tenía parte de la tropa en el corral — ya marcadas una punta de reses, — cuando cayó el vendedor a cobrar. Intentó extenderle un cheque, pero el hombre, "un brasilero lleno de partes", no admitía semejante pago. Al principio le produjo indignación aquella exigencia y estuvo en un tris de mandarlo con cajas destempladas, con su tropa y todo. Pero ya había marcado una buena cantidad de vacunos. Montó a caballo, y a todo galope, seguido por el desconfiado propietario de *La Rinconada*, se encaminó a la pulpería más próxima, donde seguramente le descontarían su cheque.

Mientras andaba, no contestó una sola palabra al sujeto. Llegó a la pulpería, consiguió dinero, pagó, recogió los recibos y los certificados y, estrechando la mano del absurdo propietario, regresó a galope tendido a *El Palenque*.

Había chocado una vez más con las prácticas de aquellos hombres rudos y desconfiados.

Al entrar en su casa de piedra, se le ocurrió pensar las razones de aquella desconfianza. Sus hermanos, su padre, ¿habían infundido recelos a los vecinos? Le alegró sentir que no prosperase en su alma la duda aquélla. Juzgó, por fin, como

cosa natural de un viejo negociante, el proceder receloso, frente al muchacho que se inicia y no tiene aún nombre formado.

La idea de instalar el aparato de radio, polarizaba su atención. Se tenía ganado el entretenimiento improductivo. Y quería celebrar con música el arribo de una carta de su novia.

Pancho Aguilar, cuando pensaba en su novia, sentía la misma sensación del hombre que mira las olas o sigue el curso de las llamas de un hogar. Se quedaba distraído, sin saber a ciencia cierta si pensaba en ella o dejaba de pensar por completo. Su novia le ofrecía siempre pequeños pensamientos, jamás serios problemas. Era cosa resuelta, pero no en definitiva. Ni pasión, ni amor. Un cariño fatal, perfectamente lógico, por cuya razón seguía manteniéndolo sin rebelarse. En las cartas, era tal cual se le podía ver en persona. Pequeña, ni rubia ni morena; dulce, de modales apacibles y poco exigente. Matizaba sus cartas con consejos y, si bien no se veía en ellas una frase apasionada e inquietante, tenía habilidad para terminar las epístolas. Acababa las cartas, siempre en forma distinta. Y esta práctica original de la muchacha, se repetía en los encabezamientos. Variaba en ellos con suma inteligencia, lo cual no desagradaba por cierto a Pancho Aguilar. Analizada la particularidad, ofrecía un saldo mayor de cariño a favor de la novia.

En su última carta, le preguntaba si oía bien las transmisiones, con el aparato que se había traído.

A fin de responderle, decidió instalarlo.

Una mañana entera se la pasó sobre la radio. A mediodía llegaron a la estancia las primeras notas de un tango.

Con los auriculares ceñidos a las orejas, Aguilar sintonizó una serie de estaciones trasmisoras, gozando extrañamente con la música. La soledad de *El Palenque* no le pareció menor, sino totalmente distinta. Era una soledad, mezcla de recogimiento y fiesta en común. Extraño vino agriado. . .

La ciudad venía hacia él en una verdadera oleada musical. Venía a estrellarse en su ribera y, poco a poco, le penetraba como la humedad en una playa de arena.

Agachado sobre el aparato, le vió Juliana primero; luego, don Farías. A éste se le ocurrió una chuscada:

—Don Pancho — les dijo a los compañeros del galpón — ¡está embolsado delante de una caja negra!

Cuando soltó los auriculares, el silencio de plomo de la estancia le pesó en el alma y una angustia jamás experimentada se le anudó a la garganta.

Comió sin articular palabra, plato tras plato, mientras veía inconsciente los brazos sombreados y robustos de Juliana, al quitarle los cubiertos, al servirle el agua. . .

Y, llenó de humo el comedor hasta que la atmósfera le sacó de allí, como a un intruso.

A medida que ordenaba la estancia, se fué enterando de las pobres existencias de su alrededor.

Los tres peones a su mando tenían una vida independiente, perfectamente caracterizada. Si bien estaban unidos en el trabajo de *El Palenque*, Aguilar comprendió que cada uno "rumbeaba por su lado". Vidas definidas, libres y aparte del conglomerado de la estancia, eran las únicas características de aquellos seres. Individualistas en grado máximo, en relación directa con la naturaleza, sólo les interesaba su suerte. Cuenta aparte en el boliche, pilchás perfectamente diferenciadas, trabajo claramente establecido. Observó Aguilar la importancia extrema que daban sus peones a ese llamado poco frecuente y tan aclaratorio de "deme una manito, ¿quiere?", al hallar un tropiezo en la faena. Cuando alguien la pedía, era por cierto ante la imposibilidad material de llevar a cabo un determinado trabajo, sin ayuda de segundos o terceros. El que acudía en auxilio marchaba a colaborar con la importancia de quien concede un favor.

Trabajo, descanso, proyectos, todo ello de un acendrado individualismo.

Aunque ya sabía perdido al gaucho, perdido en la historia, enredado en algún alambrado o simplemente corrido del campo, a Pancho Aguilar le gustaba meterse entre la gente a su servicio, a fin de descubrir el perfil de aquella figura legendaria. Y, cada vez que lo intentaba a fondo, se afirmaba en sí la idea de que no existieron gauchos, de que apenas si existió un gaucho, en cada cimarrona provincia. Hacer "una gauchada", ha sido siempre prestar una ayuda considerable; dar un par de reses para carnear; ceder el paso de una tropa; permitir el corte de un alambrado; ordenar a sus peones incorporarse a una patriada. Contados seres de privilegio, dueños de vidas y hacien-

EL PAISANO AGUILAR

das, serviciales, dueños de la suerte de los paisanos de la comarca. Gaucho fué después el estanciero poderoso, capaz de decidir la suerte de los hombres a su servicio. Era el vivo ideal del paisanaje, lo que cada uno de ellos anhelaba ser. Medida de su ambición.

Año tras año, disminuían las posibilidades de hallar gauchos, porque eran menos fáciles de producirse "las gauchadas", los servicios. La vida de campo, en lugar de simplificarse, se fué complicando. Los favores solicitados, no eran pocos. Menudeaban y se hacía imposible favorecer a todos. Y, en esa forma, la condición servicial del gaucho, del patrón criollo, había desaparecido.

Aun quedaban estancieros linderos de Aguilar, con aquellas características, pero a quienes no se recurría como antaño. A pocas leguas de *El Palenque*, fincaba su riqueza don Cayetano Trinidad.

Este era un hombre, sobre cuyas espaldas el poncho caía con una gravedad de capa guerrera de caudillo. Le indignaban los campos empastados. Bajo el ala rígida de su sombrero — que conservaba siempre la forma que le diera el vendedor de la tienda — dormían unos ojos grandes, tranquilos y entrecerrados. Abríanse y se iluminaban al blasfemar contra los dueños de tupidos chircales, o campos empastados hasta el yuyerío. Y, acompañando la blasfemia que ardía en sus labios amoratados y carnosos, encendía fósforo tras fósforo, e iba arrojándolos al azar. No detenía su caballo para encenderlos; ni siquiera tornaba la cabeza para mirar dónde caían.

—¡Criadero de pestes!... — iba diciendo, y seguía al trote, arrojando cerillas encendidas durante el trayecto, hasta que levantaba sus manos con las riendas, a la altura de los labios, para dar fuego al pucho apagado.

Odiaba la chirca, los pastizales, el yuyal, y era partidario de las quemazones que limpian los campos de garrapatas y hacen brotar pasto fino y alimenticio.

Reía con los ojos, cuyas cejas hirsutas se alzaban a cada instante, en la inmovilidad de todo su recio cuerpo, de una sor-

prendente firmeza. Desde su sombrero, de una pulcritud de escaparate — como si estuviese aún con la etiqueta del precio, — hasta sus botas altas, toda su indumentaria contrastaba con los arrestos imprevistos del dominador, cálidos en su palabra segura. Infundía respeto entre las gentes. Y así se explica que ignorase el apodo de "Quema-campos", por el cual era entre algunos conocido, pero jamás llamado.

Contaba en su haber con una treintena de incendios, los que fueron hábilmente sofocados por él, con sus infalibles contrafuegos. Estos, en sus tierras o en la de sus linderos. Pero llegaron a más de un centenar los provocados por su mano, si se recuerdan las giras emprendidas por otros pagos, en cuyas rutas, al tropezar con pastizales, iba arrojando, en pleno verano, fósforos encendidos. . . Sus ideas de progreso giraban alrededor del saneamiento, por medio de quemazones.

Una vez fué hasta el Brasil, en donde trabajaban dos hermanos suyos, al frente de la "fazenda" de los mayores. En aquellas tierras sus abuelos habían hecho fortuna y allí descansaban — en un reducido panteón — entre los árboles del monte.

Los campos, empastados, con chircales compactos, provocaron un oculto malestar en el ánimo de Trinidad. Una tarde de verano, se tentó y llegó hasta un potrero de chircas. Bajó de su caballo y fué haciendo fogatas con ramas secas. Cuatro fuegos bien distribuídos bastaron para encender la pradera. Hubo que retirar los ganados. Al anochecer, el campo ardía y las llamas se alargaban con el viento, hasta la selva, encendiéndola. Los tres hermanos, desde las casas, contemplaron la enorme fogata nocturna. Uno de ellos observó:

—Yo no me animaba a hacerlo, por el panteón de Tata. . .

El otro dijo que todos los días estaba por encender el chircal.

Trinidad, tranquilo y satisfecho, levantando las tupidas cejas, sentenció:

—Era una porquería, había que quemar esa basura. . . Tata tendrá calorcito por un rato. . . — terminó, riendo.

El fuego arrasaba los árboles del monte. A medida que las llamas iban avanzando, se podía apreciar el efecto de sus proyecciones en el arroyo. Al caer de las ramas en el agua, tumbadas por el fuego, se alzaban pintorescas columnas de humo. El cielo había cambiado de color. Por momentos adquiría el tinte anaranjado del amanecer. De vez en vez, se divisaban claramente los troncos firmes, las ramas, traspasados por la llamada. Y, como si alguien soprase de abajo a arriba, miles de chispas subían. . . Luego, los ojos, cansados del espectáculo, veían cosas turbias o borrosas. La tranquila superficie de las aguas daba un reflejo que ponía pensativos a los Trinidad. De pronto, uno de ellos descubrió como un montón de escombros, un bulto entre el ramaje.

—¿Será el panteón? — preguntó.

Estuvieron contestes en que era. Y los tres se dieron a recordar los días de la infancia, pasados al borde del arroyo, alrededor del panteón.

Don Cayetano retrocedió más aún en sus recuerdos, y pausadamente, mientras se le alargaban las miradas hasta el arroyo, habló:

—¿Se acuerdan de Tata, en el sillón? Se fué quedando sequito, poquito a poco. . . Papá estaba cansado de verlo, ¿se acuerdan? Yo, para descubrir si vivía, le miraba a los ojos y apenas pestañeaban.

Hizo una pausa y uno de los hermanos recordó la noche que al abuelo se le ocurrió pasarla en el sillón, sentado. Al día siguiente había ido corriendo a verle. . . y pestañeaba. Después recordó los juegos que hacían a su alrededor. Rondas, manchas, farándolas. Y el viejo, siempre inmóvil, secándose lentamente, acostumbrándoles a que le vieran morir.

Más tarde, volvió a tomar la palabra, siguiendo el hilo de sus recuerdos:

—Ustedes no se animaban a bailar con el viejo al principio. . . Después.

Y recordó, con visible regocijo, mientras el incendio seguía avivándose, cómo danzaban con el esqueleto articulado

del viejo. En las correrías que hacían al arroyo, solían jugar con el Tata. Lo sacaban del cajón, lo ponían en un promontorio y saltaban a su alrededor. Pasaron muchos años y los restos se conservaron siempre iguales, como en vida. De la existencia a la muerte, el cuerpo de aquel viejo no había sufrido más que una variante: los párpados se inmovilizaron. Pero todo él, era el mismo. Después de muerto, seguían jugando con el abuelo, como durante su existencia... Se habían acostumbrado a verlo en actitud de muerto. El anciano vivió 104 años.

Los tres hermanos siguieron contemplando el incendio del chircal. En algunos trechos sólo se divisaban brasas de un rojo negro cambiante; en otros, el fuego daba chisporrotazos o repentinas llamaradas que duraban un instante. Como revestido por una movable capa de brasas, el suelo temblaba. Lejos, se oía un balido múltiple de ganado fuera de queren-
cia.

Don Cayetano, satisfecho, se fué a dormir con la conciencia tranquila.

*

Aquel personaje singular, poseía una remonta de trabajo de un solo pelo: overo-rosado. Cuando el paisano Aguilar cruzó el campo de Trinidad, se maravilló del pelaje parejo de la tropilla. Por todos lados salpicaba el campo la alegría de los overo-rosados. Era más bien una visión de grandes pájaros, que de caballos de trabajo.

Celebró a su dueño la hermosura de los animales, pegado al mostrador de la pulpería de don Ramón, donde le hallara.

Casi juntos arribaron a la casa de ladrillo sin revocar. Aquellos muros le hicieron pensar en la casucha donde pasara su adolescencia. Como la pulpería, de la misma estética, con idénticas ventanas y el ladrillo con sus aristas carcomidas, hecho cascote, era la casa donde les obligaba a vivir el padre, para no tenerlos bajo el mismo techo, en la casona de piedra.

No sabían qué beber, a la par, Trinidad y Aguilar.

—¿Una cervecita? — insinuó el dueño de *El palenque*, — ¿o un coñá?

—¡Hombre!... No es mala la idea; un coñacito con un buen trago de agua... — respondió don Cayetano.

—A ver... — dijo Pancho Aguilar, levantando la cabeza; — ¿qué marcas de coñá tenés, viejo?

A don Ramón le pareció insólita la pregunta. Alineadas en una estantería, una docena de botellas de coñac decoraban el boliche desde hacía muchos años.

—Y... aquí no se consume más que de esta marca — contestó don Ramón, alargando una botella. — Ayá arriba, hay una variedá... —

—¡Caray, no está mal! — dijo Aguilar, guiñando el ojo a Trinidad. — Bajame una de ésas... Me gustan las cosas del tiempo pasado...

Desde los más inadvertidos ademanes, Trinidad había querido demostrarle a su vecino que, a pesar de vivir en el campo, vestía, accionaba, conversaba en forma correcta, como "personas de bien"... Aguilar no dejó de notar el interés que ponía su acompañante en mostrar su estilográfica, sus libretas, el reloj, hasta las iniciales que ondulaban en su discreta camisa de poplín.

Se había producido, en el primer momento, un sordo encontronazo. Palabra jactanciosa que, sin pensarla, pronunciaba el paisano Aguilar, era comentada con otra premeditada, de don Cayetano Trinidad. A las claras, éste quería demostrar al recién llegado, que a pesar de ser hombre de campo, cabal, también ardían en su vida algunas llamas del hogar ciudadano. Sus cincuenta años buscaban imponerse.

Cuando bajó don Ramón la botella de coñac, Trinidad se apresuró a curiosear en la etiqueta.

—¿De qué año será? — preguntó Trinidad.

—Por lo general — dijo Aguilar — no tienen la fecha de envase, porque eso no tiene importancia, pero debe estar en su poder... ¿Cuántos años hace que la tenés en la estantería, viejo?

—¡Pues!... Cuando yo compré este boliche al turco José, ya debía estar adornando la casa, desde lo menos diez años!...

—¡Buen dato! Abrímela y me la yevo... La probamos en seguida.

Aguilar sonrió.

Don Cayetano ofreció cigarrillos, en una petaca de nato y en la cual, a fuego, aparecía estampada la marca de la hacienda.

Aguilar celebró el gusto de la cigarrera, para disminuir un tanto la tirantez establecida entre ellos. Su contrincante paladeó el coñac sin chistar, a tiempo que observaba unas fotografías de escenas camperas, distribuidas en el mostrador.

—¿Qué le parece esta colección? —preguntó el pulpero.

Algunos curiosos que rodeaban a los patrones — peones, troperos y vecinos — se acercaron a ver las fotografías. Había entre ellos un domador muy mentado, silencioso y hosco, erigido en un extremo del mostrador.

—Acercate, mirá qué escenita de doma hay aquí — le invitó el bolichero, como pretendiendo apabullar al domador renombrado con aquellas fotografías.

Se trataba de escenas de doma, en las que se hacía alarde de una destreza extraordinaria. Tomando con mucha delicadeza las postales, como temiendo doblarlas o estamparles una mancha, los paisanos celebraban las muestras, pero el domador permaneció indiferente, sin acercarse.

Aguilar se mostró intrigado por la actitud casi hostil y le interrogó si las había visto ya.

—¿Pa, qué?... ¡No vale la pena! — contestó el hombre. — Lo importante es verse arriba del potro... Cuando yo quiero ver esas cosas — afirmó, escupiendo sin asco, — agarro un potro y me veo solito, sin firuletes... ¡Esas cosas no son pá' mí!

Y se quedó quieto, mientras el resto del grupo no se cansaba de elogiar las difíciles posturas del domador fotografiado.

Don Cayetano Trinidad bebió repetidas veces. Aguilar le siguió cuidadosamente.

Bajaron otra botella. Y una tercera, para que la llevase don Pancho.

El pulpero encendió la lámpara de querosén que pendía de un tirante. A la luz de aquella bujía, recobró un aire dramático el boliche. Cambió como un rostro humano, de imprevisto herido por un recuerdo o una frase tremenda.

Aquel interior, vivo hasta ese momento, poblado de sombras, de tipos emponchados, de paisanos conversadores, se puso al punto grave e impenetrable. La luz mortecina, amarillenta, entró en el recinto como un ánima en pena. Bajo los aludos sombreros, parecían adivinarse los gestos, estudiarse las miradas. Si alguien no podía encender su yesquero, la mano comedida se acercaba al pucho apagado, con ese sigilo de quien va a encender un pajonal ajeno.

Las botellas alineadas, los vasos en pilas, no se habían hecho presentes hasta el momento aquel en que la lámpara empezó a descolgar sus haces de luz, bañándolo todo de un amarillo dudoso.

Las palabras se ahorran o eran escamoteadas por el alcohol. La noche, filtrada entre los hombres, les puso ensimismados, recogidos en sí mismos. Una brisa fresca sacudía la puerta de entrada, y en su ir y venir, los goznes y las bisagras arañaban el silencio de plomo.

Debían. Tras el mostrador, el pulpero erguía, como si su presencia inevitable tuviese en realidad una función fundamental. Presencia espectacular, con ribetes misteriosos en la atmósfera del boliche.

Debían vaso tras vaso. Uno de coñac, otro de agua. Se debilitaba su premeditada compostura. Trinidad no podía dominar sus hábitos campesinos. Paladeaba el vino con un recio chasquido de la lengua y entonaba su voz a cada trago, después de empinar el codo con violencia. A veces se llevaba la mano al pecho y, con suavidad, parecía empaparla del licor ingerido.

Aquellos ademanes ya estaban fuera del control de Trinidad, le empujaban hacia otro lado. Para Aguilar eran muestras evidentes de usos y costumbres chocantes para un hombre de la ciudad.

Pero don Cayetano estaba lejos de creer que perdía la partida.

Se vaciaron las botellas y se despobló la pulpería. Aguilar y Trinidad, sin hablar, seguían paladeando el coñac.

—¡Vale la pena! — aseguró Trinidad.

—Para los primeros fríos, sienta bien... — agregó el paisano Aguilar.

Don Ramón, de puro cumplido, dijo algo que ambos no tenían interés en oír. El pulpero entonces dió vuelta la cara y, como si hablase a su hijo:

—Nacho, andá poniendo la mesa. ¡Ya voy!...

Aguilar se dió por enterado. Trinidad dijo, como siguiendo el hilo de una conversación o aprobando algo que hubiesen discutido:

—¡Pues, sí, señor!... Así es nomás, así es...

Era muy suyo el estribillo. Y, muy de su gusto, salir al cruce con cosas pensadas en el mayor silencio y de pronto, como esas anguilas que salen un poco del barro y vuelven a sumergirse, verticales, sorprender con su pensamiento. Lo participaba en trozos, para seguir luego calladamente con su ideación íntima.

—¡Pues, sí, señor, así es... así es!... Lo que pasó con la muchacha, es cosa vieja... ¡Muy resabida!...

Aguilar le oyó sin entenderle. No prestó atención y se dispuso a pagar las tres botellas apartadas.

Al verle accionar, Trinidad, abalanzándose violentamente, le increpó:

—¡No le permito, amigo, no le permito! Eso es mío — y luchaba por sacar de su bolsillo los billetes, obstaculizado por el rebenque, que pendía de la muñeca. — ¡Esto es mío!

Aguilar pretextó que se llevaba una botella. Don Cayetano no le escuchó para nada. Pagó, hubiese pagado a la fuerza. Ya estaba suficientemente alcoholizado.

Pancho midió cuánto se había excedido en la bebida, pero ya era tarde. Aquel silencio obstinado, la brisa moviendo la puerta, el mostrador con su lomo manso, la luz amarilla, turbadora... Todas aquellas cosas a un tiempo, le habían trastornado. Bebido por bebido, trató tan sólo de ocultar el mal trance.

Trinidad, más habituado a esas salidas de tono, le invitó a salir, al parecer muy en sus cabales.

La noche se les presentó ocultadora de bultos, escamoteadora de caballos. Rumbearon con seguridad falsa para la enramada, donde el caballo de Trinidad hacía sonar la coscoja.

—Ese ruidito es del mío... ¡Ando medio encandilau!... ¡A ver, viejo, un poco de luz... — gritó Trinidad.

Salió don Ramón con un absurdo candil.

—Podrías tener una linterna de pila... No son caras... ¡Te voy a regalar una! — le dijo el paisano Aguilar, alegremente

—No duran mucho las pilas... — observó Trinidad, dándose por enterado de que no ignoraba ese invento.

Aguilar, ya en su caballo, se sintió más fresco, aliviado de la pesadez del alcohol.

—¡Mandan juerza las tres botellas! — bromeó don Cayetano, montando el coscojero.

Marcaban el paso los dos animales, fáciles en el andar hacia la querencia.

La estancia de Trinidad quedaba en el camino, a cinco cuadras escasas del alambrado. Una casa sin árboles, desairada, con un molino a viento separado del bloque de la edificación. Chata, de un rosa desteñido, de donde le venía el nombre: *La Rosada*.

El padre de este Trinidad que iba silencioso por el callejón, aseguraba que no podía gastar en árboles, porque costaba mucho conservar el rosado del caserío.

En efecto, de tiempo en tiempo y, en ciertas épocas, dos veces al año, hacía pintar los muros de rosa.

—De puro respetuoso con mis padres —decía el heredero Trinidad —la dejo limpiita, para que se vea de lejos el rosado... Un capricho, ¿no le parece?

Aguilar sintió un repentino rencor por su acompañante y vecino. Se le subió a la boca el amargor de la bebida y el resentimiento.

Para odiarle más a gusto, para poder abarcar con una sola mirada de repulsión al jinete y al caballo, dió ventaja a Trinidad, quien marchaba adelante, monologando, sin percatarse de la separación:

—¡Así es... así es! Y, pensar que la finada no lo quería! ¡No lo quería!... ¡Canejo!

Luego, interrogó en vano, varias veces, el dueño de *La Rosada*. Sofrenó el caballo.

—¡Pero amigazo!... ¡Parece un asistente! Por estos pagos se marcha a la par...

Y, sin darle tiempo al paisano Aguilar, prosiguió haciendo preguntas y respondiéndose sin interrupción.

Crecía la cólera en el ánimo fatigado de Aguilar. Maldecía la hora que pasara bebiendo con aquel personaje tan molesto. Pero, a pesar de su vehemente deseo de separarse de Trinidad cuanto antes, aumentaba en su pensamiento el propósito de conducirse a la usanza de los pagos. Deseaba terminar con el encuentro, en forma perfectamente criolla, sin dar lugar a que al día siguiente comentase, su aparcero momentáneo, un gesto poco gaucho del dueño de *El Palenque*. Había en Pancho Aguilar, un vivo y amargo deseo de derrotar a aquel hombre de tono petulante y engreído. La sola observación de que no marchaba a la par, rezagado como iba; el solo amago de reproche, produjo violenta reacción en su espíritu. No podía echarse atrás, mostrarse aminorado, como esos muchachos de la ciudad que de pronto tienen mala bebida y abandonan el vaso de alcohol por la dosis de bicarbonato. Recordó los cobardes de la ciudad, a quienes en tantas formas condenara.

—Me gusta ver de lejos las puntitas de mis ranchos —dijo alegremente Trinidad. —Parece que crece en la distancia la silueta de mis casas...

Como toda respuesta, Pancho dió dos fuertes pitadas a su cigarrillo de chala, sin quitárselo de la boca. Se iluminó su rostro, dos veces, tras la humareda.

Seguían al trote, acechados por las lechuzas que avanzaban con ellos, parándose en los postes del alambrado.

—Una vez, con el tropero Fariña, fuimos bajando lechuzas de los palos... ¡Apenas se veía, como ahora!... Uno puede darse gustazos, cuando camina por un callejón que tiene a derecha e izquierda, campo propio... ¿No le parece?...

—Y, en un descuido, en lugar de bajar una lechuza, mete la bala en la cabeza de un toro y... —observó Aguilar.

—Pero, no me diga que no vale la pena darse el gusto. Es un "espor" como cualquier otro... —hizo pausa, como analizando las palabras de Aguilar. —Y, eso de que se puede errar, no lo niego... Pero, ¡qué importa un torito más o menos!

—¡Según el valor del bicho!...

Estas palabras del dueño de *El Palenque* sentaron muy mal a Trinidad. Comprendió o quiso entender el dueño de *La Rosada*, que apreciaba muy bajo el valor de sus haciendas.

—Cuando me quiero dar un gusto —declaró con insolencia Trinidad —me lo doy, aunque liquide un toro de cabaña! ¿Ha entendido?

Y, sacando el revólver, casi sin detenerse, disparó una bala. La burlona lechuza se alzó vertical y, fija, en el espacio, dejó caer su graznido picado.

El caballo de Aguilar se encabritó. En el fuero íntimo del hombre de *El Palenque*, se levantó una indignación tan grande, que parecía haber crecido con los saltos de su caballo.

Aguilar, aunque consideraba la embriaguez de Trinidad, no quiso ceder. Un ebrio del campo conserva siempre su serenidad, su aplomo. El doble personaje de segundo plano, que suele acudir en ayuda de la serenidad en ciertos momentos, proporcionaba la cabal sensación de la cordura. Trinidad, embriagado, conseguía hacer surgir su salvadora segunda

persona, la ocultadora, bien capaz de despistar por completo su borrachera.

Pancho Aguilar percibía ese doble juego de personajes, en sí mismo. Para imaginar escenas violentas y descabelladas, se mostraba fácil su cabeza. Pensaba en mil tretas, buscando hacer rodar por tierra aquel absurdo sujeto. Pero, al propio tiempo, mantenía despierta su condición de hombre de bien, ponderado y circunspecto. Había luchado por imponer aquel concepto sobre su persona, desde las primeras palabras con Trinidad. No quería perder el terreno ganado.

Don Cayetano luchaba por merecer de su vecino, un juicio quizá más serio y digno de respeto. De manera que, mientras se agigantaba en su interior la idea de sorprender a Aguilar con el dominio de su puntería, no se resolvía a perder, por otra parte, la ocasión de presentarse ante el recién llegado como un hombre capaz de terciar y conducirse correctamente entre los "puebleros".

Don Cayetano Trinidad buscaba dejar una buena impresión, pero su natural violencia y el alcohol ingerido, le sacudían de un extremo al otro. Actos, gestos y palabrotas, contradictorios, absurdos.

Apareció como despótico y libérrimo propietario y asimismo como refinado y semiculto hombre de la ciudad.

Al tercer disparo, cayó una lechuza al suelo. Y, sin comentar el episodio, satisfecho, guardó su grueso 38 de caño largo.

Al enfrentar el portón de *La Rosada* se detuvo Aguilar, materialmente aliviado de su peso.

—Aquí lo dejo, mi amigo... —dijo—. ¡He tenido el mayor gusto en acompañarle!

Pero Trinidad no le permitió continuar. Debía dejar al compañero de juerga en su propia casa:

—¡Ah, no, amigazo! Yo tendré mucho gusto en acompañarle hasta la tranquera de su campo. No faltaba más.

—Pero, le agradezco mucho, don Cayetano... —se apresuró a decirle Aguilar—. En un galope llego a mi portera.

—¡Ah, no, no! ¡Yo quiero acompañarle! Me va a dar un gusto —protestó el de *La Rosada*—. No puedo dejar en el callejón a un vecino como usted...

No hubo forma de que Aguilar se quitase de encima aquella fuerza alcoholizada. Taloneó su caballo y marchó, una vez más, adelante, diciendo cosas que apenas se entendían.

De una tranquera a la otra, mediaba una legua escasa. Luego Aguilar, para llegar a *El Palenque*, debía atravesar el piquete de la estancia.

Trotaban a la par, con brisa de frente. La fresca nocturna aclaró las ideas de don Cayetano. Aunque un buen trecho se lo pasó pensando en voz alta, diciendo cosas inteligibles para Aguilar, extinguida la crisis de los tiros a las lechuzas, fué más llevadera la compañía. Y, pensar, se decía, que en el colegio y en los pocos años de Universidad, se había ganado el mote de "paisano"... ¡Qué lejos estaba él de aquella rudeza, de aquel trato áspero, discolo de Trinidad!

—A mí me gusta ser cumplido —dijo de pronto el de *La Rosada*. —Yo, a mis hijos siempre les digo que hay que ser cumplidos y atentos, tanto con los hombres como con las mujeres. ¡Ah, sí, sí! ¡Hay que saber cumplir por igual!

Detuvieron el trote porque, evidentemente, se hacía larga la peroración sobre los usos y costumbres que a sus hijos imponía aquel personaje. El agitado andar era impropio de un asunto tan delicado.

—Hay que ser atento —prosiguió—, más todavía en el campo, donde la gente se rebaja tanto, se pone tan grosera... —y escupió a un lado, tamaño salivazo. —Vamos a ver, ¿qué me cuesta ser caballero con usted? ¡Nada, es cosa natural! ¡Cómo lo voy a dejar en medio del callejón! ¡No faltaba más! Lo acompaño hasta su tranquera. En la ciudad, ¿no acompañamos a los amigos hasta la puerta de su casa? ¿No es así? —hizo una pausa esperando la respuesta. Insistió: —¿No es así?

—Desde luego que sí. Tiene razón.

Marcharon al tranco. Cada cincuenta pasos, don Cayetano volvía a repetir:

—Así es, así es... ¡Lo correto, lo correto!

Aguilar, a medida que avanzaban, sentíase más descompuesto. El alcohol hacía en él un efecto tardío. Todo se iba traduciendo en una cólera incontenible.

Don Cayetano, no satisfecho con el intento de conducirse como un gran señor, insistía en sentar cátedra y en demostrar que conocía al dedillo los hábitos ciudadanos.

Pancho Aguilar, siguiendo el hilo de sus pensamientos e ideas encontradas, violentas, un torbellino por momentos, comparaba el choque con su vecino con los encontronazos y las discusiones que sostuvo con los compañeros de la ciudad.

Llegaron a la tranquera de *El Palenque*. Habían andado un buen trecho, silenciosos. En aquella pausa consiguieron odiarse más que en todo el tiempo transcurrido. Don Cayetano, malhumorado, molesto, por haber tenido que gastar cumplidos a la fuerza, pensó si no sería una estupidez de su parte extremar la cortesía.

Pero el alcohol le mandaba una nube a la mente y de nuevo se ufanaba de su gesto, sin insistir en el análisis. Al detenerse, levantó la diestra en alto, como si atrapase un aire mágico y poderoso. Dejó caer su mano en la tendida de Aguilar y le abofeteó con estas palabras:

—¡Así procede un Trinidad, aunque es un hombre de campo!

Una bofetada no hubiese conseguido una reacción mayor. Le quemó la voz altanera de don Cayetano y no pudo contener su acometida cólera:

—¡Pero aquí no lo dejo!... —dijo, decidido—. ¡Ahora me toca a mí acompañarlo!

Y dobló su caballo sin más decir, hacia el camino andado, desafiante:

—¡Lo dejaré en la portera de su estancia! —aseguró en seguida con firmeza. Y para sí exclamó: —¡Maldito *Que-macamos*!...

El alcohol encendía sus sienes con un latido agudo, pertinaz.

Se alzó en el recado, casi de pie en sus estribos, el hombre de *La Rosada*.

No la esperaba. Dueño y señor de su albedrío y voluntad, convencido de que procedía de acuerdo a las normas más ajustadas para el caso, le sorprendió la decisión del paisano Aguilar. ¿Estaría aquello comprendido dentro de la costumbre rigurosa de los puebleros? No se atrevió a articular palabra. Se sintió confundido. Dobló su animal y marchó de vuelta. No pudo recuperar el vasto dominio que se había atribuido, en aquel duelo de cortesía. Desconcertado, luego de haber conseguido una frase de cabal despedida, acató, sin fuerzas, la pronta resolución del hombre de *El Palenque*.

Y marcharon en silencio, al trote, en la oscuridad de la noche, en la cual, por instantes, uno y otro se sentían flotar.

Llegados que fueron a la tranquera de Trinidad, Pancho no pudo pronunciar una palabra: tal era su estado de embarazo. En vano se empeñaba en hallar una frase cortante, un saludo, una despedida que sirviese como el tajo en un nudo imposible de desatar. Erguido en su caballo, aparentemente tranquilo, aguardó una vez más. Trinidad esperaba, sin duda, el saludo de práctica. Y, sin que éste se produjese, levantó el tono de su voz para insistir:

—¡No, mi amigazo! ¡No es de cabayero dejarlo en medio del camino! ¡Permítame, permítame!

Y, sin decir más, enderezó su caballo hacia el camino recorrido.

Volvieron a hacer el camino, salpicado de lechuzas, avivados por los teros de una cañada. Tropezando en las piedras, marchaban los caballos al paso, sin que los jinetes diesen señales de vida.

Aguilar tuvo deseos de escupir a aquel embriagado, con una noción tan absurda de la caballerosidad. Por momentos se acercaba a don Cayetano y una mano invisible le retenía la suya, crispada en el mango del rebenque, deseosa de alzar un lonjazo hasta la cara de su enemigo.

Disminuídos los efectos de la bebida, llegó durante un buen trecho a pensar en cosas lejanas, ajenas por completo al episodio.

Pensó que debía traer una estufa de querosén a la estancia; se empeñó en recordar el nombre del diario de la vecina localidad, en el cual leyó el aviso de un remate-feria; pensó en el apellido de Juliana, la cocinera, que era el mismo de un compañero de bachillerato; recordó que ese día había comido unos zapallitos rellenos, muy bien hechos. . . Pero de repente volvió en sí y se vió ridículo, grotesco.

Había armado un cigarrillo como un autómeta; andando un buen trecho ajeno al episodio en que se colocaron ambos, por culpa de una necedad sin precedentes en él.

Su distracción momentánea le hizo recuperar el aplomo natural, y, quizá, neutralizar en parte el efecto de la bebida. Miró a su contrincante sin decir palabra. Al verle dormido, profundamente dormido sobre su caballo, tuvo la visión de un muerto cabalgando. Un escalofrío le corrió por la espalda. Los animales marchaban con las cabezas caídas, las riendas sueltas, al tranco. Con horror pensó si no habrían recorrido muchas veces el trecho que mediaba de una a otra tranquera, ambos en semejante estado. ¿Habríase dormido él también? Y ¿por qué no?

Llegaban a la portera de *La Rosada*. Aguilar, desde su caballo, abrió la cancela y con cuidado arreó el que montaba don Cayetano Trinidad. Le hizo entrar en su campo, cerró el portón y dejó al dormido *Quemacampo*s, camino a la estancia. El caballo siguió al tranco, rumbo a su querencia. Aguilar, castigando el suyo, emprendió el regreso al galope, despiertos, hombre y bestia, por la brisa fresca de la noche.

Al día siguiente, se le presentó increíble aquella porfía de insanos. No terminaba de convencerse de la borrachera. Por más que hilvanaba cada una de las horas, algún pasaje quedaba como en una nebulosa, como si se hubiese desmayado durante un tiempo. Había un espacio inexplicable, desde el momento en que, por segunda vez, insistió — para no ceder — en acompañar a don Cayetano hasta su propia tranquera.

—¿A qué hora habré llegado anoche? — le preguntó a boca de jarro a Juliana —. Se me había parado el despertador.

Juliana sintió los perros, pero no había mirado el reloj.

—Yo lo esperé con la comida caliente hasta las once, don Pancho. . . — fué la respuesta.

Habría venido a media noche. Y aquella falta absoluta de memoria le tuvo un buen rato impresionado. Se le ocurrió pensar en las crisis nerviosas de su adolescencia, cuando pasaba los dos meses de vacaciones en la estancia. Mañanas hubo que se levantaba sin tener la sensación de haber dormido. Más de una vez, les dijo a sus hermanos que soñaba que no dormía, lo cual era como permanecer insomne. Otras veces, se levantaba con la cabeza pesada, como si tuviese plomo en la mollera. Al principio les echaba la culpa a los colchones muy mullidos; otras, a la almohada; por último, al clima, al exceso de oxígeno. Una vez apareció todo cubierto de ronchas. Se buscó en la cama el origen de esas picaduras y hallaron cuatro vinchucas llenas de sangre. Esa noche tuvo sueños espantosos. Más tarde se enteró de que esos insectos inoculan un líquido, el cual produce dormidera, a fin de tener a la víctima quieta durante la succión que realizan. Pero, poco a

poco fué descartando las causas de su estado de pesadez. Por fin lo atribuyó a la falta de la mujer.

Campo abierto, con hombres y animales a la vista. Recios espectáculos de vigor y masculinidad. Árboles de lujuriantes ramas y altas copas de suave movimiento. Trebolares que invitan a caer en ellos. Surcos de tierra negra, húmedos, olorosos, de penetrante olor. Las comidas fuertes y el aire curtiendo la piel. Y, de rato en rato, confusa, una voz de mujer; la sencillez de una falda femenina; el vuelo de una bata; el agitar de unos cabellos.

Pancho Aguilar sacudió la cabeza, como queriendo espantar sus propios fantasmas, y se fué al galpón a disponer la jornada de trabajo.

Al traspasar el umbral de la casa de piedra, observó el desgaste de los peldaños de la escalinata. Tres escalones de piedra tallada, carcomidos por los pasos de los habitantes de la casona. Aristas desaparecidas, que ofrecían al paso de la gente, esa calidez de la curva de hacer más acogedora una casa.

Sintió asombro al descubrir la huella de los pasos de sus antepasados. Frecuentemente veía a su padre en el tercer peldaño, en silencio, inmóvil, siguiendo los movimientos de la casa de ladrillo, donde Pancho y sus hermanos debían cumplir trabajos por él ordenados. Aguilar dió vuelta y volvió a verlo, gravitando en las aristas de aquellos peldaños gastados por sus pasos.

Experimentó un extraño malestar. Deseaba con ardor despegar el pasado, quitar las telarañas, limpiar su visión. Y, a pesar de ello, se alzaban los fantasmas. Eran la lucha sorda de toda la vida, contra las actitudes incomprensibles de su padre. A través del tiempo, seguía luchando con él. Ahora, con una ventaja para "el finado", pues lo sentía llegar rodeado por otros fantasmas pequeños, sombras que disimulaban la sombra mayor...

Su tarea de reconstrucción, su deseo de encaminar aquella estancia, chocaba con el pasado. El mismo no podía dejar de preguntarse: "Mi padre, ¿haría así las cosas?" Y, si a él

no se le ocurrían las interrogantes, algunos de los peones se encargaba de asegurar que "el finau hacía lo mesmo", o: "no le gustaba judiar a los animales, al finau".

Al llegar al galpón, don Farías le hizo saber que la torada venía cayendo al paso.

Aguilar habíase olvidado por completo, de que una tropa de toros y algunos novillos, debían llegar esa tarde.

El "paso" distaba una legua de *El Palenque*. Hizo ensillar su caballo y, seguido de un muchachote que buscaba trabajo, "un comedido", le salió al cruce a la tropa.

Por el ancho camino, se veía la mancha movible de la torada. La visión de aquellos animales, suyos, futuros padres de su hacienda, le entonó. Desde su caballo, por vez primera, sintió cierto dominio sobre la tierra que pisaban los ágiles cascos de la bestia. El galope le encendió la sangre, le aceleró el ritmo de su vida. Más aplomado sobre el animal, a sus espaldas el "comedido", Pancho Aguilar recorrió con los ojos su dominio, abarcó con una mirada la serie de potreros, e hizo memoria del contenido de cada uno. A medida que avanzaba, resaltaban ante la vista los toros, los novillos. Torada remolona, la fresca de la tarde le avivaba y corría de un extremo a otro, la punta de la tropa. Al juntarse a los dos troperos, sintió el juego de su mando al ver, sombrero en mano, a uno de ellos que se acercó a saludarle. Silbaban los otros, daban voces de arreo con una monotonía tal, que iban como castrando al mismo tiempo, mezcla extraña de dormidera y alerta. La mancha roja de la tropa, seguía mansa, tranquila. De cuando en cuando, Aguilar veía que algún toro, agilizado quizá por las ráfagas frescas del crepúsculo, trepaba en las ancas de uno de sus compañeros, empinándose luego sobre él, como si se tratara de una vaca.

En la marcha lenta, rezongona de los toros, la gallardía de algunos sorprendía a Pancho. A veces se producía el fenómeno en el centro de la tropa. Entonces el animal asaltado, no podía esquivar la embestida. En otras ocasiones, la víctima de aquellas arremetidas se hallaba en un extremo y deslizándose un trecho, conseguía eludir el asalto.

ENRIQUE AMORIM

Arreando su torada, Aguilar se sentía en su rol, identificado con el campo. No cabe duda, pensaba, estoy en mi medio. Gozo de esta paz, de este sosiego; y es hermoso arrear su fortuna, desde el lomo de un caballo.

Iba por delante una buena cantidad de dinero, una parte de su hacienda dispuesta a reproducirse a corto plazo.

Encendió un cigarrillo y, acomodado en su silla, al tranco de su caballo sometidos sus huesos, se dejó llevar, observando los animales, mirando de reojo a los troperos, siguiendo la estela de su tropa, como un pequeño chinchorro atado a una barca segura. Rezagado, dominaba el conjunto.

Pero, no dejaba de interesarle aquel constante erguirse de los toros. En la tropa no iban vacas. Apenas si marchaban, mal sometidos a la huella, una veintena de novillos de invernada.

Y no era precisamente uno de éstos la víctima, con quien se cometía aquel atentado de parte de los toros. Era particularmente, y he ahí lo insólito, con otro toro.

Aguilar consideró el acto en sí, sin derivativos, pero poco a poco se halló sumido en un ambiente lejano y extraño. Se salía, por momentos, del amplio marco de sus campos; se escapaba del límite nada escaso de sus tierras, dando un salto atrás por sobre todas las cosas, por encima de los seres que le rodeaban. Fugitivo de su nuevo mundo, sonámbulo en su pensamiento, abandonaba aquel aparente poderío. Ya no era el patrón, el dueño y señor. Dejaba de ser el hombre seguro, horquetado en un caballo de gran alzada, que arrea parte de su fortuna con un orgullo perfectamente humano. Ahora era un ser extraño, salido de las filas, huído del medio, fugitivo del campo, una vez más.

Aquellos toros, que, excitados, lanzábanse el uno sobre el otro, en un acto sexual perfectamente claro, le provocaban un alejamiento total de *El Palenque*. Como un autómatas, seguía montado en su animal. Cada vez que veía a un toro emprenderla contra su semejante, se hacía preguntas que no tenían respuestas. Lejos ya de las bestias, se agolpaban recuerdos de casos humanos, extraños para él. Un centenar de his-

EL PAISANO AGUILAR

torias de la adolescencia, con sus rubores, sus miedos, sus consecuencias perfectamente establecidas. Evocaba compañeros, repetía nombres, volvían a su memoria las confidencias... Y, con aquel mundo, blando, por momentos delicioso, de recuerdos, de añoranzas tiernas, que se volvía de pronto áspero y cruel; con aquel mundo en la memoria, blando y gris, marchaba todo adormecido por el ¡Hopa! ¡Hopa! de los troperos y el mugir calmoso y sensual de la torada. Envuelto en una somnolencia nada desagradable, fumaba, embargado de reminiscencias. ¡Extraño deleite! Seguían los toros alzándose, irguiéndose en un desafío de fuerzas, en una especie de torneo de sensualidad. Vigorosos toros cuyos lomos se arqueaban, cuyos pescuezos tenían algo de oleaje aislado, de chorro, de tronco de ñandubay azotado por un aullante y negro viento, bajado vertical del cielo. Avanzaban los toros, el pasivo de abajo y el erguido de arriba. Y, con tal ímpetu se abrían camino, que dejaban de ser dos animales para transformarse en uno descomunal, monstruoso, espantando a los demás. Un desborde, casi un torrente se abría al paso de la pareja.

Aguilar hizo una observación. Se repetían los actos con un mismo toro. El animal que soportaba aquel afrentoso peso, caminaba con lentitud, derrotado. Su cabeza gacha, sumisa, indefensa. Las patas tambaleantes. En el lomo, en las ancas y alrededor del tronco de la cola, una humedad viscosa obscurecía su pelaje colorado. Humedad espesa que parecía pesar en las ancas del toro, víctima de la tenacidad bestial de sus congéneres.

¡Endiablado ir y venir, el de Aguilar con su pensamiento atribulado, de la ciudad al campo, del campo a la ciudad! Puente que "el paisano" quería destruir a viva fuerza, pero que se mantenía firme, indestructible. En vano se obstinaba en arrojar el lastre ciudadano, las costumbres adquiridas, entorpecidas para la vida del campo. La imaginación recorría caminos imprevistos. El más pequeño accidente en su estancia le recordaba inútilmente cosas y hechos de la ciudad.

ENRIQUE AMORIM

En sus años de colegio se empeñó en eliminar los modales campesinos. También quiso eludir las comparaciones, las imágenes a las que recurría, sin quererlo, obstruyendo su paso hacia la constitución verdadera de su personalidad de hombre urbano. De ahí aquel apodo tan propio. Y, quizás ahora, en pleno campo, luchando a brazo partido con la vida rural, conquistaría el mote de "maturrango", "gringo", "manate" o "pueblero". Quizá Cayetano Trinidad, el rudo *Quemacampus*, había intentado burlarse de su modalidad pueblera...

¿Le costaría asimilar de nuevo los hábitos campesinos, para hacerse respetar por la gente y adquirir el mando capaz de conducirlo a la realización de sus propósitos?

¿Por qué se repetían, se turbaban los toros, con aquella vehemente insistencia, siempre sobre el mismo animal? Haría que interrogar a los peones o con prudencia callar, para no ser puesta en descubierto su ignorancia.

Abandonaron la tropa de toros, en un potrero de invernada.

A la hora de la comida, don Farías apareció a pedir órdenes para la jornada próxima.

—Parece que la torada viene bien — exploró cuidadosamente Aguilar.

—Toros gordos y lindazos... ¡Lo traían medio deshecho a un colorau mocho!

—Sí, lo cargaron fuerte — respondió Pancho Aguilar, buscando una explicación del hecho y tonificando su voz con acento rural.

—Seguro, empieza uno y después los otros se le van al humo...

Repentinamente el dueño de *El Palenque* vió con claridad las razones.

—Algunas veces, hasta hubo que sacrificar al animal. ¡Cuando llega la época, el toro se pone cargoso y carga fuerte sobre el más manso!

EL PAISANO AGUILAR

Aguilar recordó los detalles. La humedad viscosa que se extendía como una mancha, sobre las ancas de la víctima, y la pasividad de ésta.

Singular explicación y, por cierto, ¡qué perfectamente clara! No otra cosa que el olfato, les guiaba a los toros, vehementes, excitados.

¡Oscuros designios, extrañas determinaciones de la naturaleza, meandros terribles del sexo, del misterio aparente de cada cosa que le atañe! Pancho Aguilar se quedó pensativo, como un niño que acaba de descubrir una palabra obscura, recién aprendida, estampada en la página de un libro. Asombro sin razón, pero asombro al fin. Siempre se aprende algo... pensó. Y, aligerado de la carga de aquel día, ordenó el trabajo para el día siguiente.

Juliana, a pesar de que la noche era fresca, llevaba arrolladas hasta las axilas las mangas de su bata de percal y el escote amplio ofrecía una blancura imprevista.

Terminada la comida, Pancho se quedó casi dormido, oyendo la radio.

Se sentía abofeteado por el campo.

Había que apresurarse por temor a la lluvia, asomada torvamente en un nubarrón pardo que se dibujaba en el Este. Los caballos del coche, con las cabezas caídas, las anteojeras flojas y el aburrido morro entreabierto por el freno, aguardaban la orden de marcha. El "breke", con las cortinas bajas, listo para soportar cualquier chaparrón. Canastos por el suelo, valijas llenando el pescante; dos cajones con huevos; un manojo de yuyos medicinales; un atado de ropa, bolsas con carne, todo esto aún por cargar. Un peón bombachudo, silencioso y alto, hacía guardia ante los caballos, plantado en el suelo como un palenque. Don Cayetano Trinidad, de un lado para otro, se movía inquieto, atando con recias piolas catalanas los canastos, ordenando los bultos convenientemente para cargarlos luego. Agachado, otras veces, con un alambre blanco y fino aseguraba uno y otro cajoncitos, para sostener mejor la tapa. Gritó repentinamente:

—¿No hay nada más?

Las orejas de un tordillo arisco del coche, se pusieron erguidas. Nadie contestó. Don Cayetano, ayudado por el que hacía guardia delante de los animales, comenzó a ordenar los bultos en el coche. Había que hacer espacio para todo: cajones y carga. Y había que hacerlo pronto, pues si caían unas gotas, el Paso se llenaba de agua en seguida y no lo pasarían muy fácilmente. Era el más traicionero de los pasos.

—¡Todavía vamos a salir con la lluvia! — rezongaba Trinidad. Volvió a gritar: — ¿No falta nada?

Nadie contestó desde la casa, distante de la cochera unos treinta metros. Iracundo levantó los ojos y vio al mayor de sus hijos, que entre el yuyal crecido andaba, al parecer, buscando algo.

—¿Preguntá adentro si no hay más nada para cargar! El chico continuó la búsqueda, como si no lo oyese. El padre insistió:

—¡Te hablo a vos, bobalicón, Juanucho!

El chico dió como un último vistazo al yuyal y salió corriendo en dirección a la casa. El dueño de *La Rosada* había terminado de acomodar los bultos. Cada pasajero tenía su asiento listo, donde poner sus pies. Estaba determinando cuál cajoncito debía cuidar cada uno.

—¡No hay nada más, Tata! — gritó Juanucho, corriendo en dirección al yuyal, donde había dejado un ave de bañado atada de una pata a una estaquita, a fin de poder hallarla un momento antes de la partida y llevársela a la ciudad. Pero entre el yuyal no hallaba ni la estaquita, ni el bicharraco, ni el piolín con que la atara. Si se hubiese escapado, estaría la estaca, por lo menos. Pero, no aparecía nada. Indignado contra su mala suerte y ante la urgencia de partir, buscaba y rebuscaba con denodado ahinco. Y el pájaro no aparecía.

Se oyó la voz de su madre:

—¡Ah! ¡Falta esta caja, todavía!

—Empezamos . . . — respondió Trinidad —. A ver, tráinganla aquí! . . . ¡Siempre la misma historia!

Se la llevaron.

—¡Ah!, y los frascos de miel, ¿los pusiste?

—Pero, ¿todavía estamos en ésas? ¡Es cuestión de no terminarla!

—Yo los dejé en la despensa — dijo la mujer.

—Bueno, que los envuelvan en unos diarios y los traigan con cuidado. Pero, ¡rápido, que se nos viene el agua encima! . . .

Al oír las palabras del padre, el chico gatea entre el yuyal, busca en los pozos, aparta las matas, para dar con su "pájaro de bañado". Hace correr el pie, a fin de ver si choca con la estaca, pero nada, nada. . .

—Bueno, ¿no hay más para cargar? ¡Apúrense de una vez, que se viene el agua!

Hay corridas de un lado para otro. Una sirvienta, con un envoltorio. Un chico, con un abrigo. Otro, con una manta de viaje.

Los caballos, alborotados, alzan las cabezas, agitan el rabo, sacuden los cascos en la arenisca del suelo.

—¡Vamos, vamos! — se oye a don Cayetano.

A Juanucho, ante la perspectiva de marcharse sin su pintoresco pajarraco de bañado, sin su zancudo, tan hermoso para él, le vienen unas ganas terribles de llorar. Nadie le ayuda a buscar su animalejo, nadie se acerca a secundar su labor de recuperar el tanpreciado pájaro. Se aleja del lugar donde cree que ha clavado la estaca, levanta la cabeza y calcula. No, no puede ser. El clavó la estaca a tres pasos de la esquina del alambrado, en dirección al monte. Vuelve al lugar de sus cálculos. Allí no se encuentra ni siquiera la estaca. Mira al cielo y comprende que va a llover. Para un pájaro de bañado, es el colmo de la felicidad, piensa.

—¿Estamos listos? ¿No se olvidan de nada?

—¿Tu poncho está ahí?

—No, señora —tercia la sirvienta—; el poncho del señor está sobre una silla del comedor.

Cuando regresa con el poncho en las manos, el patrón insiste:

—Apurate, apurate, muchacha...

Y clava sus ojos en la pequeña criada, una chinita de mirar agudo, voluntariosa en sus ademanes, capaz de reprender a uno de los hijos de Trinidad, con eficacia de gobernante. Con los niños, mantiene un constante carácter autoritario, disminuyéndolos ante los mayores, haciéndose niña, como los pequeños a su cuidado, si la interpelan.

"Guacha", criada en la estancia, ya gravitan sobre su persona responsabilidades de mujer. Don Cayetano la contempla, en su ir y venir afanoso, comparando aquella energía de adolescente saludable, con la pasividad vacuna de su mujer. Con la chinita, finaliza de ordenar los bultos, pues ella está en todos los detalles. Su pollera escasa, se alza a cada mo-

vimiento. Don Cayetano bromea, a pesar del apurón, tan sólo con la muchacha:

—Vamos, movete, Malvina, que si te portás bien te traigo una pollera más larga...

Y mira, con insistencia, las polleras al aire.

La adolescente, comprendiendo la intención de las palabras de aquel hombre, ruborizada se tira la falda, arrollada en la cintura por los movimientos. Corre al comedor y vuelve con un envoltorio más. Vuelve radiante, por el descubrimiento.

—¡Todavía!... — exclama, ya fuera de sí, el hombre —. ¿No falta nada más? — grita —. ¡A ver, Luz, ahí va Malvina pa' traer lo que quede!

El eco de las palabras llega a oídos de Juanucho. ¡Si se olvidasen de algo más! El pájaro no aparece. Es angustiosa su situación. Y él, que le había escrito a un compañero contando la felicidad de poseer un ave tan rara y excepcionalmente bella... ¿Por qué no viene nadie a ayudarlo? ¡Ah, pero si ahí viene uno de los peones del campo! Quizás él le haya visto. El peón se acerca e inquires:

—¿Ha perdido algo, niño?

Juanucho explica, interroga, responde, todo embarullado, teniendo presente la lluvia que se avecina, el padre que está apurado, la partida inmediata.

—¡Ah, ah! — exclama el peón —. ¿Busca un bichito?

—Sí, sí, por aquí lo dejé, hace un rato, para que comiese algo...

—¿Era un pajarito de pechito amariyo?

—¡Sí! ¡Sí!

—¿Con un pico coloradito y largo?

—¡Sí! ¡Sí!

—¿Con unas patitas verdes, finitas?

—¡Sí, así como decís, así mismo! — exclama, exaltada, la criatura.

—¿Con alitas negras y colita barrosa?

—¡Sí, sí, hombre, sí!

—Un bichito de bañau, ¿no?

—¡Sííí!

—¿Que usted lo trujo ayer pa' las casas?

—¡Sí, sí... el mismo! ¡Contestame!

—¡No lo vide, niño, no lo vide!

Juanucho se alzó como víbora recién pisada. La cara chata del peón, inmóvil, sin pestañear, le dió tal rabia, que, impotente, se le llenaron los ojos de lágrimas.

—¡Juanucho! — gritó el padre.

El chico corrió hacia el "breke" y se trepó en él sin oír las preguntas de su madre.

El coche se alejó, huyendo de la nube parda, que crecía amenazante. El peón y Malvina se perdieron tras un galpón. Desde lejos la estancia era tan sólo una masa de un rosado desteñido, sobre la cual giraba la rueda gris del molino, como si fuese arrollando una invisible cinta de acero, en cuyo extremo estuviese atado el nubarrón que se acercaba.

Don Cayetano conducía el "breke" con una autoridad ridícula. Sorteaba pozos, azuzaba a los animales látigo en alto, tironeaba de las riendas. Dando tumbos en las "cuevas de toros", se dirigía hacia la tranquera del camino, por el potrero desierto.

Como no eran frecuentes aquellos viajes a la población más próxima, el dueño de *La Rosada* abandonaba la estancia con aparatosisidad. Más aun ante el temporal que se cernía sobre sus cabezas. Pero, no era posible aguardar. Las clases de Juanucho comenzaban al día siguiente y el chico no debía perder una sola lección. La madre miraba con tristeza a su crío, camino del colegio. Por momentos sentía que era el comienzo de una pérdida a acentuarse año tras año. Otras veces, pensaba que el niño habría de dignificar el apellido y, en general, la vida de la familia. Bachillerato, carrera, doctorado... Entonces el nombre de los Trinidad aparecería en el pueblo en la lista de profesionales.

La mujer de don Cayetano, doña Luz, o' misia Luz, tenía una tristeza esquelética. Débil, de constitución precaria, se sentía sometida a la salud campesina e insultante de su marido. La voz "mandona", el desenfado y la tiranía de aquel hombre autoritario, la mantenían apabullada, sumisa. Las pocas palabras de que disponía, se le escapaban en desorden por los dientes escasos y la boca ajada. Inexpresiva y dócil, carecía de gestos y ademanes.

Al llegar al "paso" peligroso, del cual se temía el desborde, se cruzaron Trinidad y Aguilar. Como el agua aun no se mostraba inminente, aprovechó para echar una parrafada con el estanciero vecino.

Aguilar se apeó de su caballo y saludó a doña Luz, acariciando de paso a los niños.

—Ese va para el colegio — le dijo con cierto orgullo Trinidad —; veremos qué se saca de ahí...

—Tiene cara de inteligente — opinó Pancho —, aunque va medio tristón...

—¿Sabe por qué? — preguntó Misia Luz, respondiéndose de inmediato: — Porque no se pudo traer un pajarito de bañado... ¿No es cierto que no viven en la ciudad?...

—¡Claro que no! — aseguró Aguilar —. No resisten en el pueblo. Mejor es dejarlos vivir en el campo...

—Sí, pero yo quería hacerlo embalsamar — argumentó Juanucho —, para donarlo al museo del colegio.

Se comentó la peregrina idea y, al instante, Aguilar aconsejaba continuar la marcha.

—Pienso ir en estos días — dijo al fin.

—¡Ah, pero no nos veremos en el pueblo! ¡Yo vuelvo en seguida! — respondió Trinidad.

—Si se afirma el tiempo, iré en el Ford, para regresar al día siguiente.

Nueva manera de ofender con sus comodidades, vagamente pensó Trinidad. Hacer referencia a la posesión de un automóvil...

Aguilar estaba muy distante de tal ofensa. Cuando le enteraron de los motivos del viaje y vio la carucha tristonza del muchacho, se representó la escena cabal de su primera partida para la ciudad. A pesar del tiempo, aun persistía en él la mañana, llena de sol, en que lo arrancaron de cuajo de sus juegos juveniles para conducirlo a la escuela.

—Me recuerda mucho mi viaje — dijo Pancho —. ¡Tenía tantas ganas de ir, como Juanucho!

—El deber lo yama, ¿no es cierto amiguito? — preguntó a su hijo don Cayetano.

El primogénito permaneció indiferente y sordo.

—Dejar el campo, a su edad, para meterse en el aula fría — dijo Aguilar, — no debe ser muy de su agrado.

—Claro que no — afirmó la señora de Trinidad —. Yo le digo a Cayetano que es muy chico para meterlo en un colegio.

Su marido la enfrió con una mirada de reprobación.

—Es mejor que no le tome tanto cariño al campo — objetó don Pancho para romper el hielo —, porque más tarde será peor el trasplante.

—Yo tengo dos hijos — aseguró Trinidad —. Uno para la ciudad; pueblero ha de ser, el mayor. El otro, lo quiero para el trabajo mío, lo voy a hacer a mi sombra, gobernará *La Rosada*... — y siguió dictatorialmente trazando el porvenir de sus hijos. Tan sólo dejó librada al destino, a la menor, una criatura pálida, escuálida, el vivo retrato de su madre.

—A ésta, ¡que se la lleve alguno! Será lo que quiera el hombre que la enamore. ¡Sombra en la sombra de su marido. Para eso es hembra, ¿no le parece, Aguilar?

—Así es, la mujer debe seguir al hombre.

Pero el paisano Aguilar no podía distraerse sin considerar la suerte de aquel niño, camino del colegio:

—¿Te gusta ver domar, Juanucho? — interrogó.

El niño no pronunciaba palabra.

—Le comieron la lengua los ratones... — chanceó la madre.

Y, como acontece siempre, saltó la respuesta en boca del segundo, el más entroncado de los hijos de Trinidad:

—¡A mí me gusta domar!

Don Cayetano recibió el desparpajo del muchachito con grandes pruebas de contento:

—¡Lindo, lindo!... ¡No le digo, amigazo?... Soy manco pa' elegir... ¡Este es el que conviene para el campo!

Reía orgulloso, con íntima satisfacción. Rieron todos de la ocurrencia del chico. Sólo Juanucho permanecía inmóvil, dejándose ir por la llanura, tal vez en busca del "ave maravillosa" desaparecida de la estancia.

La tristeza del primogénito le atravesaba el alma. Se veía él, triste, trasladado a la ciudad, a padecer el rectángulo oscuro del patio del colegio. Sintió en su carne el dolor lacerante de Juanucho. Y, tocándole la barbilla, intentó una caricia. El niño, con un ademán de antipatía, rechazó el gesto amistoso de Aguilar. Doña Luz se limitó a decir:

—Guarango, ¡mire!

Se perdió en el bajo el "breke" de Trinidad. Aguilar llegó a la estancia hecho una sopa. Llovía a torrentes. Sábanas de plata, cubrían el campo. Zanjas desbordadas, cañadones y cañadas, se veían transformados en ríos. Tres horas de lluvia incesante, y el encajonado potrero de las ovejas de consumo apareció anegado. En la lluvia, en el gris de la tarde, con insistencia se le presentaba la desolada cara del niño que llevaban contrariado al colegio.

*

Llovía sin parar. El campo parecía inmovilizado bajo el chaparrón. Impacientes a pesar del tiempo, las gallinas corrían de un lado a otro, aprovechando los gusanillos e insectos que el agua sacaba de sus cuevas o movilizaba en la gramilla. La caballada, de culo al viento y al agua, con la cola entre las

piernas, cabeza gacha, permanecía en una inmovilidad de árbol. La vegetación inclinada hacia la tierra, entregada al dominador aguacero. El horizonte opaco, se veía como a través de un lente humedecido por el aliento. Ruido parejo de la lluvia en el tejado sonoro, adormeciendo el ambiente, ya de por sí somnoliento de la casa. Si alguien venía en su busca, si Juliana se acercaba, llegaba corriendo, saltando charcos, como si huyese de alguien. Con una bolsa encima de los hombros, con un mal poncho sobre la cabeza.

El humo de su cigarrillo salía hasta la cortina de agua y parecía retornar amedrentado. Se llenaba la casa de humo.

Corría el agua en los caños y tinajas, barriles y latas, los cuales, llenados a colmo, dejaban correr su contenido, suavemente, sobre las piedras del patio, abierto al Norte.

Si un pájaro — Aguilar lo vió claramente — saltaba de una rama para colocarse en otra, caía abundante agua detenida entre el follaje. El hornero, desde una pequeña galería, miraba el barro y ensayaba su pico.

Transcurrió la noche lloviendo, con la misma monotonía. Atravesó la lluvia toda la oscuridad del campo, empapó las sombras, amaneció garuando. No se pudo salir para la acostumbrada faena. Si el paisano Aguilar se asomaba en la casa de piedra, para mirar lo que pasaba en el galpón, hoy residencia de los peones, antiguamente la suya — para distraer el hastío dominando su alma, veía el humo constante de la cocina, como forcejeando para evadirse. La cortina de agua, lo deshacía o lo volvía a entrar.

El barro salpicaba por todos lados. Don Farías dejó las huellas de sus pasos en el patio. Juliana calzaba unos zuecos cargados de lodo. Parecía que todos se hubiesen acostumbrado a la lluvia. Daban la idea de hallarse en su medio habitual. Ahora se movían calmosos bajo el agua; ya no daban brincos; fumaban en el aguacero, seguían chapaleando barro, indiferentes.

La casera Juliana entraba y salía de la casa, como en los días de buen tiempo. Aguilar la miraba ir de un lado para otro, con los ojos tontos de quien no tiene en qué entre-

tenerlos. Arribó a la conclusión de que era necesario tomar una mujer más para su servicio. Y se enterneció de pronto, al ver a aquélla desenvolverse tan solícita, con un excesivo trabajo. Se sintió como recriminado por un acto injusto. Veía en ese momento una mayor solicitud en la tarea de Juliana y reflexionó sobre ese punto. La mujer, en su madurez perruna, iba de un sitio a otro, fiel como un autómata. De pronto se presentó con el mate en la mano. Fué una sorpresa para Aguilar. Tomó el mate, aplicó su boca a la bombilla y le llamó la atención la cabeza baja, el aire pensativo de la sirvienta. Había, sin duda, una dulzura original en aquella infeliz. Dulzura y mansedumbre, o lo que fuera. Así, en desaliño, con la ropa mojada, los zapatoncitos embarrados, las piernas al aire, los brazos mal cubiertos por la pañoleta raída. Toda la vestimenta de la mujer infundía tristeza, esa tristeza inexplicable que induce a acariciar a las personas, a apretarlas en nuestro pecho.

Volvió varias veces con el mate y repetía su gesto humilde, su inmovilidad implorante. Desde el primer día le había impresionado la manera suave y tierna de quien ceba mate y permanece de pie, esperando su devolución. Juliana, quietecita, apenas apoyada en la pared, tenía tal pasividad de servidumbre, que se sintió sobrecogido de ternura. Su facha pobretona contribuía a proporcionarle esa emoción poco frecuente. El frío, y algunas ráfagas de viento, entraban con ella cuando abría la puerta. Aquel soplo invernal fortificó el ánimo del paisano Aguilar, dándole una fuerza emotiva inusitada. Silencio agrandando los pensamientos. La soledad le daba magnitud y un orden especial a las ideas. ¿Qué edad podría tener Juliana? Cuarenta, quizás. Había descubierto en las mañanas de calor, sus brazos al aire, y pareciéndole firmes sus carnes. Sin embargo, aseguraba tener una hija de trece años, al servicio de Trinidad.

Juliana volvió con el mate y se apoyó en la pared, aguardando su devolución. Las miradas de la mujer — ahora lo advertía — no se habían cruzado con las suyas más de dos o tres veces, desde que se hallaba en *El Palenque*. Rehuía os-

ENRIQUE AMORIM

tensiblemente esos encuentros, considerando como una falta de respeto, mirar cara a cara al patrón.

Aguilar, al devolverle el mate, tomó con una mano la lámpara de querosén y la acercó a la radio. Intentaría oír música, aunque con el temporal quizá fuese en vano. Al sentirse nuevamente solo, en la pequeña salita donde tenía instalado un viejo "morris", cuatro libros deshechos, una rinconera y la mesa escritorio, sobre la cual se hallaba el aparato de radio; al verse solo, hojeando revistas atrasadas, sintió la ineludible necesidad de cambiar unas palabras con alguien. Anheló la vuelta de Juliana, para formularle preguntas, decir cualquier cosa, salir de aquel silencio. La lluvia arreciaba: con insistencia en el tejado, murmurante en las cañerías, blanda sobre los charcos próximos a la ventana.

La mujer regresó una vez más. Presencia serena, constante, ejerciendo no sabía qué influjo sobre su persona.

—Traiga la "pavita" Juliana... —le dijo, levantando la vista hacia ella—. Se va a mojar toda en el ir y venir.

Ella no le miró. Esquiva, recelosa como buena paisana, tornó la cabeza y, obediente, fué en busca de la "pava". Aguilar la contempló de espaldas, aplomada, fuerte; ondulante de ropas varias, todas ellas húmedas. La falda recogida, enseñaba un tobillo embarrado y la desnuda pantorrilla.

Aguilar prestó atención al aguacero. La lluvia recorría la casa, se paseaba por las habitaciones; estaba presente en todo. Insistía en su alma, con una cadencia voluptuosa. Se hallaba como en un círculo estrecho, entregado de cuerpo y alma a la estancia, a su paz, a su soledad, al silencio, a los objetos que se hacían presentes en la noche de lluvia, con esa inmovilidad que acompaña hasta exasperar.

Cuando Juliana entró con la "pavita", él preguntó algo, para iniciar un diálogo.

—Sí, la yené recién —contestó sin mirarle—. ¿Quiere que le cambie la cebadura?

Sus miradas parecían evitar un encuentro. Desviaba sus ojos, amedrentada, como ante un enemigo.

EL PAISANO AGUILAR

Haciendo girar la bombilla, Aguilar le dijo, después de una pausa, que no. Y, en aquel instante, una y mil veces se preguntó cuál era la razón de que no levantara la vista aquella mujer. Se lo preguntó con una insistencia y una velocidad tal, que le indujo a acercársele, impulsado por aquellos vehementes interrogantes.

Llovía, llovía cada vez con mayor fuerza. Pensó en los campos, en la soledad que lo rodeaba, en los arroyos desbordados, en los animales inmóviles, pastando calmosos. Pensó en los muros de piedra, capaces de asegurar cualquier estado emocional, transmitiendo una sensación de seguridad, de fuerza, de acto grave y firme. Pensó en el tejado que lo protegía en la noche de lobos, rondando afuera empapada. Pensó en las mil noches del mundo, en marinos, capitanes sobre las altas olas; labradores en casuchas aisladas; caminantes por las rutas pantanosas; troperos, vagabundos. Pensó en las noches de las poblaciones, con las filosas esquinas del pueblo, con un hombre solo bajo la lluvia; en las calles por donde corre un emponchado; en las callejuelas por donde cruza un coche. Pensó en los zaguanes con gatos, en las cocheras vacías; en los soportales con periódicos hechos trizas; en los resumiaderos y albañales; en los buzones carcomidos. Pensó en los bancos de las plazas de los pueblos, en las estatuas ecuestres, bajo la lluvia torrencial, en la alta noche. Pensó mil cosas más, entrecruzadas. Y, de pronto, en un solo segundo y al abrir la puerta para retirarse, Juliana sintió que don Pancho Aguilar le cerraba el paso, pesando sobre sus hombros e intentando besarla. Presa entre sus brazos, envuelta la cara en trapos, sin mirarle y sin sorprenderse, sin un temblor, como si aquello fuese muy natural y guardado de tiempo atrás, abrazada fuertemente por el patrón, ceñida a su cuerpo se limitó a decirle:

—¡Luego, señor, luego! ¡Que se me quema el asau! ¡Déjeme ahora!...

Y salió, cerrando la puerta con la misma naturalidad que antes, sin dar vuelta la cara.

ENRIQUE AMORIM

A Pancho Aguilar le temblaba en las manos la hoja de un periódico atrasado. Leyó con un disimulo torpe, ridículo, un encabezamiento que versaba: *Denuncia contra el Comisario de Tacuaras*. Seguía lloviendo. Con la vista sobre el diario, oía llover, adormecido de soledad y de lujuria.

Los días subsiguientes a la lluviosa noche de soledad, Pancho Aguilar los pasó totalmente en el campo. Dos semanas de ruda labor. Le dolían las articulaciones de tanto inclinarse sobre los vacunos. Finalizó la quincena con el baño de ovejas, en un obstinado propósito de exterminar la sarna de la majada.

Cada vez que por una u otra razón Aguilar se alejaba de los baños, ya sea para preparar el remedio o vigilar el tanque "australiano", sorprendía vivos diálogos entre los peones. Apenas advertían su regreso, volvían a permanecer callados. Sólo se oía el ruido que provocaban para espantar las ovejas embretadas.

—¿Qué latean éstos? — preguntó por lo bajo a Farías.

—¿Qué dice, patrón? — no oía bien.

—¿Qué es lo que conversan, te pregunto!

—¡Pamplinas!... Hablan de la Pampita, la gurisa de la pulpería.

—¿Hija de don Ramón? ?

—No; tiene un hijo solo. Nacho — respondió, dejando la lata con piedras que tenía en la mano, la cual sacudía sin cesar, para ir arreando las ovejas —. Hablan de una gurisa muda que crió don Ramón. ¡Cuestión de mujeres!

Y volvió a sacudir la lata de querosén, aturdiendo los animalitos y terminando la charla.

Si curioso y hasta desconfiado se mostraba esa tarde, era para apartar de su cabeza el repiqueteo de ideas fijas. Su destino de hombre de tierra adentro, de honda raíz campesina, comenzaba a crecer.

La despoblada noche, compartida con Juliana en forma atrozmente inocente, le cerró todas las puertas del recuerdo.

E N R I Q U E A M O R I M

No acudía a salvarle, así lo pensaba Aguilar, una sola imagen nítida, de alguna mujer de la ciudad. En su memoria, el tiempo pasado sonaba a cosa irreal. Y era su ardiente deseo, precisar escenas, para defenderse de aquel avance inesperado de realidades campesinas.

Juliana, pasiva, bestial, con inocencia de vaca, con zalamerías de perra, con sumisión de oveja, con mirada de yegua por parir, estaba en todo lo que veía a su alrededor. En el mate manoseado; en el sobeo de sujetar las tamperas; en un basto tirado en el suelo; en un par de espuelas enlodadas; en la sucia y ahumada puerta de la cocina; en un banquito de ceibo, tatuado de marcas, señales y cruces. Era el alma de Juliana, encima de cada cosa, entre los arreos de un apero, entre un montón de huesos pelados por los perros. Todo pertenecía a su alma, a su olor, a su voz que regateaba, a esa mudez profundísima del campo, a veces casi mineral. Juliana, el sentido de aquella china, era el sentido, el alma total del desierto. En su proximidad exhalaba el tambo, el corral. Ella pasaba a su lado, con lentitud de miel silvestre que se derrite en boca de la iguana, con la suavidad del ternero al mamar o el roce voluptuoso de un vacuno, en el poste esquintero de una divisa. Poseía la mujer, todo aquello que era característico del campo, como si estuviese hecha con retazos de una vida animal. Y, a su lado, desfilaba, pesada y grasosa la jornada campesina. Sus pocas palabras, parecían excesivas siempre. La pampa es muda y tan sólo se expresa por hechos grávidos de silencios.

Aguilar se sintió en un círculo estrecho, impregnado de trabajo y dolor campesinos. Desde sus articulaciones resentidas, hasta su boca, de lengua y dientes verdosos por la yerba del mate, y de un extremo a otro de sus ideas, el campo, el campo silencioso y grave, le ceñía una cintura vegetal, como una rama del sipó de los montes, ajustando su tentáculo. Era su deseo evadirse de aquel encierro. Pero, ya no lo podía. Ni libro, ni periódico, ni radio, nada le proporcionaba un espacio para eludir las asechanzas. Respiraba aire de pampa y sus ojos padecían esa irritación que producen, en los párpados, los

E L P A I S A N O A G U I L A R

espacios abiertos contemplados de la mañana a la noche. Sus poros dejaban penetrar en la carne la savia de aquel día inmenso. Aquel día como un árbol, cuyas raicillas fuesen los hombres y las bestias. Sus ropas sucias, salpicadas del líquido sarnífugo, olían a campo. Ascendía por su vestimenta, como la humedad por un terrón de azúcar, la realidad pampeana, el acre sabor de la faena. Ascendía desde sus pies hasta el pecho, donde la grasitud de la lana extendiase en un lamparón, cada vez más pronunciado. Por sus manos había entrado el dolor físico, trepando en su esqueleto hasta colocarse en cada articulación como pequeña espina molesta. Hasta los huesos estaba penetrado de intemperie. Andaba, y a cada movimiento dejaba en el aire vibrante lo que el ambiente rústico le iba penetrando. Los espejos recogían su figura con más familiaridad. Su cuarto ya no tenía visibles vestigios ciudadanos. El campo lo había invadido. Chambergos aludos, cintos, yesqueros, botas, látigos, espolines, todo había adquirido tinte de trabajo, pátina de "paisano".

Un retrato de su madre le salió al paso. No le sugirió nada, ni un recuerdo tierno. Abrió el armario, y en el estante alto, el flamante sombrero gris, de peculiar elegancia pueblera, asomaba sus alas rígidas. La copa, con las pequeñas abolladuras de rigor. Aquello sí tenía un alma. El alma perdida de la ciudad. Recogió, con violencia, una camiseta sucia que halló a mano y la arrojó encima del sombrero, como quien echa una palada de arena sobre un foco de incendio.

De un lado a otro de la calle Real, hablaban las dos muchachas, Sofía López y Dorita Hardoy. Se entendían muy bien, salvo cuando pasaba un carruaje o algún Ford con el escape abierto. En el curso de su diálogo, cuya duración no excedió de tres minutos, se vieron imposibilitadas de hablar por tres veces. Dos, por el repentino cruce de una volanta y un carro cargado de maderas, y la tercera vez, porque apareció en la esquina el festejante de Dora, quien solía pasar intencionalmente por aquella vereda, después del almuerzo.

El pavimento de la calle estaba en mal estado. Los adoquines, unos hundidos y los otros flojos, hacían dar tumbos a los vehículos. En algunos trechos donde el tránsito era menos frecuente, luchaba por brotar un pastito ralo. "Cuadra" perfectamente conocida por el resto de la población. Cien metros de casas bajas, verdes y rosadas, con zócalos de cemento que simulaban mármoles grises; balcones bajos o ventanas; zaguanes de tres peldaños, veredas de piedra losa a trechos, de mosaico en la casa de Dorita. Cien metros de la ciudad perfectamente conocidos. La chapa de un dentista; un almacén en la esquina, llamado *La Banderita*; un barracón, en otra, los forrajes y frutos del país; dos sitios baldíos, pegados a las casas de los López y los Hardoy; y la residencia del estanciero Miranda, con su zaguán de mármoles negros y blancos y su puerta cancel de cristales muy limpios. Luego, dos casitas más; en una de ellas, un remendón; en la otra, una tipografía miserable.

Cien metros de pueblo, unas treinta almas en total, entre servidumbre, niños y mayores. Cien tristes metros de ladrillos y revoque y zócalos de presuntuoso mármol.

Si alguien llegaba a golpear en uno de aquellos zaguanes, el pequeño mundo de la "cuadra" se estremecía. ¿A qué

EL PAISANO AGUILAR

vendrá? ¿Qué asuntos tendrá Fulano con Zutano? Porque los pacientes del dentista, eran los únicos que podían dar sorpresa a las niñas acodadas al balcón. Podían jactarse de conocer al dedillo el tiempo de una dentadura postiza o las visitas requeridas para dar término a una carie de tercer grado... En cien metros de pueblo, dos muchachas nostálgicas que, después del almuerzo, charlaban de balcón a balcón, pues siempre tienen un inconveniente para cruzar la calle. O un zapato roto, o un delantal de labor o una media con zurcido. ¡Valor incalculable de la pequeña contrariedad! Se las veía en ocasiones, con un pie tan sólo en el balcón. El otro, calzaría sandalia. O el pretexto de la melena recién lavada y de ondas cuidadosamente sujetas. Colocando la mano a modo de visera, de balcón a balcón, Dora y Sofía charlaban a gusto, cuidándose de dar a cada concepto, un giro íntimo, a fin de eludir la curiosidad de la mujer del dentista o de la criada del hacendado. Hablaban con clave o en forma figurada.

—*Aqué!*, parece que se ha resuelto, ¿sabes? —decía Sofía. — ¡Le cuesta arrancar!

—Y yo, que lo creía tan salidito... —respondió la señorita de Hardoy—. A lo mejor, el pajarraco de esta tarde se adelanta más...

Rieron. El *pajarraco*, no era otro que el festejante de Dorita. *Aqué!*, para Sofía era su novio, "el paisano Aguilar".

—Mirá, che, —aseguró esta última—; ya me he abandonado a la mano de Dios... Si no se apura, peor para él.

—Sí, pero no debe ser nada agradable, pensar que está a un paso y no aparece...

Pasó una volanta.

—¡Adiós!

—¡Adiós!...

—¿Quiénes eran, che? —inquirió Sofía.

El ruido no permitía que la pregunta tuviese rápida respuesta.

—Che, Dora, ¿quiénes eran los de la volanta?

—El mayordomo de Romero y su mujer.

—Me parecía...

Por un instante, un silencio lleno de sol, sin nadie en la "cuadra". El trinar de los gorrones, el lejano silbido de una locomotora.

—Ahora se lo pasa oyendo radio... — dijo Sofía —. ¡Dice que no le queda tango por oír!

—¡Que te los venga a cantar!

—A propósito de cantar, ¿quiénes serían esos bárbaros que a las dos de la mañana pasaron berreando? ¿No los sentiste, Sófi?

—Será el de aquí a la vuelta...

—Les daba fuerte con "La Cumparsita".

Otro silencio, en el cual las dos cabezas femeninas miraban hacia el mismo lado. Por la vereda de la casa de Dora, venía una mujer elegante, seguida por un negrito de cabeza rapada y mal vestido. En la calle desierta, su paso parecía triunfador, señorial.

—¿Qué me decís? — dijo una. — ¡Vaya una parada!...

—Cuidado, la van a raptar si no la acompaña el negro — agregó Dorita.

Hicieron silencio, pues la mujer se acercaba. Hasta que "entró en el dentista", no volvieron a conversar, tornando la cabeza cuando la mujer se acercó a la puerta y les lanzó desafiante mirada. Oyeron perfectamente la campanilla del odontólogo y luego el rechinar de la cancela de la sala de espera.

—De eso, ¿sabes? hablaban el otro día mi hermano y tío Pedro... — aseguró picarescamente Dorita.

—¡Ah, sí! Parece que se pelean por la joya... ¿no? ¡Qué me decís!

—Mirá, vení, que te quiero mostrar una cosa... — rogó la señorita Hardoy.

—No puedo ahora, estoy muy *facha*; luego... después...

—Yo iría, pero mirá cómo estoy...

Y de seguido abrióse el tapado que tenía encima y apareció en camisa rosada, de escote pronunciado. Le sentaba aquel tono a su melena rubia. Picada por la curiosidad, Sófi accedió y se dispuso a cruzar la calle. En ese momento salía de casa del dentista una señora muy conocida.

—¡Adiós, chicas!

—¡Adiós, Clarita! Recuerdos a María Luisa.

Entró Sófi, se calzó en forma prudente y en un santiamén estuvo en el zaguán de los Hardoy. Más holgada la situación de éstos, les permitía gastar caminero en los escalones. Allí se sentaron ambas. A medida que la charla se hizo confidencial, Sófi, con renovada inquietud, se asomaba a la calle, para no perder la salida de la elegante mujer.

Cruzaron dos automóviles. Saludaron sus ocupantes a las chicas. Pasó un señor alto y, al descubrirlas en el zaguán, se llevó la mano al sombrero. Un repartidor de volantes les dejó un programa de cinematógrafo y el boletín de un remate-feria. Sofía se asomaba impaciente.

—¡Pero, será posible! — decía a cada momento.

—No me vayas a meter en líos, que no puedo decir ni una palabra!

—¡Qué me contás! — y se puso pensativa. — Te diré, que no me da rabia, ni nada. El puede hacer lo que se le dé la gana, andar con alguna de esas... Y, hasta me lo suponía. Pero... ¡A ver, a ver!

Se oyó el chirriar de la puerta de la sala de espera.

La elegante mujer apareció arreglándose el sombrero, un modelo de invierno, granate, de terciopelo. Su traje negro, de línea impecable, daba una armonía mayor a su cuerpo. Caminó unos pasos y, pasando la mano enguantada por sobre la cabeza del negrito, tornó la cara. En la puerta de lo de Hardoy, descubrió las figuras de Sofía y Dora, atentas ambas a su persona, pendientes de ella.

No les sacó la lengua, porque sintió un amargo sabor a remedio en la boca. Las muchachas se escondieron a un tiempo, delatando su curiosidad expresa.

—¿Por qué te metiste para adentro, Sófi? — reprochó Dora.

—¡Fuiste vos! — respondió, cohibida, la novia de Aguilar.

Y se echaron a reír. Pero Sófi reía con la lágrima de la congoja, temblándole la garganta.

Hay en los pueblos, un límite perfectamente definido, en donde termina la edificación compacta, de ciertas pretensiones y comienza la barriada suburbana, con casillas de zinc y madera. Barrio de gente trabajadora, donde la haraganería es, muchas veces, fundada indiferencia por la vida. Un *¡no vale la pena!*, un *¡para qué, para qué!*, un mantenerse conforme sin desesperarse, da la razón de ser de ese conglomerado de casuchas de mate en la vereda, acordeón o gramófono adentro, y niños y perros pululantes. Algunos trabajan, otros descansan. Holgazanean por temporadas los más, sin darle mayor importancia a la existencia. La vida es, si bien se mira desde las casuchas, muy poca cosa. Allí están los pobres, no los miserables, los pobres nada más. Un poco más adentro, los ricos, que a lo sumo tienen un automóvil y van con frecuencia al cine. Bien poco más que ellos. De manera que las relaciones entre uno y otro extremo, son cordiales. Los ricos consiguen poco más que los pobres, en el pueblo inanimado, muerto.

Frecuentemente, cuando les va bien a los hombres del alto comercio en algún buen negocio, se deslizan, entrada la noche, hasta la "Pensión", la casa colocada justo encima de la línea limítrofe del pobrerío suburbano y las casas "de familia", con luz eléctrica y zaguanes estrechos. La "Pensión" está ubicada en el linde. Unos pasos más y se cae en el pobre barrio, alegre siempre, con jardincitos donde no faltan el malvón, el helecho, la jaula del loro o el tiesto colgado con "culandrillos". Desde allí se observa la "Pensión" con avidez. Pensándolo o no, resulta el gran entretenimiento del barrio. Muchas veces, han tenido trabajo, encargado por su dueña. Un planchado, algún zurcido delicado; los chicos, un mensaje bien retribuido. Y, jamás una molestia grave, un solo escándalo con las alojadas en la

EL PAISANO AGUILAR

"Pensión", todas ellas muchachas jóvenes, nada hostiles por su momentánea situación. No buscan mezclarse con las honestas chiquilinas del barrio. En la desolada pobreza de los aledaños, la "Pensión" se agacha sin desentonar, siempre con puertas y ventanas cerradas. Claustral y silenciosa vivienda. Alguna noche, el rito exige un poco de bulla, llanto, palabras en libertad... Pero amanece limpia la calle de vehículos, los árboles inocentes de la vereda, el verde pronunciamiento del frontispicio y la entornada puerta, como si nada hubiese pasado.

Un sueño, una ligera pesadilla, eso era todo. En el barrio, tiene algo de convento la vieja "Pensión" de misia Carmen.

Por la vereda, a las cinco de la tarde, pasito a pasito regresaba Elvira, *La Cubana*, con su acompañante. Volvía del dentista. A cada paso, se componía el traje, coqueteando con su sombra, que golpeaba en las persianas, en los zaguanes y balcones.

Era hermosa y joven. Tenía derecho de ser un tanto provocadora por la calle, en el espacio sin límites del pueblo, ella, limitada a coquetear entre los muros del patio de la "Pensión". Morena y esbelta, a la luz solar su rostro ya aparecía sombreado. Bajo el polvo, tras el carmín, el semblante fatigado duplicaba su persona. Eran dos mujeres en una. La morena de estampa hermosa, dominadora y resuelta, y la otra, la permanente en ella, la que nació, la que la acompañaría al cementerio, el día final. Con sus dos figuras — para unos ojos una, para los más sagaces otra — *La Cubana* Elvira volvía a la "Pensión".

Llamó a la puerta. Aguardó, sintiendo las miradas del barrio en sus espaldas, como un viento incesante. Y se introdujo en la casa verde, lamentando no poder saludar a las vecinas, muchachas de su edad, que, se le ocurría, no la miraban con asco, más bien con simpatía.

Pocas cosas le preocupaban a Elvira: el juego, la ropa y eludir a la gente de otros tiempos...

En la "Pensión" había un silencio de morada rica, sin niños, sin voces destempladas. En el patio, manteníanse los si-

llones en orden, el piano cubierto, las alfombrillas perfectamente estiradas. Una claraboya de cristales verdes, azules y rojos, lo cerraba en invierno y ofrecía, corrida en las noches de verano, un cielo recortado con estrellas, más arriba de los farolitos y las bujías. En los muros, sobre fondo amarillento, paisajes bucólicos, montañas, un torrente despeñándose, pinos descomunales. Al entrar, lo primero a admirarse era una cabaña, con fuego encendido, en la tranquilidad de un valle. El verde, el blanco, un poco de rojo, el plateado del humo subiendo hasta las cumbres. En el sitio donde comenzaban las nieves del paisaje, surgía el pico de luz. Más abajo, el reglamento de la "Pensión de Artistas".

Se respiraba un aire sucio, viciado. En la penumbra del patio, Elvira se detuvo. Abrióse una de las cuatro puertas que daban a aquel recinto y un lampo de luz lo atravesó:

—¿Qué tal, che?

—No me hizo sufrir mucho. — y en seguida, vivaz: — ¿Sabes a quién vi? — dijo sin interrupción *La Cubana*.

—Ya sé, a Pancho.

—¡No; a su novia! Linda, che. Morenita, tipo de chinita. ¡Una cara de buena!...

—Yo la conozco, la vi en el corso el carnaval pasado. ¿Hace frío?

—Un poco; esta noche hay que sacar pilchas de invierno.

—Yo, ni pienso... Si no viene gente, me las arreglaré con el colorado no más. Total, los lunes.

—Me voy a cambiar...

Elvira se encerró en su cuarto. Su compañera, era su peor enemiga. Tenía celos de *La Cubana*, quien, como estaba en la buena racha, se vanagloriaba de sus éxitos. Se quedó en el patio, fumando.

—¡Pola! — la llamaron de adentro.

—¡Qué! — respondió, sin moverse.

—¿Me prestás el zorro?

—¿Vas a salir? — inquirió Pola.

—Yo sí. ¿Y vos?

—¡Puede ser!

---Entonces, no te he dicho nada...

Pola fumaba con la vista puesta en los paisajes de los muros, que no veía seguramente.

Se oyó detenerse un automóvil. Como no estaba "presentable", corrió a su habitación, dispuesta a espiar desde allí. Algo le decía que habría novedades para ella.

Cruzó el patio una negra gorda, de rollizos brazos, secándose las manos en el delantal.

Pola vio aparecer a Luciano, solo, como acostumbraba cuando quería conversar sobre algún asunto interesante o disponer una comilona.

Luciano era un rematador de haciendas, dicharachero, burión y de una simpatía poco común. Alto, desgarrado, le gustaban bromas sobre su estatura, invariablemente, al verle llegar:

—¡Dejá el caballo afuera, hombre! — le gritaban.

Y Pola no podía evitar el ya lugar común, chiste soso, el cual servía para dar el tono de la entrevista.

El rematador tuvo una sorpresa y no dejó de manifestarla. Pola, así, *negligé*, suelta de ropas, ofrecía un atractivo muy grande.

—¿Por qué te fajás, muchacha? ¡Eso es no saber arreglarse! ¡Así estás con diez años menos! ¿A ver? ¡Pero, si parecés otra!

La palpó con entusiasmo, como si lo hiciese por primera vez.

A pesar de la calidad del piropo, Pola lo festejó y tuvo sus dudas sobre la observación. Quizás, ligeramente ceñida por la falda, estuviese mejor. Probaría.

—¡Sabés que me lo traje a Pancho! — aseguró Luciano. — Vino a mi remate y lo arrastré hasta el pueblo. Dentro de un rato caerá por aquí. Pero, ¡a no decir ni medio! No quiero que nadie lo vea. Se va mañana a la madrugada para *El Palenque*.

La Cubana, que desde su cuarto lo estaba oyendo, dió un salto:

—¡Dios te lo pague, martillero de mi alma! — gritó.

—Vamos, vamos, ¡estás loca de remate!

—¡Que me remate, que me remate! — cantó *La Cubana* alegremente.

Apareció entonces misia Carmen, con un aire grave, su continente severo. Saludó a Luciano. Hizo algunas preguntas. Abrigándose con su pañoleta roja, caminó hacia una de las manijas de la claraboya, forcejeó un poco para cerrarla, y luego, dando luz, la vieron en todo su esplendor bajo el pico de dos lámparas. Un fondo de montañas, pinos y torrentes la decoraba. El patio estaba como en noche de fiesta. Misia Carmen era baja, gorda. En todo su cuerpo se distinguían tres cosas: sus manos pequeñas, regordetas, de asombrosa movilidad; sus ojos pequeños, negros, sin pestañas casi, y con un arco de cejas dibujadas; y, en el pecho, un camafeo, siempre en su sitio, como clavado en el Ecuador de los dos hemisferios de sus senos.

Por aquellas tres características la recordaría cualquiera. Ni su busto, ni sus caderas, ni su peinado, ni los aros que completaban la figura se hacían presentes, ante la evidencia constante, tenaz, de aquellas manos, aquellos ojos y de aquel camafeo imperial eclipsando el resto de su persona. Ni el tintineo de las llaves, ni su bien calzado pie, nada quedaba en la memoria de quien la veía por primera o por última vez. Sus ojos sin edad posible; sus manos de incalculable edad; su camafeo histórico con una Popea descomunal. Hablar de aquella joya, era su debilidad. ¿Quién no sabía de Nerón, de Popea, de historia romana? Misia Carmen se complacía en enseñarle el pasaje, según ella, más terrible de la historia. Y enmudecían las huéspedes de la "Pensión", ante el relato de la propietaria.

Luciano la llamó un par de veces, Popea y Nerona. Misia Carmen sonrió, se llevó la mano al camafeo y la conversación se hizo más concreta.

—Comeremos aquí, en el saloncito. Nadie tiene que enterarse. Vos, Cubanita — determinó Luciano, — Pola y yo. Si preguntan quiénes están, misia Carmen asegurará que somos unos romanos que llegamos de paso. . .

Tendrán un buen menú, unos raviolos a la piamontesa — dijo misia Carmen y se encaminó a la cocina. Sus manos regordetas y ágiles, ya estaban en las caderas, ya en el cabello que tapaba la nuca abultada, ya en el llavero tintineante.

Alguien hizo sonar unas notas del piano.

*

El exiguo saloncito de la "Pensión" estaba destinado para las reuniones íntimas de vecinos caracterizados, estancieros por lo regular.

En el aire flotaba un olor particularísimo, perdurable en la pituitaria de los clientes, recordándoles en sus propios hogares o en las estancias, la juerga del pueblo.

El saloncito no daba a la calle, a fin de evitar los "espectáculos" al vecindario. La ventana baja — de un salto era fácil salvarla — se abría hacia un baldío con tres naranjos y un paraíso, donde con frecuencia se daban "comilonas" en verano. A un lado y otro de la abertura, dos sofás-camas. Próximo a la mesa, y muy a mano para alcanzar sin levantarse las botellas de vino, un aparador oscuro con carpetas de punto. Antipática luz bajaba del techo, llenándolo todo con su tono amarillento. En los muros, junto a un lienzo que representaba un cazador cargado de perdices, una estampa de almanaque con una cara de mujer rubia ofreciendo un beso.

El saloncito conducía a una de las habitaciones de privilegio, de más precio y mejor amueblada. Era el cuarto de Elvira, quien, por sus éxitos, podía darse el lujo de poseerlo. Estratégica ubicación, no sólo por el contiguo saloncito, sino también por tener más a mano el cuarto de baño privado de misia Carmen, con quien compartía ese confort.

En el pequeño comedor reservado, un ramo de flores de papel, recién puesto por la dueña, hablaba de los preparativos de la comida.

Están sentados en la cama turca.

—Mirá otro — le dice Elvira a Pancho Aguilar, al enseñarle los retratos más queridos de su álbum. — Aquí estoy con una muchacha cubana. ¡Te das cuenta, qué casualidad! Esta, asegura haber jugado con mi hermana mayor, que es casada, cuando vivían en el barrio español de La Habana.

Aguilar pone especial interés en aquella muestra íntima de fotografías.

—Mirá, aquí estoy con traje de baño, en Pocitos. Y, en éste, en Mar del Plata. ¡Qué flaquita era!, ¿no? ¡Estaba mejor así! ¿No te parece?

Aguilar observa, callado.

—Este retrato es de mi amigo, ese que te conté que murió en el mar, al llegar a Pernambuco. Fué el primero ¿sabés? Era un lindo tipo. . . ¡El que me sacó de casa! . . .

El paisano Aguilar mira el retrato de aquel hombre y cruzan por su cabeza innumerables suposiciones sobre su condición, su origen. Es la fotografía de una persona madura, de buen porte, de rasgos varoniles. El hombre del pasado de Elvira, dueño de su destino, desde una tumba llena de olas.

—Mirá, en ése, yo acababa de volver de Mar del Plata. ¿Ves? Esto es la Pirámide de Mayo, y aquí, la Casa Rosada. Está un poco desteñida, es fotografía de los ambulantes. . .

Ambos observan en silencio el cartón.

Pancho, con más de una docena de retratos en la diestra, pasa cariñosamente su otra mano por la frente de *La Cubana*, a fin de levantarle los cabellos caídos.

La ternura manifestada en el movimiento y en la intención, le ponen pensativo. He ahí una caricia, piensa, caída de las manos, una caricia como para una novia. ¡Rara abe-

E L P A I S A N O A G U I L A R

rración la suya! Lo mejor de su alma, el instante en que su corazón se mostraba más tierno, lo ponía al servicio de una mujer casi desconocida, ajena a su latir. Pero era así, no podía evitarlo. Elvira le arrancaba la caricia íntima, el estado espiritual más profundo. No era éste su propósito, pero mancaba ternura, como sangre una herida. ¿Por qué la prodigaba con aquella mujer, que no representaría absolutamente nada para él, en el porvenir? Acariciaba fraternalmente a *La Cubana*, escondiéndose de su novia, de la pobre Sófi. ¡Absurdo proceder! Quizás esa caricia sería mejor interpretada. . .

No era suya la culpa. El no pensaba venir al pueblo. Su facha, su indumentaria campesina, le impedían ahora correrse hasta la calle Real y hacerle una visita a su novia.

—Mirá este otro, pero miralo bien, ¿eh? — se lo alcanza, luego de dedicarle al retrato una mirada y una sonrisa de satisfacción.

Aguilar sigue abstraído, pensando en la ternura malgastada, en lo que entrega de intimidad. Pero, ¿no estaba bien, mostrarse cariñoso con aquellas pobres mujeres, cuyo sufrimiento moral era tan evidente? ¡Cosa extraña! Muchas veces quiso tener esa misma emoción con su novia y se quedaba paralizado, se quedaban ambos inmóviles, quizá pensando lo mismo. Y, ahora, espontánea, le brotaba ternura para prodigarla con *La Cubana*.

—¿Quién es? — pregunta Elvira, interesada en la respuesta.

—Vos, ¿quién más va a ser? — responde al punto Aguilar, mirando la fotografía.

A *La Cubana* le da una inmensa alegría que la reconoce a través del mejor recuerdo de sus quince años, el retrato de su pureza. Ya satisfecha, insiste:

—Pero, miralo bien. Fijate bien en el traje, en todos los detalles. . . Mirá qué vestido tenía puesto. . .

Aguilar, atento a ese reclamo, observa detenidamente. Es un traje blanco, anticuado, con puntillas, con bocamangas negras y un adorno en la cintura. Observa los rasgos puros de la muchacha. Su faz de niña, su mirada inocentona, lo

pudoroso de aquel trajecito familiar. Un retrato para el álbum de una esposa, de una madre.

—¿Lo miraste bien?

Aguilar sonríe. Ella está junto al armario, donde una docena de vestidos penden de sus respectivos ganchos. Rojos, verdes, negros, azules; colores de combate, banderas en descanso, trajes de cabaret.

Elvira saca de entre las ropas, una prenda blanca, de bocamangas negras, cintura de fantasía.

—¡Mirá, ese traje del retrato, aquí lo tenés! ¡Como si fuese de hoy!

Aguilar, asombrado, detiene los ojos en cada detalle y luego, observado en su totalidad, intenta ver a aquella mujer vestida de niña. En el fondo de trajes variados que forma el armario de par en par abierto, resalta la esbeltez de Elvira. Se empequeñece el vestido blanco de sus quince años, bamboleante en la percha que *La Cubana* sostiene en alto. Después, se lo junta al abultado vientre, diciendo:

—¡Mirá que cinturita! ¡Hoy no me pasaría ni por la cabeza!

Las miradas de Aguilar se tornan tristes. ¡Molesto recuerdo! Visión inoportuna que tan clara se manifiesta. Efectivamente, aquel vestido era el del retrato, era el vestido de la niña de entonces, en manos de la "mala mujer" de ahora.

—Mirá, está gastado, pero lo conservo bastante bien. ¡Hasta lo perfumo a veces! ¡Qué feliz me hace tenerlo conmigo! Yo no tenía novio en esa época, no sabía lo que era tener novio... ¡A este vestido nadie lo tocó, la mano de ningún hombre se le puso encima! Fué el último que me hizo mi finada madre... Por eso lo guardo... Después de este traje, a todos los otros los manosearon bien... Aquí están los otros... —y agita las ropas con su mano. Los trajes se bambolean, como al son de un bailable.

Se acerca a la cama, donde Aguilar permanece ensimismado. Se sienta a su lado y coloca el vestido sobre las rodillas. Luego lo huele largamente...

Aguilar está traspasado por mil ideas y pensamientos extraños. El gesto de ternura que le brotó de pronto, se apodera de todo su cuerpo y es como una enfermedad repentinamente invadiendo sus carnes o como un baño tibio en el que se siente sumergirse poco a poco.

Ambos están pensativos, las miradas sobre el vestidito blanco. La rudeza del atavío campero choca con aquel traje de la muchacha, de una exquisita inocencia. Contrasta asimismo con la ropa ligera de la mujer, con el ambiente todo, con el resto de la habitación. Se oyen voces. La de Luciano; la risa obscena de la Pola; alguna broma soez... Aguilar tiene deseos de pedirle que guarde aquel traje en el armario, pues no desea entregarse a una tan clara emoción, cuando a pocas cuerdas de allí, su novia, purísima, estaría soñando quizás en la idealidad aquélla. Siente como si entregase algo que no le pertenece. Pero al mismo tiempo, hay en él un deseo natural de abandonarse al momento de ternura y pureza. ¿Por qué no? ¿Por qué contenerse? ¿Qué le impide vivir su minuto, completar aquel estado especial de mimo, piedad humana y recogimiento fraternal? ¿A qué negarle a la vida lo que ella pide de nosotros? Un río de ternura le anega. Los ojos sombreados de la mujer, los halla castos y purísimos; los labios, los de una boca sin rivales, infantil. La blancura es la blancura que apetecen los hombres buscadores de piel inmaculada. Elvira desaparece, para dejar pasar a la muchacha que quisiera tener en sus brazos, disponer de ella, besarla y adorarla sin vallas ni convencionalismos molestos. Novia y querida.

Elvira besa el traje. Elvira lo coloca próximo a sus mejillas. Elvira lo aprieta en su seno, como a un niño muerto.

¡Un niño muerto!... Eso era el trajecito pequeño, escaso de tela, cada vez más reducido ante los ojos de Aguilar. Un niño exánime.

Un silencio preñado de pensamientos, está detenido entre ambos. No se atreven a hablar. Pancho se siente agobiado por el recuerdo de la mujer. Elvira, con su niño muerto en las manos, evoca con claridad su adolescencia: los sitios, las casas,

las gentes. Lejos del paisano Aguilar, lejos de sí misma, en el pasado definitivamente desaparecido.

Su niño muerto le da calor en las mejillas. El armario, con las fauces de sus dos puertas abiertas, deja ver la entraña viva de los trajes. . . Entraña de lujo, de vicio, de humo. . . Seda, muselina, terciopelo. . . Colores vivos, realidad sin tapujos, desnuda, realidad sin mentiras. El angustioso presente. De aquellos trapos de combate, se escurría el agua negra de las caricias pecaminosas. Ella las veía deslizarse poco a poco. Ve los trajes en la danza, en la fiesta y en el canto. Cada estreno de alguno de aquellos trapos tenía su historia latente. Regalos de uno, duras conquistas con otro. El vestido con el que canta tangos y estilos. La ropa de las noches largas, con amaneceres sucios.

Ambos miran ahora el armario, que tiene una impudicia de mujer tendida en un diván, con las piernas al aire.

Se oye la voz de Luciano, voz bien timbrada, ejercitada en los remates. Está rematando algo. Bromea, hace burla, escarnece no saben ellos qué. Remata con voz entonada, allá lejos, en una perdida pieza, para entretener a Pola o alguna otra.

Elvira y Pancho lo oyen demasiado. Para no oírlo, ensordecen dándose un beso. Cae el vestido al suelo. Pero Aguilar lo levanta con unción.

Suspirando, la mujer lo toma en sus manos y camina hasta el armario con su niño muerto. Recogida la percha que lo sostenía, lo cuelga. Por un espejo, la ve Pancho accionar. El niño muerto se balancea una vez más. Y, poco a poco, se acerca a los otros trajes. Sentado en la cama, Aguilar, presa de un malestar repentino, se siente clavado al lecho.

El niño muerto se introduce entre los demás trajes. *La Cubana* le abrió una pequeña brecha con sus manos. Entre un azul eléctrico y un rojo infernal, el niño muerto, amortajado de vivos colores, queda inquieto. Se ve la lonja blanca, como una raya de tiza. No alcanza el ruedo de los otros vestidos. Niño perdido en una multitud venenosa.

Aguilar va a pedirle que lo separe, salvándole de una profanación, que lo guarde en otro sitio. En eso, la negra anuncia la llegada de los ravioles. Se oyen pasos. Luciano y Pola, abrazados, atraviesan el patio a carcajadas.

— ¡Los ravioles! ¡Los ravioles! — grita Pola, golpeando a la puerta de Elvira.

Ante aquel llamado estruendoso, *La Cubana* se rehace y, completamente transfigurada, vuelta a su rol, alegremente invita:

— ¡Vamos, don Pancho, el paisano con botas! . . . ¡A la mesa! . . . — una voz más natural, natural en su ficción permanente.

Pero Aguilar no se mueve, no puede moverse. La mujer ha cerrado ya el armario y se ve reflejado en la luna del espejo. No puede moverse. Más bien dicho, ha intentado moverse, pero un dolor terrible le dobla como una hoja de papel. Cae la cabeza sobre las rodillas y los brazos penden inertes. *La Cubana* siente de pronto que algo grave le pasa a aquel hombre. Se acerca. Le levanta la cabeza, tomándola entre sus manos, y todo el cuerpo de Pancho Aguilar se tiende en la cama, pálido, en un desmayo total.

Elvira sale despavorida. Abre la puerta del saloncito, gritando. Pola y Luciano se precipitan y hallan al paisano Aguilar exánime, sobre el lecho de la mujer.

— ¡Qué pasa! ¡Qué pasa!

— Nada, de repente se quedó así, no sé, no sé, Dios mío! — exclama *La Cubana*.

— ¡Un médico, un médico! . . . — balbucea Pola.

La sombra de la negra mucama, apoyada en el dintel de la puerta.

— ¡Agua, agua colonia, en seguida! — pide el rematador. Aparece misia Carmen.

— Mi Dios, mi Dios, ¿qué sucede!

— ¡Agua colonia! — repite Luciano.

Le alcanzan el frasco y empapa su pañuelo. Aguilar no reacciona. Le golpea en la cara.

—¡Un médico, un médico! — insiste Pola. — ¡Llamen al médico de policía!

—No — dice Luciano, — que corra la mulata hasta lo del doctor Fernández, que está cerca. . .

Se hace un silencio. Aguilar parece respirar con dificultad.

—¿Y si se le hace una sangría? . . . — opina misia Carmen.

Pero el cuadro empeora. Pancho Aguilar, de pronto, va quedándose morado.

—¡Ay, ay! — grita misia Carmen. Y las manos, en el aire, se agitan con una movilidad de rito negro. En alto, ambas manos regordetas.

—¡Démosle vuelta, hay que moverlo! — grita *La Cubana* con llorosa voz.

Lo inclina, le mueven los brazos. Por momentos parece disminuir el morado del rostro.

—¿Había bebido mucho? — interroga Luciano.

—¡Nada, ni una gota! — responde Elvira, abrazada a Pola, como si se protegiese.

La respiración comienza nuevamente. Se le aproxima un frasco de agua colonia a la nariz. Luciano, que ha desabrochado el cinto del enfermo, intenta quitarle las botas. Pola se atreve a ayudarlo. Elvira se cubre la cara con su pañuelo y ha estallado en un llanto nervioso.

Se sigue moviéndole los brazos. Aguilar parece reaccionar.

—¿Qué te pasa, hermano? — interroga en seguida Luciano.

El enfermo despierta poco a poco. Hace una mueca de dolor. Se lleva las manos al vientre.

—¡Aquí! — inquiere el amigo.

Un largo silencio.

Desnuda el vientre y le aplica los pañuelos con agua colonia.

Aguilar se queja.

Entra el médico. Al pasar por el saloncito ve el gran plato de raviolos que levanta un vapor escaso. Observa, al cru-

zar la habitación, las botellas alineadas sobre el trinchante y la mesa dispuesta.

Las mujeres se retiran. El médico, un hombre joven, saluda cariñosamente a Luciano, quien balbucea:

—Un ataque. . . No ha bebido nada. . . ¡No se explica!

El médico toma el pulso, le levanta los párpados, se agacha y lo ausculta, palpa el vientre.

Conversa con Luciano. Luego son tres voces. Pancho Aguilar intenta explicarse.

Las mujeres, que ya son cinco, alrededor de la mesa, se miran desconcertadas las unas a las otras. Elvira, entre sollozos, quiere explicar su sorpresa. Resulta inexplicable.

—¡Sobre todo no habiendo bebido! — remarca una de las pensionistas allegadas por el ruido.

Hay un silencio inexpresivo. Se oye ya claramente la voz de Aguilar:

—¡No recuerdo un dolor mayor! . . .

—No puede ser — dice el doctor después de oír una conjetura de Luciano. — ¡Si le han sacado el apéndice! — y, de seguido:

—¿Hace tiempo que lo operaron?

El médico prepara una inyección.

—Tenía quince años. . .

—Es raro ese dolor. . . ¿Le sigue?

—Ahora me calmó, pero no puedo respirar muy hondo.

—De todas maneras, con cuidado, es necesario trasladarlo a su casa.

—No tengo casa. Iré al hotel.

—No, te llevo a la mía — asegura Luciano. — ¿Tenés el coche? — pregunta al médico.

—Sí, ¡cómo no! — responde éste.

Le aplican la inyección.

Hay expectativa en el comedorcito. Alrededor de la mesa, Misia Carmen, Pola, Elvira, la negra y dos pensionistas recién llegadas de la calle. En el centro, chatos, fríos, los raviolos. Una pardusca pasta cubierta de perejil. Los cuatro cubiertos en total desorden.

Se oyen pasos en la pieza de Elvira. La llaman y va. Al ver a Pancho aún sobre la cama, siente una piedad infinita por él. Aguilar, íntegro, le guiña un ojo, deseando verla con el espíritu tranquilizado.

Entre Luciano, el Dr. Fernández y su chófer, lo llevan fácilmente en una silla.

Le siguen las mujeres, atentas a todo movimiento.

No sólo el barrio está conmovido; a varias cuadras a la redonda todo el vecindario está enterado.

—¡El doctor Fernández en la "Pensión"!... ¡El doctor Fernández en la "Pensión"... — se repite casi a coro.

Y ven salir a un paisano, en una silla. Lo colocan en el auto y parten. Difícil resulta saber quién es.

En el comedor, los raviolos fríos, en su sitio. Hay una desolación de comida frustrada. El plato de raviolos intacto, recoge esa tristeza que no sabe en dónde fijarse cuando en una casa pasa algo serio. Esa desolación que, al habitar un hogar, busca, como los perros, dónde tirarse, para recoger las miradas de piedad. En algún sitio hay que localizarla. El drama, el atentado o lo que sea, busca posarse en las cosas inanimadas, en los objetos. Cuando un borracho produce escándalo, en cada vidrio roto, hay un pedazo del drama. Cuando es un tiro el origen de la tragedia, en el revólver o en la perforación de la bala, sienta sus reales el episodio.

Aquella vez, en el plato frío de raviolos, cayó todo el peso del drama. El miedo, el aletazo de la muerte, la sorpresa, sobre la fuente de raviolos... En aquella pasta verdosa, cadáver pequeño de la cena.

Sin ganas de comer, las mujeres comentaron el hecho hasta pasada la media noche.

Dos largas semanas en observación. No se dejó operar. No se dejaba abrir, porque lo iban a partir en dos, como una res.

Junto a su lecho de enfermo, Sófi era un objeto innecesario. Pero ¡qué ojos de buena, qué miradas derramaba sobre el lecho! A pesar de todo, a pesar de la mala jugada de haber venido al pueblo sin avisarle y de que lo sacasen en un sillón de una casa de "dudosa moralidad", Sófi dejaba correr por sus manos, lo mejor de su alma. Cuando ella metía las sábanas bajo el colchón, Aguilar experimentaba un alivio singular. Si tocaba la colcha, él sentía correr por el lecho una suavidad extraordinaria.

Había llegado desde un pueblo vecino, la única hermana de su madre. Con ella, una prima casada, basta y antipática. A los pies de la cama se ponía a mirarle fijo, como queriendo adivinar lo que le faltaba saber.

—Un tanto escandaloso tu ataque — parecía decirle, — francamente reprochable. ¡Tal vez hubiese sido más propio, ser asaltado por un mal desconocido, en la soledad de *El Palenque*, y morir allí, sin asistencia, bajo la mirada perruna de D. Farías!... — recapacitaba el enfermo. — Una desgracia, para sus parientes, que el mal lo pescase en la casa de mala reputación...

Y Sófi, ¡qué pensaba de todo aquello? Aguilar la observaba y, al igual de sus cartas, no aparecía gran cosa de su alma, como no fuese una dulzura muy femenina.

Al retirarse, durante las dos semanas, cuando lo dejaba a la noche al cuidado de Luciano y sus hermanas, siempre tenía una manera nueva de despedirse:

—Hasta mañana, malito...

—Hasta luego, bicho feo...

—Adiós, mi caprichoso...

—Vuelvo a las cuatro, mi enfermito...

Y, al regresar, siempre un nuevo apodo, un calificativo inesperado.

Pancho la miró mucho, desde abajo, desde el lecho. Muy pocas veces es dado mirar a los seres queridos, desde ese borde de tumba que es la cama del enfermo. Se mira a la gente que nos rodea, como se observa el cielo. Su tía tenía mucho de cielo, vista desde la cama. Si se empinaba a besarle, era su madre. Si se marchaba, era su tía, otra vez su tía, siempre su tía, con su hija basta y antipática.

Luciano era una nube que le hacía sombra. Su primo político, allí presente, un ave de rapiña oscureciendo el cielo.

El Dr. Fernández, mozo pusilánime y calmoso, no quería exponerse a un fracaso. Prefería ser médico de aldea con tres recetas, que un inteligente clínico que mata a conciencia...

—Total — le dijo a su novia, — ¡que nadie sabe lo que me pasó!

A Sófi no le daba la cabeza para mayores suposiciones. Además, como era, según el concepto pueblerino, bien educada, tenía la imaginación perfectamente muerta. Una muerta dentro de sí misma. ¿Cómo aventurarse a preguntar, si se trataba a lo mejor de un mal secreto? ¡Los males secretos de los hombres y las mujeres en los pueblos! Suspícales, dañinas para forjar comedias, se guardaban muy bien de curiosear y estaban perfectamente convencidas, Sófi y sus amigas, que era una de esas enfermedades resultantes de la frecuentación de las casas públicas. Y ojalá lo fuera, pensó Aguilar, y no la atroz incertidumbre.

—Habrá que ir a la capital, a examinarse... — dijo Pancho a su novia.

¿Para qué? Sófi lo perdonaba todo, de manera que el paisano podía sentirse mejor.

*

Vinieron después días de largas conversaciones en la sala familiar. Veladas turbias de novios cansados. A su llegada, los padres de Sofía se presentaban a saludarle. A veces, el Sr. López se entusiasmaba hablando de ganadería, sobre lo cual muy poco, escasísimo era su conocimiento. El ideal de toda su vida, fué ser *hacendado*. Pero, no pudo multiplicar el número de pares de botas de su pequeña fábrica, para constituirse en estanciero. Desde su condición de tal, el paisano Aguilar parecía dominarle. ¡Viejo e inveterado orden jerárquico del comercio! Un productor de suelas, un transformador de la materia prima que Aguilar apenas si cultivaba, se sentía inferior, sí, inferior ante el hacendado de *El Palenque*. Absurdo concepto del casi feudalismo americano. Aquel hombre joven había sentido desde la infancia la superioridad tácita de su condición social, por el mero hecho de ser hijo de terrateniente. Su padre tenía estancia, lo cual era un privilegio y una ventaja. El Sr. López, poseedor de una fábrica donde el cuero era utilizado para el uso de los hombres, a todas vistas apabullado ante el trabajador del campo: ser sumergido en la negra y vaga soledad de la campaña. ¡Y, siguiendo la jerarquía ridícula, este señor López, saludando apenas, al pasar, al dueño de la tipografía vecina, cuya inteligencia, aplicada en un sentido noble y artístico, era de orden inferior al fabricante de botines!

Aguilar conversaba con su futuro suegro y se detenía a platicar a veces con el viejo tipógrafo.

En la sala familiar, atiborrada de muebles y alfombras y mesitas de retorcidas patas, el dueño de *El Palenque* se sentía como maneado. No se movía de su sitio. Apenas si se ponía de pie cuando llegaba alguna persona de la familia, a estrechar su callosa mano.

Una noche, fueron importunados por una solterona, tía carnal de su novia. Flaca, desgarbada, todo en su cuerpo era ausencia. Se diría que la mitad de él, se había escapado, al ver la inutilidad de estar presente. Conversadora, su tema era hablar de personas importantes del pueblo, como si ellas se hu-

biesen acaparado lo mejor del poblacho. Un largo rato los distrajo.

¡Solteronas de los pueblos, caras exhaustas, *affiches* de la *getatura*! Allí donde se posan, dejan la amargura del fracaso. Fracaso por cobardía, por maldad. Solteronas de los pueblos, a veces, ¿y por qué no?, casadas, casadas en dos o tres nupcias, pero con el alma solterona, totalmente solterona.

Charlatanas y enredistas, para siempre al borde de los pueblos, a pesar de haber dado hijos y tener marido. Solteronas perversas, que aguzan el ingenio de afilar y prolongar sus ya ligeras tijeras y cortar las alas de las que aprenden a volar, de las que ensayan las posibilidades de la imaginación.

Chismosas de pueblo, solteronas de toda la vida, insatisfechas sin provecho, que crecen en los sitios baldíos, se desarrollan en la humedad de las salas cerradas con olor a naftalina y a ratón. Solteronas de los pueblos, amantes de las rejas con verdín, hermanas de los llamadores de bronce. Solteronas invencibles, de rebeldía cruel hasta que no se aprende a sonreírles. Sonreír, he ahí la flor de otros climas que se seca en los pueblos donde el perdón no es jamás sonrisa.

La solterona puso su aguja, su hilo y su terrible dedal, en la tejida conversación de los novios:

—Y usted está bien, ¿verdad? — decía, calmosa. — Fué una falsa alarma, quizá las comidas fuertes... ¡Aquí se come tanto! Yo siempre digo que se cometen verdaderos excesos...

Y, luego de una pausa:

—Venirle así, de golpe... Gracias que pudieron traerlo a la ciudad en seguida...

—No; — terció Sófi, — fue aquí donde le dió el ataque.

—¿Ah, sí?, ¡no lo sabía! — dijo, recalcando su presunta ignorancia.

Aguilar estaba entregado al arabesco de la alfombra. Seguía con la punta de su zapato, las líneas de su recorrido.

El largo callar fué expeditivo. La solterona se despidió secamente.

—¡Pobre! — la compadeció Sófi. — ¡Qué horror llegar a esa edad así!...

—Llega la que se siente a gusto en esa vida seca.

—Me da lástima... ¡Quedarse para vestir santos!... — suspiró Sófi.

—Todas hablan lo mismo, todas ponen idéntica maldad — agregó, herido, Pancho Aguilar. — Censuran a la generación que las ha desplazado, jamás a la suya. No disculpan que se sea joven...

—Es cierto, nos miran como a enemigas.

—Nacen así. Porque no es una desilusión lo que las pone solteronas. Ellas no se casarían con nadie. El hombre las rechaza, por agrias, como a la fruta verde.

Luego prosiguió, doctoral:

—Fíjate que hay solteronas lindas y feas... Es adentro que son solteronas. Han nacido sordas a la vida.

—¿Yo podría ser solterona? — preguntó, inquieta, la novia.

—Tú, ¡no! No lo fuiste, ¡ni lo serás!...

—¿Aunque no me case con nadie?

—Aunque no te cases conmigo...

Y una racha fría cruzó por sus cabezas.

—Dame un beso — rogó Aguilar.

Mientras se besaban, Sófi veía aún a la solterona.

—¡Si nos viese! — pudo articular la muchacha.

—Lo reprobaría. Estas solteronas de pueblo, no quieren para nadie, aquello que ellas no han podido hacer o realizar.

—Somos crueles — musitó Sófi.

—Déjate de disculparlas. Si no saben perdonar y comprender, que por lo menos no censuren a la gente natural...

Se pasó casi una hora fumando y prodigándole caricias. Pero eran unas caricias fatigadas, sin sentido. La vida de aquella muchacha, no tenía importancia. ¿Qué inocencia era la suya? ¿De qué tono? Sófi hacía esfuerzos evidentes, manifiestos, para sacarlo de su mutismo. Pensó tratar el aspecto repudiable de su ataque; reprocharle su visita al pueblo sin previo aviso. Mas optó por mostrarse confidencial. Le enteró de las hazañas de una prima suya, estudiante en la capital:

—¿Sabés dónde vive? — preguntó; — enfrente del colegio de los padres maristas. Y, por la noche, desde el cuarto de la pensión donde viven, se la pasan espiondo a un padre que es celador. Lo ven, sobre todo en las noches de calor, acostarse, colgando antes la sotana en el respaldar de la cama. ¡Fíjate que se la quita como nosotras la pollera, dejándola caer!

—¿Y eso, las entretiene? — dijo, severo, Aguilar.

—Cansadas de verlo, idearon provocar lo contrario...

—No entiendo... — aseguró Pancho.

—Estás pensando en otra cosa...

—No, no sé lo que sacan con que el cura las vea... — prosiguió falsamente.

—Yo no sé qué — agregó la novia, — pero me cuentan que una por una, son tres, se desvisten como si no se supiesen miradas, y las otras dos espían, a ver lo que hace el padre... ¡Qué locas!

—¡Ricas tipas!... — dijo Pancho, cuya imaginación se había puesto en juego.

—Sí, ¡otro que ricos tipas!... Dice mi prima que hasta lo provocan...

—Y el pobre bicho, ¿qué hace?

—Ha llegado a escribirles un papelito.

—¿Y? — incitaba Aguilar.

—No sé, cada vez lo ponen más fuera de sí al pobre hombre, ¿te das cuenta?

—¡Debe ser terrible! — pensó. — Pedile que te cuente el final del cuento...

Sófi se calló. Aguilar reflexionaba sobre el valor de aquella confidencia.

Pensó en su prima; la veía aún, como una estatua, a los pies de su lecho. Recordó su refinada perversidad, allá en la adolescencia, cuando guardaba cama y se complacía en dibujarse con un tizne, caras grotescas en el comienzo de los muslos, próximo a las rodillas. Rodeaba éstas con las sábanas, de manera que pareciese la cabeza de una vieja envuelta por un lienzo o pañuelo. Entraba él al cuarto y la prima le ense-

ñaba aquella composición tibia, casi real. Estiraba o encogía la piel del muslo, para darle realidad. Y, una vez, aquella prima permitió que Aguilar besase la rara máscara. Más bien dicho, que besase sus muslos.

¡Y pensar que aquella treta, era tan sólo un estúpido martirio para su adolescencia! Al volver a verla, en su reciente enfermedad, la habría abofeteado por inútilmente impúdica. ¡Qué caras de fanteos se podrían pintar ahora, en los muslos de la mujerona!

Aguilar tenía un vago terror religioso. Su escaso conocimiento del misterio de la Iglesia, formaba en su mente una rara mezcla informe y, a veces, desleída. Creía en Dios. Lo respetaba, abominando de todo rito católico. Le sobrecogía un altar; le invadían las campanas; el silencio del templo le hacía poner sumiso. Pero, era oír una sola voz masculina en el recinto, para que desapareciese todo fervor, como corrido por el diablo.

El relato de Sófi, le puso excitado. Quería hablar libremente, expresarse a su gusto, dejar en libertad sus ideas al respecto. Pero no pudo hacerlo con su novia. No hallaba la forma de encarar el asunto, obstaculizado por una vaga moral cristiana. Su inspiración desaparecía, ante la muchacha religiosa que le tocara en suerte. A pesar de la gran intimidad, no era como para abrirse en cruz sobre sus mismas palabras profanas.

A la mañana siguiente retornaba a su estancia, y por esta razón, pasada la medianoche, aún permanecía con su novia.

A las dos de la madrugada, golpeaba en la "Pensión". Desde su ataque no había visitado a Elvira.

*

La madrugada entraba en el pueblo, con los carritos lecheros. Por las avenidas arboladas, la aurora, rosa y oro, avanzaba sorteando los altos eucaliptos, dorando las piedras del camino. Sin nubes de polvo, — el polvo duerme hasta pasadas las ocho en su lecho húmedo de rocío, — los carritos le-

cheros, quebrando las luces entre las ruedas, zigzagueaban por las avenidas, salvando baches al caprichoso andar de las mulas. Troncos de altos árboles, iluminados por el sol naciente, ofrecían sus frescas columnas conteniendo el abovedado del camino. De los campos temblorosos de rocío, el gris plateado íbase poco a poco transformando. El naciente desprendía haces de luz, espadas de un verdugo que eliminaba las cabezotas dormidas de las nubes. Y, todos los cantos mañaneros, todos los trinos de los pájaros, los segaba, con su guadaña de ruidos, el Ford en que corría Pancho Aguilar.

La brisa le limpiaba de la cara la pegajosa pátina pueblera. Nuevo paisano, nuevo conquistador de tierras ariscas, el estanciero de *El Palenque* se sentía acoplado a la máquina. Cuando dejó de sortear carritos lecheros, se abrió el campo, como por arte de magia. Pampas duplicadas por el derramado oro auroral; pampas tiradas a sus pies, mordiendo las ruedas de su coche.

A espaldas el pueblo, desperezándose con el aviso de los lecheros. Al frente el campo, alerta, como aguardando siempre el abrazo, el arado, la semilla y el toro. Insaciable planicie, devoradora de toda energía, acaparadora de hombres... Hombres cuyo destino, identificado con la tierra, es negro aún, como la entraña del surco.

Aguilar quería llegar. No era mejor su próximo amanecer, pero algo le llamaba desde *El Palenque* con voz imprecisa. Su lucha estaba allí, entre las cuatro paredes de la estancia, hasta donde penetraba un olor a campo que se desvanecía sobre la piel de su cuerpo, sobre las sábanas del lecho. Olor a llanura, del cual se impregnaba paulatinamente, mientras veía perderse en el ocaso las últimas casas del pueblo. Se las escamoteaba el horizonte.

Hacia el amanecer, iban su cuerpo y su alma unidos.

Cuando don Cayetano Trinidad sentía la ráfaga de pueblo soplar sobre su cabeza, se tornaba insoportable. Todo en *La Rosada* le parecía mezquino, escaso, indigno de su existencia. Duplicábase entonces su ambición y soñaba con cabañas, hermosos reproductores, hacienda premiada en los torneos. Imaginaba a su hijo, el primogénito, terciar en la ciudad, en alguna de esas discusiones que se suscitaban alrededor de un tema de campo. Su hijo defendiendo, como él no podía hacerlo, tal o cual situación engorrosa, político-financiera.

Los tiempos eran crudos, la época no admitía mayores mudanzas. Economía sobre una base primitiva, o precaria, sólo era posible modificar a grandes trazos o con una verdadera revolución. Producir mucho, gastar el minimum, concretarse a su invernada, él, que tenía buenas pasturas, tal era la única solución. Aguilar criaba. Trinidad practicaba el engorde, favorecido por poseer potreros lejos de la vía ferroviaria, lugar tranquilo y seguro. Paliativos ridículos, para una crisis sin precedentes. Pero tales eran las mudanzas y medidas, al alcance de sus medios.

En *La Rosada*, un desacostumbrado movimiento. Ordenes que caían como sablazos; opiniones sonando a reproche. Y la mujer de Trinidad, paciente, vibraba toda ella en su figura magra, a cada grito de don Cayetano. Había inquietud. Esperaban huéspedes.

Estaba anunciada la visita del Dr. Emiliano Copa, político de sonados éxitos oratorios, en gira de propaganda por las estancias. Hombrón vigoroso y vasto, vendía salud y palabras. Viajaba con dos satélites, estudiantes aventajados de derecho, quienes ya se perfilaban como algo excepcional en las "filas partidarias". Carlitos, sobrino del Dr. Copa, em-

parentado con el *leader*; y Braulio Funes, un muchacho apocado, tímido en su apariencia, pero que se manifestaba arrojado en la oratoria, como poseído por ella. Hablando, el Dr. Copa era un chorro incontenible de retórica. De familia de políticos, tenía ese arrojo que dan en América dos generaciones de contribuyentes electorales. Carlitos Copa, era fuerte en el chisme, la intriga, el tanteo. El lo averiguaba todo, en hábiles interrogatorios. Si alguien se presentaba dudoso, "algún paisano tibio", Carlitos lo sacaba de la reunión y entre palmoteos y promesas, volvía ya cerrado el pacto. Funes y él, habían robustecido la personalidad del Dr. Copa, elogiándolo sin cesar, en alabanza constante y descarada. Luego, se vestían a su vez, con las plumas de aquella *rara avis*, según ellos, "en el panorama actual de nuestra política". En sus ratos de ocio nocturno, hacían periodismo, con la natural petulancia del muchacho que no lo ejerce por necesidad vocacional, sino por lujo o baja especulación.

La Rosada se sentía de fiesta. Peones en el galpón, vecinos, correligionarios, patrones y familiares, aguardaban el arribo de los tres ases que avanzaban por el camino en un potente automóvil, con una nube de polvo a las espaldas. Aquel día, todo se magnificaba a la distancia. Como un Mesías, era esperado el Dr. Copa, con su palabra llena de *floreos*. Era la ciudad, en su mejor embajada, dignándose bajar hasta la estancia, honrando aquellos lares.

El Dr. Copa, Carlitos y Funes, a la vista de la estancia, comenzaron a hacer sus cálculos.

—Habrà, por lo menos, galleta y vino — dijo, con la modestia de quien tolera un minimum de sacrificio, el sobrino del *leader*.

—¡Hombre! Y un exquisito asado criollo, con todo lo que corresponde en estos casos! ¡Ensillado! — doctoralmente se pronunció el personaje. — Este Trinidad, cuando lo conocí, era todo un gran señor que hasta en sus caprichos dejaba brotar esa simpatía única del caudillo nato...

—No lo pasaremos tan mal como en la estancia de Miranda — aseguró Funes.

¡Qué esperanza! Trinidad es de los de cuna limpia, y el mantel que nos ofrezca, será sin duda un largo mantel amistoso — prosiguió el Dr. Copa, ensayando su oratoria intermitente. — Tiene sus manías el hombre, soportables, por otra parte. Pero es un caballero. El amigo García me habló de algunas rarezas de este sujeto, por las cuales colijo que está en un plano muy superior al resto de los hacendados de por aquí. En esas manías, precisamente, se ve al hombre que sueña con mundos mejores, con un concepto alto de los valores espirituales y con hombría de bien. ¡Tipo del criollo con barniz ciudadano, se merece la admiración de nosotros, que tenemos que pasar por alto esos escollos, tan difíciles de salvar! ¡Esténse alerta para descubrir la debilidad del hombre, muchachos! Descubierta la debilidad, su bolsillo será fácil a nuestro reclamo partidario.

Orador de grandes tiradas verbales, el Dr. Copa era lo que suele llamarse en tierras calientes "un pico de oro". Y aquellos dos emplumados *líderes*, sus discípulos predilectos.

Continuaron haciendo los cálculos de cuánto le sacarían para la elección al dueño de *La Rosada*, y tejiendo suposiciones sobre el recibimiento preparado en aquel "almuerzo partidario".

A pesar de la aparente concordia de los personajes, sorda y oscura lucha se entablaba entre los tres. Funes no creía en el Dr. Copa, a quien consideraba "un pobre megalómano verbalista". A su sobrino, le tenía envidia, pues habría de realizar una carrera más rápida. A pesar de sus tres generaciones de ricos políticos descollantes — la primera, de militares y presupuestívoros, y la suya, de medradores incapaces, — a pesar de su pasado, se le hacía difícil el presente.

Desde su pináculo, el Dr. Copa veía ascender a los muchachos con verdadero temor. Ellos se enteraban de la prensa extranjera, ellos tenían tiempo para leer, mientras su vida, consagrada por entero al electorado, se le hacía penosa para el estudio o la simple información. El Dr. Copa, ocultaba su incultura progresiva, mediante un poder dialéctico facilitado por el engaño y la mentira. Si se trataban tópicos de proble-

mas sociales, el *leader*, conservador rotundo, sonreía ante las preguntas del estudiante Funes, con visible tolerancia. Manejaba al muchacho como a una pandorga: dábale hilo, para luego recogerlo, aprovechando un momento de indecisión de su joven correligionario. Entonces, improvisaba teorías arriesgando citas falsas, inventadas para defenderse.

Pero, a pesar de esa lucha subterránea, inadvertida para todo el resto del partido, se apuntalaban los unos a los otros, haciendo de la unión un ariete poderoso.

—Sí, doctor —corroboraba, solapado, Funes. — Esa idea suya ha hecho carne en el partido.

Se burlaba en el fondo, del *leader*, mas se guardaba muy bien de darlo a entender. Y la estrategia del doctor Copa fomentaba la vanidad de los estudiantes, asegurándoles un puesto de primera fila en las directivas partidarias.

Así marchaba la embajada política. Así bajaba desde la ciudad hasta el campo, en su mentira envuelta, armada para el engaño, el embuste, la violación de las conciencias, el fraude.

Trinidad disponía el almuerzo y, al enterarse de que una sola chica cebaría el mate, su mujer tuvo que decirle el destino de Malvina, la hija de la casera de Aguilar.

—Se fué para *El Palenque*, esta mañana. La vino a buscar el capataz de Aguilar — tímidamente le enteró su mujer. Y Doña Luz apenas pudo soportar la palabrota de su marido. Le quedó temblando en su cuerpo, como un puñal arrojado de punta contra una débil puerta.

—¿Quién te autorizó para dejarla ir? — preguntó, iracundo.

—¿Qué sé yo! La madre se ha sentido enferma y tiene derecho.

—¡Nunca sabés nada! No tiene derecho a nada, para eso me la entregó — dijo el patrón de *La Rosada*. — Deben ser cosas de ese imbécil de Aguilar... ¡Mequetrefe!

—Parece que la madre está enferma — se atrevió a insistir Doña Luz.

—No me importa. Para una vez que uno la necesita, la mocosa se manda mudar. ¿Se llevó la ropa?

Claro, se ha ido del todo. Si hubieses estado esta mañana en casa...

—Ya sé lo que querés decir... que no debía haber ido a la estación... ¡Sí, te conozco! Cualquier cosa que hago para poder figurar en la política, sos vos la que me reprueba — aseguró Trinidad. — Sos las que quiere ir para atrás, — y luego de un silencio breve, en que don Cayetano escupía a un lado y otro, sentenció: — ¡Pues, vas a cebar mate vos, por haberla dejado ir!

—¡Y bueno!, ¿qué más da? Les sirvo yo. No es la primera vez.

Los pasos de Trinidad, sonaron con más violencia, en el amplio recinto de la cocina. Había oído las explosiones de un motor. A pocas cuadras de la casa avanzaba el coche del Dr. Copa, con una banderita en el tapón del radiador.

Toda la estancia, como un soldado que se cuadra ante el superior, estaba de pie, atenta a los apretones de mano repartidos por el *leader*.

La perrada se desdobló en ladridos, olfateó los personajes uno por uno, y luego, irrespetuosa y sin excepción, levantó la pata innumerables veces, rociando las ruedas y los guardabarros del automóvil.

*

A las dos de la tarde, nutrido paisanaje rodeaba a Trinidad y su importante huésped. A pesar del tiempo transcurrido, de la natural confianza que se establece alrededor de la mesa, el Dr. Copa no halló en Trinidad al hombre campechano y fácil. Llamado a silencio, en una circunspección empacada. Don Cayetano se atusaba el mostacho, tosía, afirmaba con un ademán, era parco en sus modales. Manteníase firme en su sitio de hombre de campo conocedor de las modalidades del pueblo, adquiriendo cierta compostura reservada. Si bien algunos de los tiros oratorios de aquel *leader* le dejaron con la boca abierta, recuperaba por momentos su papel de hacendado con ínfulas. Cuando se le dirigía el doctor Copa,

recabando un dato, luego de hacer un silencio, pronunciaba la cifra cabal: ¡180 votantes al firme!

No advirtió, por cierto, la guiñada que se cruzaron el *leader* y su sobrino.

—¿De manera, amigo Trinidad, que usted estima en 180 votos el caudal electoral suyo, frente a un hombre improvisado en las lides políticas, como lo es Rodríguez?

Se trataba de otro caudillejo de la seccional, su enemigo. Con ello tocaba una llaga.

Trinidad, sobre quien afluían las miradas de los comensales, luego de un corto silencio, estableció:

—Esa cifra es al firme. Ahora, si usted vuelve por aquí y podemos dar una buena comilona la semana que viene, conseguiremos otros 180, que sólo esperan nuestra promesa. Después del robo comprobado al socio de Rodríguez, créame, se puede conseguir la gente que ahora reniega de ellos o está indecisa.

—¡Esto sí que es hablar claro! ¡Me gusta, amigo don Cayetano! —dijo alegremente el Dr. Copa. —Haremos una gira la semana entrante y, en lo que a mí respecta, pondré mi palabra al que amén de favorecer a nuestro partido, favorece el concepto que de usted se tiene en la capital.

—Bien dicho —agregó Carlitos. —Si consiguiéramos esos votos dudosos, sus acciones subirían ante los ojos del Directorio del Partido.

Trinidad, aparentemente frío y cultivando una indiferencia cada vez menor, no se atrevió a considerar más el punto. Hacía esfuerzos subhumanos para no beber, temeroso de embriagarse.

—Y ese mozo Aguilar —interrogó el Dr. Copa, —¿hace política o está de capa caída?

—Le falta plata —aseguró don Cayetano. —Lo que es gusto, tendría. Es mejor que sea así. ¡No nos hará mella!

—¿De manera que continúa opositor?

—El mismo no sabe lo que quiere. Los de la oposición lo han visto para esta campaña, y les salió con mandarles una

vaquillona —sonrió Trinidad. —¡Lo que es plata, no le sacan, porque no tiene! —y no pudo evitar un trago de vino.

Para darle a la reunión un poco de alegría, cuando las chinas que servían el almuerzo y la mujer de Trinidad se habían retirado, el doctor Copa se dió a contar cuantos verdes. Historias llenas de picardía simplota, fáciles al auditorio.

¿Qué dominio ejercía sobre aquellas almas ignaras? Total, si la reserva del patrón de *La Rosada* ponía al Dr. Copa en estado de prevención, el sometimiento pasivo del resto de los comensales, le daba fuerzas. Bromeaba, contaba anécdotas personales, bajaba de su plano de *leader*, para confundirse con aquella gente. Y, cuando la risa “corría como un vino generoso” (fueron las primeras palabras de su discurso), fué ponderando poco a poco el concepto, mejorando la fraseología, hasta culminar en la perfecta oratoria política.

Comenzó con relatos en anécdotas de tono familiar. Nadie calculaba que iba a *elevase* paulatinamente. Funes y Carlitos, su sobrino, en cambio, sabían los puntos fuertes del *leader*. Se echaron para atrás tranquilamente en sus sillas y aguardaron el chubasco verbal:

“—Y, como ese paisano de mi cuento, todo honradez y nobleza, tan compenetrado de los arduos problemas de su rancho, así es nuestro partido, amigos míos! ¡Como un vigía de ojo avizor en la tiniebla de un faro! Partido que viene del fondo mismo de la historia, alucinado, ferviente, como su héroe máximo, a hacerse cargo del país, del timón de la nave del Estado, para evitar que la barca zozobre. Como ese paisano de la historia, es nuestro partido, es cada hombre de nuestras filas triunfadoras. Conocemos como nadie las necesidades del pueblo, porque venimos palpando su realidad verdadera, como palpa al enfermo al auscultarlo, el médico que lo atiende. Como el paisano de mi cuento conoce las manías de su suegra y de su mujer y es asimismo el confidente de su hija, así nosotros, los que cargamos con la responsabilidad de todo el partido, queremos conocer las angustias del pueblo que nos sigue en la trayectoria gloriosa,

“que son al fin como las confidencias de su alma. Queremos, “lo repito, saber qué necesidades son las de esta región. Me “decía por carta, hace unos días, este generoso y preclaro hom- “bre de labor y de sentido patriótico, el caballerazo que nos “acoge en su mesa, Don Cayetano Trinidad, que se necesita “en el pueblo vecino, un pozo de agua potable. ¡Y bien, mis “amigos! Bastó que un hombre desinteresado y serio, como lo “es Trinidad, me formulara ese pedido, para que yo se lo “comunicase al señor Ministro de Obras Públicas. Y ¿saben “ustedes lo que me dijo el señor Ministro? — Doctor Copa “— exclamó, — jamás creí que Tacuaras no tuviera su pozo “de agua, su molino, su depósito con cañerías. Y, tocando un “timbre, llamó a su secretario y delante mío le ordenó: — Ese “molino y esas cañerías que hay destinadas para tal parte “(no quiero decir el lugar), las reserva para Tacuaras, que “carece de agua. — El pueblo a que hacía referencia el señor “Ministro, ya poseía un pozo, pero había solicitado otro. ¿Es “concebible, me pregunté, que se favorezca con abundancia a “un lugar, cuando hay pueblos sin agua? Y, ¡así es! Los “vecinos de ese pueblo que piden un poco más, son activos, “luchan, aportan su voto al gobierno, facilitan herramientas, “son, en una palabra, hombres inquietos, que aman su que- “rido pago. Son, permítaseme decirlo una vez más, hiriendo “su natural modestia, como ese otro correligionario que se “llama Don Cayetano, hombres de progreso, de entusiasmo, “de calor patriótico.”

Al Dr. Copa le faltó la voz y fueron respetuosos los oyen- tes, inmovilizados por la oratoria.

Prosiguió el orador, buscando una frase que le sirviese de *broche* final, algo así como una silla cómoda donde caer quan- do terminase:

—Tendrá agua Tacuaras; vendrá por ese mismo camino “que nos trajo a nosotros, el enorme brazo tentacular de la “máquina perforadora. Brazo de cíclope que buscará en la “entraña de la tierra, la frescura que sus niños, ciudadanos de “mañana, necesitan para desarrollar su energía. Lo verán ve- “nir ustedes, como un mensajero del progreso. Y, ven ustedes,

“señores míos, qué fácil fué para mí, cumplir el pedido de Don “Cayetano. Se diría arte de magia, pues fué tocar un botón “y dotar de agua a Tacuaras. Y bien señores; cúmpleme de- “volver a este digno ciudadano de *La Rosada*, su apoyo moral “de tantos votos. Devolvemos con algo que, por su diafani- “dad maravillosa, hace pensar en el regalo de los dioses o en “ese presente que prefería aquel Rey, al cual nada agradaba “más que un vaso de agua cristalina. Como el Rey de la le- “yenda, el pueblo de Tacuaras sólo quiere cosas sanas, puras, “sencillas. Puras como los ideales de nuestro partido, vencedor “por el trabajo y la libertad”.

Funes y Carlitos, abrieron la salva de aplausos a las pa- rábolas. El primero pensaba, irónico, en el pintoresco Rey de la Leyenda. El sobrino meditaba sobre aquel epílogo tan cristalino, de un discurso comenzado con cuentos verdes. El Dr. Copa, avergonzado de sus mentiras y de la segura renun- cia del Ministro de Obras Públicas, vió la necesidad de acabar de una vez. Debía hablar en privado con Trinidad.

Mientras se producía le entrevista del *leader*, los dos se- cretarios ensayaban puntería con el revólver del capataz.

El hartazgo de politiquería era tan grande, que contesta- ban con monosílabos a las preguntas de los paisanos.

—¡Qué día macanudo! — dijo, desperezándose, Funes. — ¡Qué día maravilloso!

—¡Para ponerse panza arriba y no hacer nada! — con- tinuó Carlitos. — Dan ganas de rebuznar — y se tendió en el pasto.

A pocos metros, algunos comensales trataban de oír la conversación de “los doctorcitos”. Los miraban de rabo de ojo, entre desconfiados y recelosos.

—¡Qué buena vida bestial se podría hacer aquí! — opinó el sobrino del *leader*. — ¡Qué salud de caballo tendría!

—Pero este animal de Trinidad, no tiene un árbol donde ponerse a la sombra. ¿Lo has notado? — observó Funes.

—¡Qué falta hace para los animales! — agregó Carlitos. — Estorban los árboles en las estancias...

—¿Lo decís en serio? — interrogó Funes.

—No me hagas pensar . . . , estoy pidiéndole al sol que me derrita la gresita del asado . . . ¡No quiero pensar!

Tirado en el pasto, aquel *leader* en cierce se sentía un animalito de Dios. El paisanaje le observaba, extrañado de su proceder, desconcertado.

—¿Cuánto creés que se podrá sacar? —inquirió Funes por lo bajo.

—No quiero pensarlo. Este sol vale más que todo. Por mí, que no dé nada.

Vieron venir al Dr. Copa, solo. Apenas estuvo a tiro se lo preguntaron.

—No miren para atrás, que es muy desconfiado . . . —murmuró por lo bajo. —Fué a hacer un cheque . . . y, luego: — ¡Qué buen ganado! — dijo más fuerte, mirando unas vacas que pastaban del otro lado de una divisa. Dirigiéndose a uno de los peones, repitió la observación, preguntándole si era campo de *La Rosada*.

Así lo suponía el Dr. Copa y lo celebraba para adular a su dueño.

—No; ese campo pertenece al *Palenque*, de don Aguilar . . . — contestó uno del grupo.

— ¡Metí la pata! — comentó muy por bajo. — ¡Tomá, por adulón! — se reprochó.

Y los tres hombres de la ciudad sonrieron a un tiempo. Los tres personajes, las tres realidades del partido, a pleno sol, como si jamás lo hubieran gozado. Eran la ciudad, la ciudad que se orea y oxigena. Los embajadores de la civilizada sociedad urbana, roídos de mentiras y adulonías, felices de poder neutralizar un tanto el veneno almacenado. Como si tuviesen heridas que secar a la intemperie, se abrían al sol. Se abrían de piernas y de brazos, mirando ansiosos el horizonte limpio, que reducía sus figuras; palpando la tierra sana, donde se afirmaban sus pies.

La primavera, casi siempre ventosa por aquella región, les tendía una tarde apacible. El buen humor producido por la digestión, surtió el efecto deseado. Dadivoso, el dueño de *La*

Rosada, con un aire señorial, metió en un sobre el cheque y lo entregó a Carlitos.

—Usted, que es más joven, puede encargarse de mi contribución — le dijo.

El Dr. Copa, al advertir en el corral una tropilla de caballos overos, de bonita estampa, atrayente para los ojos urbanos, se deshizo en ponderaciones.

Y, con las últimas palabras de agradecimiento a Doña Luz, por su menú, la "embajada partidaria" tomó el camino hacia el norte.

Había más estancieros para visitar, a los cuales el "Rey de la Leyenda" y "el paisano del cuento gaucho", convencerían del "deber partidario".

El paisaje deshumanizado, los caminos ásperos, el horizonte infinito no responden, a pesar del mentiroso llamado de la ciudad. Campo avaro e incorruptible, lejanías ariscas, eso era todo. Imperturbable llanura, como una expectativa de la tierra.

Unos votos, unos pesos, nada son ante la grave magnitud, que aguarda, paciente y segura, la hora del desquite.

¡Fantasma agigantado del campo de otros días! De cada piedra, de cada árbol, de cada rincón mana un recuerdo. Acaso era más profundo el campo de antaño o más rico en sugerencias. Desde el río, bordeado de árboles apretados, hasta el umbral de la puerta, el espacio se alzaba espectacular para atraparlo.

Aguilar vió avanzar por el camino el overo-rosado de Trinidad. En el campo desierto, la figura de su vecino parecía llenar el paisaje. Alado de ponchillo blanco, don Cayetano se acercaba. En la loma, antes de llegar a la tranquera, se alzó la estampa ecuestre, como si recogiese el espacio para su pedestal. En la inmovilidad del campo, la marcha firme, el galope del jinete. Avanzaba. Un vuelo de teros le sesgaba el aire y hacía cruces delante de su caballo. Subía y bajaba rápidamente, como si necesitase de aquel movimiento para levantar un poco el cielo anubarrado pesándole sobre los hombros. Avanzaba. Aguilar, desde una ventana, lo veía agrandarse.

Conocía perfectamente las razones de tal visita. Don Cayetano Trinidad, reclamaba a Malvina, quien al lado de su madre enferma, insistía en quedarse. Varios mensajes del patrón de *La Rosada*, habían recibido la negativa rotunda. Ahora, en persona, don Cayetano llegaba a buscarla. Aquella muchacha le pertenecía. Pero, la madre, que la entregara en días de miserias, mostrábase firme para reconquistar su cría desde el lecho de enferma. Aguilar apoyaba a Juliana, quien se mantenía intolerante al conocer el decisivo apoyo.

Avanzaba Trinidad por el sendero que conduce a los galpones.

Sin conocer hasta dónde llegarían las exigencias de su vecino, Pancho Aguilar le vió desmesurado en su pretensión. El último recado era un ultimátum. O volvía a *La Rosada*, o Don Cayetano en persona iría a buscarla. Y, allí estaba, des-

E L P A I S A N O A G U I L A R

cendiendo del caballo, atándolo al palenque, avanzando luego hacia la casa de piedra, seguido de los perros. En sus altas botas negras y lustrosas, golpeaba el rebenque, marcando los pasos. Y, de pie en medio del patio, se detuvo. Brava estampa de caudillo, provocadora y grave.

*

Cae la tarde. Por el sendero que conduce a la tranquera, a galope tendido, con el ponchillo abierto en aletazos, se aleja don Cayetano. Sus perros galopan en las patas del caballo. Se aleja. Lleva la resolución violenta en la marcha. Ha desafiado, altanero. Ha jurado ganar el pleito; lleva una blasfemia en los labios. Sin despedirse, con las miradas de la gente de *El Palenque* clavadas en la espalda como flechazos, se aleja. Pancho Aguilar siente un vacío a su alrededor. Mientras ve desapareciendo la silueta de aquel hombre, firme en el overo-rosado, aclara sus ideas. La disputa ha sido violenta. Trinidad, amenazador, dió a conocer su posición privilegiada de personaje vinculado al gobierno. Jueces, abogados, estarían de su parte. El había criado a la muchacha desde los siete años y suya era, por lo tanto. Pero, con sus argumentos volvía en derrota, ante la negativa de la madre moribunda, ante la decisión de Malvina y el apoyo decidido de Aguilar.

Se pierde el jinete al bajar la loma. Primero las patas del caballo, luego la mitad de su cuerpo, más tarde un aletazo del ponchillo y, por fin, el sombrero aludo de don Cayetano. Una amistad hundida en el campo.

Vaga tristeza le invade. Se siente solo, frente a la llanura inhóspita, indiferente, poblada de fantasmas. Los caminos se le cierran de golpe. La sábana verde del pastizal inunda sus ojos, ahoga su alma. Los muros de piedra le aprisionan y el tic-tac de un viejo reloj clavetea su soledad. Solo, como una cuña en un palo, siente su cuerpo machacado por el áspero atardecer circundante. A pesar de haberse erguido en una honrosa resolución, no sentía la más pequeña voz de aprobación. Malvina, inexpresiva, le había mirado desde el borde del lecho de Juliana. Esta, apenas si atinó a decirle que todo pa-

saría, su dolencia y la terquedad de don Cayetano. El viejo Farias, mugriento y barbudo, al entrar en la pieza la llenó de olor a creolina. Habló a la enferma.

—No es nada — aseguraba ella, — y otras veces he sentido lo mismo. Pasará, pasará...

Su hija, a los pies de la cama, se mantenía silenciosa si se acercaba Aguilar. Lo miraba de rabo de ojo, con sus grandes pupilas oscuras. A la luz de un quinqué, se modelaba su figura bien plantada. Los brazos caídos ligeramente hacia atrás, hacían resaltar la firmeza de los senos bajo la bata ajustada. El vientre chato, los músculos prominentes, la cadera amplia, escasa cintura. Con los cabellos opacos sobre la nuca, en una lacia melena negra, su rostro mate, de líneas suaves, tenía una impavidez impresionante. De vez en cuando caía un mechón desprendido de la oreja y Malvina, con un nervioso movimiento, lo volvía hacia atrás. Firmes, los labios herméticos eran de un gracioso dibujo. Un bozo sutil embellecía la boca. El menudo mentón, con un hoyuelo, completaba la faz de una hermosura poco común. El misterio de su persona estaba en la voz. Voz de miedo, voz de paisanita, como velada por un terror incomprensible. Voz escondida tras las palabras, espiando, al parecer, a quienes le dirigían preguntas. Voz de niña, al fin, amaneciendo en unos labios ansiosos.

Su timidez de animalito chúcaro, la inmovilizaba hasta que podía huir del sitio donde se la sorprendiera. Le temblaban las manos, se estremecía toda, como un arbolillo azotado por el viento.

A los pies del lecho materno, quieta, bañada por la luz, con un fondo de sombras, la contempló Aguilar la noche de la ruptura con don Cayetano. La miró largamente, comparándola con la madre. Juliana poco le había dado de hermosura. ¿De dónde traía Malvina esa estampa cautivante? ¿Quién era su padre? La casera, jamás se lo había dicho. Era su hija y eso bastaba. Cocinera en una estancia, lavandera en otra, casera en *El Palenque*, aquella mujer había rodado mucho. Ella tampoco supo quiénes fueron sus padres. Recogida desde pequeña por unos estancieros de lejanos pagos, no les

conoció, ni supo nunca de sus vidas. Bastante tenía Malvina con saber quién era ella. Lo demás, ¿para qué? Se perdía, como lo suyo, en una crianza de servidumbre.

¡Hijos del campo, nacidos del azar, al azar concebidos! Hijos de la soledad, del bostezo, del aburrimiento. Hijos engendrados bajo los techos de los ranchos, por los hombres de *las casas*. Hijos de los caminos, de la entraña fácil o necesitada, que se expone bajo las carretas, entre los barrancos, por los pajonales. Hijos del surco humano, aguardador de la semilla, como la única alegría de la existencia. Hijos de las trastiendas de las pulperías o de los maizales quebrados, donde la mujer se tumba de cara al cielo. Hijos de los cuartuchos del servicio, de paredes de tablas, por donde silba el viento en invierno. Los hijos de las calmosas noches tropicales, con nubes de mosquitos y ladrillos de perros. Los hijos del catre de tientos, de la cama escasa; de la sábana áspera y el colchón de paja. A veces, del barranco, de un hueco en las parvas...

Juliana, Malvina, *gauchos* y *criados* de la población femenina de los campos de América. Mujeres y hombres, en cuyos rostros de facciones achinadas o mulatas, hay un toque de sangre blanca, como un interrogante en sus destinos. Algunos quedan en las pampas, agobiados por su condición, que jamás se inferioriza ni condena por la procedencia. Algunos quedan; otros, los hijos del negro o del mulato, audaces, suelen avanzar sobre los pueblos, y es en ellos donde el rasgo del hombre de color se manifiesta en la política crespada o en la vida social de relumbrón. Promiscuidad del campo, venganza terrible de la llanura.

En la chinita Malvina bullía una sangre en nada semejante a la de su madre. Esta, de una inferioridad manifiesta, quizá se sorprendiese de aquel fruto suyo, de belleza particular. La pregunta de Pancho se repetía por intervalos. ¿Quién podía ser el padre de Malvina?

El padre de la chinita... Quizás el hombre de una noche, el tropero apresurado que *pidió posada* y al amanecer galopó hacia el Norte. Tal vez el muchacho en vacaciones, pudo ser el propio Aguilar, que en una siesta vibrante de

chicharras y calor, en el rancho de techo bajo y paredes de *chorizó*, dejó caer su semilla vigorosa, mudo y tenaz, como animal en celo. O la del patrón, instinto ciego, dueño de vidas y haciendas, en una tarde lluviosa y solitaria, llenando el ocio...

El padre de Malvina, no era un hombre común. Su belleza física lo decía a las claras. Y, aquella codicia de Trinidad, encendió la sangre "del paisano Aguilar". Bajo su techo, la bella chinita paseaba su timidez campesina.

Quiso comprender la terquedad de aquel vecino, como un deseo, a todas vistas, de poseer a la muchacha. Trinidad puso fuego a la reyerta. El interés era poco común y fácil de interpretar, en su vehemencia, como inclinación sexual por Malvina. Por ello, Pancho Aguilar la defendió casi como se defiende a la mujer querida. Si razonaba que no era lícito se la apartase del lecho de su madre enferma, en el fondo de su conciencia no hacía sino defenderla para sí. Trinidad era un rival imprevisto, de esos que hacen brotar los sentimientos y las inclinaciones ocultas. Malvina se transformó, en pocos días, en una presa codiciada por dos hombres. Poco importaba la lucha sorda entablada entre ambos. Si don Cayetano recurría a la Justicia, como lo dejara entender al marcharse, Aguilar apelaría a los sentimientos.

—Juliana — le habló dulcemente Aguilar, en la soledad del cuarto, — si te sentís mal, es mejor que te lleve al pueblo.

—No, don Pancho; no tengo fuerzas para moverme... — a duras penas respondió la mujer.

—Si querés, te traigo un médico... — continuó, tuteándola, con suavidad y pausadamente — voy a buscar el médico.

—Se va a enterar don Cayetano, lo va a ver salir pa' el pueblo... — objetó la enferma.

—Y ¿qué hay con eso? ¡Que se entere!...

—Va'venir a sacarle a Malvina... — argumentó la madre, en cuyos labios las palabras parecían secarse con la fiebre.

—¡No seás floja!

Se puso de pie Aguilar, disponiéndose a salir en busca del médico.

—¡No, por favor; no! ¡No me deje así! — rogó, levantando los brazos. — Me moriría sola... No se vaya de la estancia...

Aguilar, comprendiendo el significado de aquel terror de la enferma, se detuvo.

—No quiero morirme, pensando que mi hija va a caer en las manos de ese hombre.

Hubo un silencio obstinado y molesto.

—Ya me va a pasar el dolor... — aseguró.

En la puerta, la figura negra, crinosa y sucia de don Farías, apareció de pronto. Traía unas yerbas enviadas por la curandera, para hacerle un "cocimiento".

—Aquí te manda esto... ¿Te los hago hervir?

—Déselos a Malvina, don Farías... — repuso.

Y ambos hombres salieron de la pieza, al mismo tiempo que dos lagrimones contenidos, rodaban por la cara seca de la enferma.

Al instante volvió el viejo peón.

—Esto te v'aliviar... — dijo por lo bajo.

—Mirá, Farías — comenzó a hablar Juliana, — ya sabés que no quiero que la Malvina quede en manos de don Cayetano... Si no la defiende el patrón, defendéla vos... Mi hija no la v'a guardar ese hombre... Aura, que he podido arrancársela por mi enfermedad, la quiero pa' mi... ¡No hay mal que por bien no venga!

—Así es, así es... — corroboró el viejo.

—Ya sabés mi pedido, Farías... — murmuró la enferma. — Si muero, defendéla como si fuese hija tuya... ¡La viste nacer!

—¡Así es!...

—Mirá, Farías... Asomate pa' ver si la gurisa está lejos...

Don Farías se asomó cauteloso, oteó la oscuridad.

—Está en la cocina — dijo por lo bajo.

—Güeno, te voy a decir todo a vos, viejo, pa' que lo sepás... — Don Farías puso oído a la confidencia. — La muchacha es lo único que tengo en el mundo y no voy a de-

jarla pa' que se haga una perdida. Si no tuve madre yo, la pobrecita v'a tenerla. Oíme bien. . . — e hizo una pausa para quejarse. — La muchacha es hija de ese desalmado de don Cayetano, ¿sabés? — el asombro se pintó en el rostro del viejo. — Es hija de él. . . ¡pero él dice que no! No quiso reconocerla, y ahí la tenés, una guacha más. . . ¡Qué jugada del destino!

— ¡Así es! — habló Farías.

— El desalmao dice que yo andaba con otros y no quiere reconocerla, ¿sabés? Dice que es hija de un peón que era novio mío. . . Y no se la quiero dejar, ¿me entendés? . . . No se la dejo, ¡ni muerta! A él, menos que a naide. . .

— ¡Así es! . . . ¡Bien dicho, Juliana!

— Cuando era chica, la criaban en *La Rosada* y la hacían sudar. . . A mí no me importaba, porque yo no podía cargar con la pobrecita. . . Apenas si hayaba conchayo pa'mí. . . ¡Ay!, que me quema este dolor como fuego. . .

Luego de un silencio en que el elástico de la cama produjo un ruido de resorte que se escapa, Juliana continuó:

— No tenés por qué repetirlo, ¿sabés?, pero la Malvina se me quejó de Trinidad. . . Eya es grandecita y linda, y el desalmao le ha echao el ojo. . . ¡La quiere pa' deshonrarla! . . . ¡A su hija, el muy bestia!

— ¡Válgame Dios! — dijo el viejo.

— Sí, l'andaba persiguiendo, ¿sabés? Como él dice que no es hija de él. . . Y mirá, no moriría tranquila si la dejasen escapar de *El Palenque*. . .

— ¡Suerte negra! . . .

— ¡Qué le vas a hacer! ¡Si él asegura que no es hija suya!

— ¡Qué disgracia!

El viejo lloraba. Una lágrima corría, arisca, por su barba aceitosa.

Juliana también lloraba. Temblándole los labios, las palabras ya se quedaban en la boca.

— Mirá, Farías. . .

No pudo continuar. El viejo alcanzó a decirle:

— No te aflijás. Ya sabés que este don Pancho, es como el otro. . . ¡Un santo, vieja, un santo! . . .

La luz amarilla bañaba los rostros llorosos.

— ¡La pucha que es duro! . . . — murmuró don Farías.

— ¿Cómo querés que la deje en *La Rosada* a la pobrecita? — continuó la madre. — Antes de morir quiero verla en brazos de otro. . . de cualquiera. . . pero no sé si me dará la vida pa' entregársela a cualquier hombre que no sea Trinidad. . .

— ¡Es razón! . . .

Duro, hecho a golpes, a tajos, a tormentas e intemperies, don Farías tenía los ojos húmedos. Pasado el momento difícil, exclamó:

— Güeno, olvidáte de todo. . . Ya la tenés con vos.

Un largo silencio. Alguna queja.

Se oyeron pasos. Malvina venía con el *cocimiento*, humeando entre la oscuridad. La seguían los perros, buscadores de residuos, perseguidores de ollas y cacerolas.

— Salí — los espantó Farías, — salí, *Cuatrojos*, salí. . .

Malvina se inclinó sobre el lecho de su madre. Los cabellos le caían sobre la cara, achicándole el rostro. Sus espaldas fuertes, sus caderas amplias, era cuanto veía el viejo desde la puerta. Y miró a la muchacha con un respeto inesperado. Esa *paica* linda y fuerte, era hija de don Cayetano. La vió luego accionar, moverse de un lado a otro, inclinarse sobre el lecho. Parecía verla por vez primera. Era hija de Trinidad. Contempló a la muchacha en su tarea de trasvasar el líquido, de ofrecérselo a la madre, de cambiar la luz de un sitio a otro. La vió accionar, desenvuelta, moverse con cuidado, ir y venir, alrededor de la cama de su madre. Era hija de don Cayetano; nada menos que hija de don Cayetano. . .

El asombro íbase posesionando poco a poco del viejo servidor de *El Palenque*.

— ¡Las cosas de la vida! — pensó. Y mentalmente lo repetía como una gran noticia para propalar a los cuatro vientos: — ¡Hija de don Cayetano, hija de don Cayetano!

La Juliana, a la mañana siguiente, amaneció muerta.

La primavera ventosa hacía girar incesantemente la rueda del molino. Su engranaje, reseco, chirriaba, en el silencio soleado de *El Palenque*.

El cuerpo, cubierto con un pesado poncho marrón. En el lecho, resaltaba el cabello negro de Malvina. Con ambas manos se apretaba las sienes; y los codos, asomados bajo el poncho, dejaban ver las puntas rosadas.

Los ayes y suspiros eran ya menos frecuentes. Luego del llorar desconsolado, vino un reposo abierto de bostezos. Hambre y sueño, después de dar cara a la muerte. Bostezar repetido, anunciador de una conformidad previsible. Malvina, vencida por el dolor, murmuraba palabras incoherentes, propias de una pesadilla.

Había salido la luna. La sombra de una casuarina, proyectaba surcos sobre la arena plateada. El silencio de *El Palenque* parecía mayor que el habitual. Se oían pisadas, pasos lejanos llegaban hasta el cuarto de la muchacha, tendida boca abajo sobre la revuelta cama. No tenía valor para salir de allí, acercarse a alguna de las personas habitantes de la estancia. Hombres, tan sólo hombres poblaban la casa. El patrón, los peones. Las mujeres que se habían hecho presentes cuando la muerte de la Juliana, llegada la noche, luego de un velorio cansador y de un entierro de marcha por tierras ásperas, retornaron a sus casas. Como de *La Rosada* nadie se atrevió a concurrir, para no contrariar a don Cayetano, Malvina se vió sin amigas, sola, en su dolor de hija. Por eso había llorado tanto, hasta deshacerse en bostezos, ya sin lágrimas, sin lamentos, sin voz, con hambre.

Don Farías, respetuoso de aquel dolor, se quedó un rato haciéndole compañía cuando se retiraron las mujeres, las tres o cuatro vecinas de la pulpería, rezadoras de rosarios para la finada. Después, a su pedido, la dejó sola. Y la muchacha, al

EL PAISANO AGUILAR

fin, se entregó a un monólogo en voz tan baja, que epilogó en un murmullo de plegaria:

—¡Dios, Dios, Dios!... — repetía, murmurante. — Lo ha sabido tan poca gente, tan poca gente está enterada, que se puede volver p'atrás... ¡Dios mío, vuelve p'atrás! Sería un milagro fácil, hacer que mama no haya muerto. ¡Dios! Lo sabe poca gente, la ha visto muerta muy poca gente... No se darán cuenta los demás. Dios mío, puede hacer ese milagro... Mi pobre mama no le va a decir a naides que usted la resucitó. ¡Dios, mi Dios! Naide va a protestar, ni se darán cuenta de que ha vuelto mama. ¡Sería un lindo milagro, Dios! Volvería, y ni eya ni yo diremos a naides que se cumplió un milagro, pa' que no se lo pidan otros. Los diez o doce que saben su muerte, son poquitos, y usted podrá hacerlos olvidar. Dios, hágalo, que yo quiero estar un poquito más con mi madre. ¡No merezco este castigo! La primera vez que me gustaba estar con eya... ¡Dios, vuelva p'atrás, que no se haya muerto mama!...

Y la volvió a ver, viva, a su lado. La veía reír, jugar con los cachorros, darles de comer a los pájaros. Primero, oyendo el chirrido del freno del molino, cuya paleta se movía a impulsos de un viento variable. Y luego, la vió en silencio, en un mundo aparte, en el cielo, libre de toda gente y rodeada de otras mujeres; desconocidas que aparecían de pronto, saludando a su madre, ofreciéndole mate, conversando alegremente. Llenaban su sueño mujeres extrañas y cariñosas, mientras dormía, boca abajo, rendida de cansancio. En *El Palenque*, los hombres, vueltos a la faena, iban y venían por el corral, por el sembrado, por los campos lejanos. Dios había "vuelto p'atrás". Su madre reía bajo el sol de primavera, con muchas mujeres a su alrededor.

Cuando despertó de su primer sueño de huérfana, había recuperado fuerzas para llorar. Se oían sus sollozos entrecortados, su gemir de doliente pudorosa y solitaria.

A pesar suyo, el patrón de la estancia traspasó el umbral. Lo llevaba, más que el deseo de estar con la muchacha, su

deber, sabiéndola triste y aislada. Encendió un fósforo. Dió luz al quinqué. La huérfana, tirada boca abajo, alzó la cabeza, mirando a Aguilar, y volvió a hundirse en la almohada. Con las manos, inquieta, palpó el poncho, para cerciorarse de que no tenía descubierta ninguna parte del cuerpo.

Aguilar se sentó en el borde de la cama.

—Tenés que comer algo — dijo con tono cariñoso.

—No tengo hambre...

—Desde anoche no probás bocado... Tomá una taza de leche y te volvéis a dormir.

Pancho contempló vagamente el cuerpo de la muchacha bajo el poncho marrón, pesado, ciñéndole las formas corporales. Contempló la cabeza pequeña, la melena lacia y negra, la nuca al aire. No la había tenido nunca tan cerca suyo. Como Malvina sollozaba aún, se atrevió a consolarla:

—Bueno, descansá, ya se te va a pasar... ¡La pobre sufría mucho! Duerme en paz.

—“Bueno — añadió, pasándole tímidamente la mano por la espalda, — bueno, un poco de valor. Sos una muchacha grande y hay que saber defenderse. ¡Pensálo un poco!”

La invitación a discurrir alejó a Malvina de su idea fija. “Había que saber defenderse...” Y las palabras comenzaron escamoteadoras del pensamiento lúgubre. Defenderse, sí, defenderse... ¿De quién? La muchacha, de pronto, dejó de sollozar. Toda su cabeza estaba ocupada por otra idea, quizá más inquietante que ninguna, porque involucraba el sentido de su existencia futura. Totalmente dominada por esa reflexión, giró la cabeza y, con inesperada audacia, puso los ojos encima de Aguilar, como si al mismo tiempo se tomase de los hombros con las manos. No se atrevía a preguntarle algo que le preocupaba por sobre todas las cosas. El quinqué, cuyo querosene se había consumido la noche del velorio, daba una luz escasa, parpadeante. Amenazaba apagarse. Aquello incitó a Malvina a investigar sobre su duda. Parecía que, una vez consumida la luz, ya no podría hallar al patrón de *El Palenque*, por ningún lado. Apresuradamente:

—¡Y, me voy a tener que dir... pá' *La Rosada*... ahora que mama...? — dijo con asombros en la voz.

Pero él dijo de pronto:

—¡No, muchacha; no! De aquí no te movés... Tu madre lo quiso así y así será... No tenés por qué irte a lo de don Cayetano...

Un estremecimiento corrió por el cuerpo de Malvina. Pudo advertirlo o adivinarlo Aguilar, bajo el pesado poncho. La muchacha entonces se colocó de costado, cuidando los movimientos. Su carucha de inflamados ojos y nariz enrojecida, produjo en el ánimo de Aguilar un efecto tiernísimo y piadoso. Se sintió, no sólo protector, sino también hermano, padre, marido... Impresionaba su orfandad y crecían sus deseos de acariciarla. Y luego, desde el primer momento le impresionó el timbre de la voz, por la humildad de su entonación. Voz de servidumbre, de miedo al patrón, de sometimiento. Voz que a duras penas acierta con el tono adecuado, envuelta en los temores propios de quien se acerca al dueño de vidas y haciendas... Pero Malvina había desnudado su voz. Aparecía ahora tal cual era. Mujer que se defiende, casi una igual, una igual al fin, mirando cara a cara, entregando y pidiendo, como cualquier otra persona de su relación. Por momentos se recogía otra vez a la pasividad, recatadamente. Así, cuando retornaba con su nueva entonación, él la sentía renacer, casi como orgulloso de una obra suya.

Las manos de Pancho se estiraron hasta la cara de la chinita. Un mechón caído se lo volvió detrás de la oreja y luego pasó sus dedos ásperos por los cabellos.

—No tengás miedo, Malvinita; no te sacaré nadie de aquí, si querés quedarte... — hizo una pausa, mientras insistía con el mechón de pelo y acariciaba la nuca inconscientemente. — Si querés quedarte... Ahora, si tenés ganas de irte a alguna parte, te vas...

Y sus propias palabras se le endurecieron en los labios. Si se fuese, pensó Aguilar, si la hermosa muchacha lo abandonase por otro...

—No; yo quiero quedarme — respondió con aplomo Malvina. — Quiero quedarme aquí... Estoy cansada de que me maltraten...

Timbre de voz cálido, de mujer a la defensiva. Aguilar vencía. Exhaló un suspiro de alivio. No lo había pensado hasta ese momento. No había fructificado el sentimiento de hombría, de defensa y amor propio provocado por Trinidad, al querer llevarse a la muchacha a viva fuerza.

Las manos de Aguilar, detenidas mientras pensaba con íntimo halago que Malvina no quería irse, adquirieron un peso repentino. Las sintió gravitar sobre la nuca de la chinita. De allí rodaron luego sobre los hombros. Habían perdido la ligereza de hacía un instante. La ternura gravitaba en sus manos, convirtiéndolas en puños que más bien defienden o poseen.

El quinqué amenazó apagarse. Se aproximó, volviendo a tentar palabras de consuelo:

—Bueno; no se preocupe por su suerte. Aquí ocupará el lugar de su madre... Usted es grandecita y sabe lo que hace... ¿no?

Al consultarla, al hablarla así, tratándola de *usted*, ponía una ternura nueva, un estado especial de simpatía y recogimiento.

Malvina se dejaba acariciar como embriagada, dócil. Pancho acercó su rostro al de la muchacha y le preguntó, vagamente:

—¿Promete no preocuparse? Quédese tranquila, ¿eh? Duerma y mañana ya estaremos haciendo vida nueva... ¿sabe? — el aliento quemaba su mejilla.

Un goce inefable daba temblores a sus palabras.

La luz del quinqué dió tres llamaradas y se ahogó. Entró la luna de lleno por la ventana abierta. Al sentirse sumergido en la penumbra lunar, Pancho, con su rostro junto a la muchacha, no pudo contenerse y la besó una y otra vez, suavemente, con la respiración alterada. Malvina se dejó besar y sollozó apenas. El rostro del hombre le daba un calor turbador, mareándola. La adormecía de placer. Cuando Aguilar

buscó sus labios los halló entreabiertos y ávidos. Estaban encendidos. El jamás había besado una boca tan vehemente y afiebrada. Malvina alzó una mano, la puso con dulzura sobre un hombro de Aguilar y presionó, alejándolo. Pero en el silencio, el diminuto sonido de un beso frustrado con que Malvina respondiera, llenó los oídos de Pancho. Aquel rumor le siguió hasta sus habitaciones, como un eco.

La luna había invadido toda la estancia. Hasta metida en los espejos, la halló el paisano Aguilar en aquella noche templada de primavera. Y se quedó dormido boca arriba.

—¿No te repitió el ataque? —le preguntó Luciano, el rematador.

—Yo no creo que se trate del hígado... Por lo demás, apenas bebo unas copas al día. Será por eso que no siento nada... —respondió Aguilar, pensando en otra cosa.

—Te encuentro decaído. ¿Qué te pasa?

—Lo mismo de siempre... *El Palenque* se me va haciendo una pesadilla —dijo sin convicción. —Cuando no es la seca, es la garrapata... y si no son los animales, es la gente. Y, encima de todo, las deudas, las hipotecas malditas.

Luciano, conocedor de ciertos detalles de la vida privada de Aguilar, puso atención a las palabras de éste, relacionadas con su existencia sentimental.

—Necesito liquidar ese refugio de vacas, que no consigo engordar del todo... Y poner en orden las cosas en la estancia...

—¿Sofía insiste en ir con la madre?...

—Sí, pero no la llevaré... Aquello no está para recreo, es una estancia de trabajo, cada vez más cimarrona y empobrecida.

El rostro de Aguilar se nubló. Sus ojos, fijos al parecer en un punto, no tenían atención determinada, tal era el mundo de asechanzas que lo distraía.

—Te las voy a mandar al remate —murmuró con voz baja, — trató de liquidarlas...

Pero Luciano comprendió que no era sólo el problema de las haciendas, el motivo de desaliento. Lo miró con interés amistoso, observando la persona de su amigo con cierta tristeza. La ropa descuidada, parecía haber estado expuesta al sol como el rostro de aquel amigo, curtido de intempe-

EL PAISANO AGUILAR

rie, seco y arrugado. En tres años de trabajo, Aguilar había cambiado mucho. Las manos parecían pesarle. Caídas a los lados del cuerpo, por momentos daban la impresión de cosas, que no se sabía dónde colocar.

Pancho aseguró que le era imposible permanecer más de tres días en el pueblo. Desde el último verano sus viajes se hicieron menos frecuentes. Se pasó hasta dos meses sin bajar a la ciudad, so pretexto de lidiar con ganados enfermos, de curar *bichetas* o combatir la sarna.

Su gran amigo el rematador, perdió en su presencia el habitual buen humor. Una mañana conversaban en el café principal del pueblo. Luciano, reverencioso, saludó con el sombrero al comprador de haciendas de un frigorífico inglés. Como no respondiese en igual forma, desde la mesa que ocupaba con Aguilar, increpó al inglés:

—Oiga, míster; ¿cuánto le costó ese sombrero que tiene puesto?

El comprador, grave, se sorprendió un tanto. Miró con frialdad a Luciano. Como no respondiese palabra, se dirigió a su acompañante, un amigo de confianza:

—Che, ¿el tuyo cuánto te costó?

—Cuatro pesos... —respondió el camarada, a fin de dar curso a la tentativa bromista del rematador, para todos insólita. Y Luciano, señalando el sombrero encajado en la cabeza del inglés, dijo en voz alta:

—Te preguntaba ¿sabés?... Porque el mío y el tuyo, cuestan cuatro pesos, pero el de este señor parece costar cien, porque no se lo saca para saludarme... ¡Tiene miedo de estropearlo!

De mesas vecinas se oyeron risas contenidas. El inglés no entendió la palabra. Aguilar llamó al mozo, pagó y, sin decir *esta boca es mía*, se puso en la calle.

—¿Qué te pasa? —preguntó Luciano. — ¿Qué sucedió?

—¿Que sos un bárbaro! ¿Pa' qué te metés con el gringo ése?

—¿Te estás poniendo neurasténico!... ¿No entendés una broma? —se excusó cínicamente Luciano.

—No me gusta meterme con la gente de otras mesas. ¿Pa qué penderciar?

Luciano pudo comprender, en un instante, todo lo que pasaba por el alma de Aguilar. Cohibido en todos lados, Aguilar se "apaيسانaba" cada vez más.

Su confianza con la novia de Aguilar le permitió, apenas éste regresó a *El Palenque*, cambiar ideas con ella sobre el estado espiritual de su amigo.

—No, lo que pasa — aseguró Sofía — es que lleva una vida que lo pondrá cada vez peor.

—¿Por qué? El es muy señor en su casa y no crea, Sófi, que en *El Palenque* se vive mal. ¡No! De las estancias de por aquí, es donde mejor se pasa.

—No me diga eso, Luciano. . . — se rebeló Sofía. — Si todos los vecinos son como Trinidad, el *Quemacampo* ése de *La Rosada*, me imagino la gente que tratará. . .

—Pero viene al pueblo y. . .

—Sí, ¡una vez por mes!

—Pero es lejos de la estancia. . .

—Sí, lejos, y él se encarga de alejarla más. Antes, sé que leía diarios, revistas. Ahora. . . — y Sófi quedó sumergida en hondos pensamientos.

—Y. . . antes las cosas rodaban mejor. . . Hoy, con esta crisis terrible, no se piensa en otra cosa que en las haciendas, en el ganado, para defender lo poco que le queda a uno — dijo, casi doctoral, el rematador. — De lo contrario. . .

—¿No ha notado usted, Luciano, — dijo en tono confidencial la novia de Aguilar, — que hasta es otra su manera de hablar de un tiempo a esta parte?

El amigo no quiso tratar ese punto, sobre el cual podía agregar el cuento de esa mañana, donde la necedad campesina y el temor se ponían de suyo en evidencia.

—Sí — agregó, — no puede uno ser el mismo, con tantos problemas serios que resolver. . .

—No me diga — concluyó Sofía, — que tiene alguna relación la crisis con su manera de hablar. . . ¡Se está poniendo como un verdadero gaucho! . . .

—¿Qué más quiere?, — respondió, jocoso, Luciano. — Tener un gaucho lindo a su lado. ¡Siempre fué apaيسانado! . . .

—Sí; pero se defendía del ambiente, — dijo Sófi con amargura.

Callaron. Sin duda alguna, Aguilar había cambiado. Hablaba omitiendo sílabas; en los plurales se comía las eses; pronunciaba palabras de la jeringoza campesina; decía *juerza* en lugar de fuerza; y a cada instante se le escapaba un *canejo* o un *ahijuna* que traspasaban los oídos de Sofía. Antes, esos mismos giros jugaban un rol decorativo, porque se advertía su uso premeditado o de intención bromista. Quería mantener su apodo, es decir, las cualidades buenas del paisano, sin serlo entonces, sin la seria raíz crecida después en su alma.

Y había, por fin, una violencia en el rostro de su novio, infundidora de miedo. Violencia de la llanura, mirada de lucha, terquedad en el juicio, intolerancia y vehemencia, arrinconadas en su silencio, en una parquedad casi misteriosa. En la frente estrecha de Pancho Aguilar, tres surcos cruzaban de sien a sien. Los poros negros, la vellosidad exagerada, la piel roja. Las mismas características faciales que en el colegio le dieron el mote de "paisano", ahora, en el campo, se hacían permanentes, fatales; eran ya su verdadero rostro. Tenía el físico del rol, la cara del hombre internado en las pampas. Pero, algo más gravitaba en su persona, algo más le tiraba hacia el centro de su círculo determinante.

El paisano Aguilar era ya definitivamente del paisaje campesino, como un árbol o como un arroyo.

La política había sufrido uno de esos golpes tan corrientes en los inorgánicos partidos nacionales.

En el orden mayor, es decir, en la capital, las cosas tomaron un feo aspecto. Un *leader* de gran empuje, ambicioso e impaciente, dejó de ser opositor sistemático y halló la manera de entendérselas con el Presidente. En las filas partidarias hubo notables escisiones, cismas inesperados. El caudillo, desde su nuevo sitio, acomodaticio sin escrúpulos, aguardó de los

correligionarios de la campaña el consabido apoyo recibido durante su campaña política. Lo halló, como es de suponer tratándose de partidos sin ideología, esclavos de la voluntad omnimoda y arbitraria o convencional del *leader*. Doctores y analfabetos, sumisos estos últimos y hábiles escamoteadores de la verdad los primeros, se colocaron en las líneas gubernistas.

Este cambio en el horizonte político, por cierto muy generalizado y lógico, colocó a Trinidad y a Aguilar en un mismo sector. Don Cayetano, apoyado a veces por el doctor Copa e instigado por los "doctorcitos" del pueblo vecino, tuvo que contemplar a Pancho Aguilar como un correligionario de nota.

En *El Palenque*, sin embargo, la política se hallaba colgada en las paredes. Retratos desvaídos de caudillos con divisa, de barbados personajes y de gauchos auténticos, fundadores del partido. Fotografías de reuniones partidarias, al alcance de la mano, sobre el escritorio de *El Palenque* o en los viejos muros manchados.

Allí estaba la historia política de los Aguilar. Y, sumo respeto por aquella galería heredada, cuya posición y sitio no pensaba variar, pasase lo que pasase.

El *leader* se había confabulado con los del gobierno, y Aguilar, poco dado a meditaciones, se convertía en un casi correligionario de don Cayetano.

¿Volverían a verse? Habían transcurrido dos años y medio, desde la ruptura. Malvina no era por cierto la muchacha que don Cayetano buscaba rescatar. Doña Luz, su mujer, cuando venía a cuento volver por las historias viejas, le decía a Trinidad:

—¿Quién iba a decirlo? Ya ves que no fué para su mal!... Aquella "gauchita", hoy días es poco menos que la patrona de *El Palenque*...

Don Cayetano, al oír hablar de Malvina se tornaba sombrío. El mismo no veía claramente cuál fué el impulso que lo indujo a reñir con Aguilar. Por momentos, pensando en la belleza de la muchacha, un sordo amor propio le sacaba

de quicio. Se había dejado birlar la moza más bien formada y apetecible de aquellos pagos. La había visto crecer, con esa fruición del que planta un árbol y espera cosechar la fruta. Malvina, duro era confesarlo, representaba en la vida de aquel hombre primitivo y voluntarioso, la única posibilidad de apretar entre sus rudos brazos, una criatura pura, perfectamente pura, virginal. La veía crecer, formarse, desarrollarse. Y así, año tras año, se agigantaba dentro de su alma, el monstruo informe que sus ideas bárbaras habían alimentado. Oscuro desquite, quizá; negra semilla de hombre frente al recio paisaje, en jaque con las costumbres más violentas, con los prejuicios sexuales más atrabiliarios o más netamente razonados. Veía en la *gauchita* aquélla, provocativamente plantada en sus quince años, una imagen de lo que debió ser, constantemente, su deseo cumplido, su codiciada fruta de la virginidad. Una mujer para él solo, desde la raíz de los cabellos a las inflexiones de su voz; desde el calor del seno, a la mirada mansa de los ojos. Totalmente suya, y que, al mismo tiempo, no cupiese duda, ni sospecha, ni error. Desconfiado, como buen campesino, iba a poder al fin descansar su virilidad exclusivista, sobre aquella criatura deliciosa. Crecida para él, respetada para él, una cosa suya, como no lo pudo ser nadie, ni los hijos que le había dado Dios... Y, cuando se alzaba, bella y sana, para poder entregarse a su benefactor, a su adorador fatal, alguien se cruzó en el camino. Pensó que fué la muerte, la muerte de Juliana, su madre. Entonces, perseguido por el grito de la china que rodase en sus brazos, como en los de tantos otros, recordando el juicio rotundo de Juliana, se espantó del incesto que hubo de cometer. Una sensación de horror, de miedo, le corrió por el cuerpo. Aun a su pesar, veía a la muchacha bella y atrayente, darle en la vida lo que ninguna pudo ofrecerle. Para algo le valía ser rico, casi todopoderoso, dueño de vidas y haciendas. Para eso, para darse el gusto único ambicionado, darse la plena pureza creada por él, amasada para sí, libre de todo contacto, perfectamente suya. ¿Acaso otros no habían conseguido su escaso y simple

ideal? Pues, Cayetano Trinidad la quiso para sí, la crió para sí, como un cordero para el sacrificio.

No podía dejar de evocarla. Y, nubes rojas se le cruzaban ante la vista, cuando despedía, dentro de su alma, aquel único y grande deseo viril, posibilidad desaparecida para siempre.

Mezclado con las palabras condenatorias de Juliana, aparecían las voces amanecidas de Malvina, cuando él, desde su posición de patrón, la acercó en requerimiento amoroso. Vísperas aquéllas que no tornarían más. La muerte se interpuso y no pudo ser. Sopesando la sentenciosa palabra de la madre, don Cayetano sentía la ineludible necesidad de volver a verla.

“En tres años — pensó, — ya pudo haberse perfilado mi parecido”.

Pero no llegaba la ansiada ocasión. Debía, por lo tanto, seguir deseándola hasta la muerte...

Luciano había vendido a un precio razonable el vacaje de *El Palenque*. Aguilar le dijo:

—Viejo, defendiste mi plata. Vamos a torrar unos pesos en la “Pensión”.

Y, como evocando años mejores, con melancolía continuó:

—Lástima que *La Cubana* se nos fué... ¡Qué buena paica era! No debía dejarla fugar...

Elvira, *La Cubana*, alcanzó a vivir un año en el pueblo. Cada vez que Pancho Aguilar hacía una visita a su novia, acudía en su busca y la encontraba dispuesta a su capricho.

—Era refinadita *La Cubana*... Me hacía pensar en las mujeres refinadas de la ciudad... Pero al último — sentenció fríamente — se había relajado mucho... ¡No era más una especialidad!

Luciano le halló de buen aspecto y talante. El paisano Aguilar parecía haber oído las censuras y críticas de que era objeto su desaliño. De un atildamiento torpe, su ropa aparecía sin arrugas. Una corbata nueva, chillona, luchaba por mantenerse a la altura del cuello; los zapatos lustrados, cosa extraordinaria; manifestándose tan brillante su espíritu, como el tosco cuero de su calzado. Si bromeaba, sus chistes eran simplotes y sin gracia. Luciano, el rematador, se percataba de cómo su amigo quería imitarle sus chanzas. No titubeaba al pensar: Sófi se ha atrevido a reprocharle los descuidos de su indumentaria. Sin duda alguna, su novia se atrevió a corregirle, se decía para sí Luciano, al verificar sus cambios.

Pero nada de esto era cierto. El paisano Aguilar, optimista y feliz, sentíase por encima de todos, al poseer en el bolsillo

algunos pesos que le permitían invitar, gozar de las *gracias* de la capital y llevarse a la estancia algunas baratijas.

Con Sofía no sólo había estado brillante; según su juicio, pudo hablar con un ligero cinismo, con una libertad que sólo en los días de "universitario" había alcanzado.

Planteó problemas sexuales; defendió a una señora vecina que, no pudiendo mantener más hijos, había eliminado uno que se anunciaba; encaró de plano la felicidad conyugal, considerando la triste situación de las esposas de ciertos ganaderos, siempre en cama mientras ellos juegan al truco en el club.

—¡La vida no es esto!... ¡Qué embromar!... La vida hay que copiarla de los que la saben vivir en las capitales y educan a sus hijas, igual que a sus hijos! — exclamó, ante el asombro de su novia.

Al dejarla, ya en camino para la cita con Luciano, pensó en su crueldad. Crueldad y mentira, porque él no estaba convencido de tales teorías.

Caminando por la calle Real — le habían cambiado el nombre, pero él la llamaba así, — al encontrar los zaguanes cerrados, su imaginación se fué poblando de provocaciones. Zaguanes cerrados guardando mujeres jóvenes y ya mustias, cuyos maridos se llenan de ceniza las solapas, en la rueda chabacana del club. Zaguanes herméticos, guardando muchachas sanas, consumiéndose en el ocio de los patios, charlando con las sirvientas, leyendo diarios del pueblo con noticias de "Sociedad".

Por la imaginación del paisano Aguilar pasaban estas suposiciones, como palabras despegadas de una charla antigua...

Tampoco sentía lo que pensaba. Eran como rachas de un pasado no muerto aún, recuerdos vagos, imágenes confusas...

El rematador le halló transfigurado, de presuntuosa desenvoltura.

—¿Será por el tiempo que has pasado en la estancia? ¿O por los pesos que cobraste de las vacas? — le interrogó, sin mayor calor.

A Aguilar, no obstante el desgano en la pregunta, aquella observación le hizo meditar. Se sintió como salido de sus casillas, fuera de sí. Pocas veces se había encontrado tan a gusto.

Era el dinero que lo conformara, que le daba fuerzas. Aquel hijo de ricos sin sentido de la riqueza, rico por fatalidad, como se es jorobado o tartamudo; aquel producto de un medio donde tan sólo la riqueza da satisfacciones, donde no se podía medir el valor de ninguna cualidad o calidad, porque todo estaba supeditado al dinero; aquel muchacho sin amor, sin pasión, sin odio; con pequeños amores, pasiones desleídas, odios insignificantes, aquel "paisano Aguilar", tenía su alma en el bolsillo. Y, no obstante esta idiosincrasia, no era él, como ninguno de los de su generación, buscadores del *vil metal*, utilitarios o mercaderes fríos. No; no vivían pendientes del dinero, pero carecían de ideales, de vida emotiva. No les agradaba nada en particular, no tenían gustos definidos; por nada habrían muerto ni pasado en vela una noche. Sin haber luchado con la adversidad, estaban desprovistos de ese dolor crecido en el duro trabajo. No eran de la pasta de sus padres o de sus abuelos, avaros o mezquinos, a fuerza de amontonar monedas, de economizar fortuna. Si sus padres o sus abuelos hubiesen heredado la misma cantidad de hectáreas, tal vez habrían agrandado el horizonte espiritual. Pero cuando, como en el caso de Aguilar, los padres habían laborado para ahorrar algo en el Banco, la fatiga después, y la necesidad de descanso consiguiente, les impidieron forjar sueños. Por esa razón, sólo dejaron frutos materiales; y los hijos, los nietos, se vieron en el mismo estado de salud espiritual. Se diferenciaban en una ventaja desaprovechada: tenían fortuna.

Aguilar no era un ambicioso de dinero, pero carecía de toda otra ambición. Había intuído las dos necesidades: la de prosperar y la de superarse. Pero se detuvo en la primera. ¡Prosperar, adelantar! El tiempo, las circunstancias, el colazo de la guerra, la crisis, le dieron un golpe definitivo. La palabra *prosperar*, era sólo una palabra. Y, *superarse*, distin-

guirse, mejorar, no estaba en la herencia recibida ni en el acervo paterno. Ni ricos ni pobres, les era posible realizarla. No tenían ideales y acabaron por asegurar que no los necesitaban, despreciándolos, como cosa subalterna. Eran un estorbo... Y, en la ciénaga de las estancias, iba hundiéndose el único propósito impreciso y oscuro, para el cual tampoco tenían base suficiente ni fervor ninguno: prosperar, multiplicar la fortuna. ¡Mala época para tan mezquino ideal!

Pancho Aguilar, con el producto de una venta de vacas, sentíase renacer. Los billetes en su bolsillo, le daban un calor especial, cierto dominio de sí mismo. Nada podía conmovirlo tanto como las posesiones materiales.

De pensionista, doña Carmen tenía en ese entonces una muchacha simplota e indiferente, que no provocaba la menor curiosidad. Le decían Tota o le pusieron Tota. Le daba lo mismo que la llamasen Mimí, Leda o Liropeya... Rubia, muy desabrida de tez, paseaba por la casa como ausente, sin oír, sin hablar. Pero no tenía cara de tonta. Mas bien, alimentaba desprecio, pero sin darlo a conocer.

Aguilar tropezó con ella y quiso alegrarla. No sólo le ofreció varias copas de los licores más en boga en la casa, sino que hasta le prometió un reloj pulsera. La Tota, incrédula, sonreía o bostezaba con el mismo desgano.

El rematador, archiconocido en la "Pensión" y muy celebrado, agotó sus chistes en honor de la recién llegada. La muchachuela le oía como quien oye ofertas en un remate donde no piensa comprar.

Se incorporaron a la rueda del pequeño comedor — reservado para los clientes asiduos y gastadores — dos amigos de Luciano. Ni éste, ni los restantes, pudieron sacarle a Tota más palabras que las de práctica. Pero, Pancho, luego de un monólogo en el oído de la rubia, consiguió despertarla. Le decía, con un sabor delicioso para la rubia:

—Mirá, escuchá: nos pasamos una semanita en la estancia. Ves amanecer en el campo; andás a caballo; tomás leche recién ordeñada; te subís a una parva que tengo, más alta que el molino; vamos al río a pescar; te ponés unas

bombachas mías, y méta vida campera, sana... ¡Vas a volver hecha una flor! Si te animás, te yevo...

Tota se estremecía de placer, embriagada por las seductoras promesas. Hacíale menudas preguntas: inquiría sobre la topografía del terreno o si en la estancia tenían aves de corral, si criaba conejos...

A una pregunta que le hizo, sobre la razón para que se llamase *El Palenque*, Aguilar le explicó qué era un palenque:

—Se atan ayí los caballos, los potros...

Cuando dijo los potros, Tota dió un salto de alegría. Hacía dos años que deseaba ver un potro. Sus padres, porteros en la capital, siempre le habían hablado de los potros de su tierra, comparándolos con los cerriles de América.

—¡Llevemé, llevemé! —rogaba al oído, en riguroso secreto, la rubia—. Yo quiero ir. ¡Qué lindo ver potros! ¡Muchos animales! ¡Cuándo me llevará? ¡Hay toros bravíos también? ¡Hay aves para cazar? ¡Tiene escopeta y perros? ¡Se puede uno bañar en el río? ¡Es hondo? ¡Hasta dónde le llega? ¡Hasta el pescuezo? ¡Oh, oh, qué maravilla! ¡Y tiene piedras el fondo del río? ¡Oh, qué bonito!

Y, todos veían con envidia, que Tota se encendía, que no era nada fea, que bien valía la pena...

Pero ¿por qué se manifestaba tan despierta con Aguilar? Tal vez le ofrecía dinero. Este seguía hablándole al oído, describiendo escenas de yerra, de rodeos, de arreadas de animales, de amaneceres con trinos y de largas puestas de sol.

—¿Y con las ovejas hacen lo mismo? ¡Ah, no, claro, por la lana! Si me pudiese traer un corderito... ¡Qué lástima! Esto es lo que me revienta de las casas de pensión; no se puede tener ni un perrito... Si tuviese una casita por ahí, con un terrenito, me traía un cordero para criarlo de mascota, ¿sabés?, y de compañero.

Era la primera vez que lo tuteaba. Pancho Aguilar se sentía cautivado por las palabras en voz baja, misteriosas, que pronunciaba Tota. Seducido por ellas, no dejó de prometerle cosas, proyectarle viajes a la estancia, instalarle una casita... Había roto el hielo de la muchacha, y al ver la admiración

de sus compañeros, más derroche hacía de oratoria, de proyectos agradables.

Tota adquiría una repentina belleza picante, provocadora. Al inclinarse para secretar con Aguilar — ella estaba sentada en la mesa y éste en su silla — al inclinarse, su melena rubia y ondulada la transformaba, dándole una rara movilidad los cabellos caídos sobre el rostro. Aparecía radiante, plena de regocijo, al echarse atrás, riéndose.

Seducido por la conquista, Aguilar, cuyo buen humor era cada vez mayor, se entusiasmó con la promesa de amueblarle una casita a su regreso de la estancia.

Y fué entonces cuando Tota, nada desprovista de cordura, comenzó a sospechar. Era demasiado ofrecer. Lo del viaje a la estancia podía cumplirse. En cuanto a ponerle una casa, no lo creía. No importa, pensó para sí; ya lo he realizado. Con la imaginación había recorrido, en bombachas hombrunas, todos los campos de *El Palenque*. Estaba como satisfecha de su ilusión. Parecía haber regresado, en ese momento, ya soleada, lamentando tan sólo no haber podido traerse un corderito... Acostumbrada a soñar despierta, con la colaboración de aquel hombre era más fácil aún.

Pancho Aguilar notó la frialdad repentina. Volvió a aparecer la frialdad indiferente. La rubia encendió un cigarrillo, puso un tango en la vóctrola. Pidió al mozo un whisky y se sumergió en un nuevo mutismo.

Una ligera pena, bañada en alcohol, nubló los ojos del paisano Aguilar. En esos momentos, comenzaba a sentirse verdaderamente dominador. Toda su raza fuerte, todo su carácter voluntarioso y vehemente, se colocaba en primer plano. Enumeró sus éxitos. Una novia, pensó, a quien domino, y me esperará, suceda lo que suceda. Una mujer en la capital, a quien con pocas palabras convenzo, seduzco y hago cambiar de manera. Además, una linda mujercita en *El Palenque*, sana y sumisa, para todo el año. Y — le costaba mezclar esa idea entre las restantes — un hijo de dos años más hermoso y sano que un ternero Hereford de pedigree...

Se excedió en la bebida, sin temor al ataque, a pesar de tener ante sus ojos la cama donde cayera, doblado de dolor, en brazos de la cubana Elvira. Bebió con autoridad, como se bebe cuando hay en el cinto mucho dinero para gastar.

Se sintió otra vez Aguilar, pues aunque no lo confesaba, en los pagos de *El Palenque*, por Tacuaras, ante los ojos de los de *La Rosada*, ya no era Don Pancho Aguilar el de la abundancia y cuenta abierta en todos los almacenes y boliches... Se sintió una vez más desligado de Malvina, sin compromiso serio con Sofía, dueño y señor de Elvira *La Cubana* o de Tota, la indiferente, hijo de rico, heredero desafiador.

Y rodaron los pesos en la "Pensión", mientras la rubia desleída e insulsa veía alejarse las posibilidades de pasar una semana en la estancia.

Al lado de Aguilar toda la noche, cuando rayaba el alba, la pobre muchacha — que no había bebido como para caer embriagada — veía amanecer tras las verdes persianas y le parecía oír el balido de las ovejas, el relincho de los potros, el cantar de los pájaros de *El Palenque*. Amanecer con tintes violetas. Algún trino lejano llegaba hasta la pieza, olorosa a polvos y perfumes. Pero aquella orquestación maravillosa, aquel despertar del campo que le describiera Aguilar, con brisa fresca, cielo limpio, con pájaros y rocío, con terneros hambrientos, con mugidos profundos, con un vaso de leche recién ordeñada en las manos, era sólo un sueño, una mentira más en su vida. La dura realidad se lo decía. El campo no era para ella, ni por unos días.

Lloró, ahogando sus lamentos, hasta que tuvo fuerzas para cerrar las ventanas y hundirse en el lecho como en una fosa.

A la caída de la tarde de aquel día amanecido en la "Pensión" enfiló para *El Palenque*, dando tumbos por el camino con su Ford desconchado.

Le pesaba la jornada anterior, su recuerdo molestábale como el botón de un cuello estrecho que hinca en la nuez.

Hecho el recuento del dinero, luego de adquirir sarnifugos, herramientas, conservas, una zapatitos para su hijo, y un frasco de perfume para Malvina, comprobó que había malgastado en vicios el dinero. Por haber prometido lo que no era posible cumplir, se vió obligado a excederse con Tota en generosidad. La mentira le salió cara. Recordó con qué goce supremo, la pobre mujer le escuchaba. Sería para ella el mejor regalo — se decía — una temporada en el campo. ¡Con qué poco se contentaba la muchacha! Ver ordeñar, beber leche, correr tras los animales, admirar los potros...

Analizó la sencillez de aquella felicidad. La comparó con los sueños de su novia. Tímidos sueños en sentido opuesto. Sófi quería una casa en la capital. Cine, mucho cine. Amigas para tomar el té en los *courts de tennis*; amigas para charlar de modas, de esas cosas tan absurdas conversadas en un lenguaje desconocido, por su novia y la chica de Hardoy. La atracción de la capital, pensaba, para después, un buen día hartarse y querer unas largas vacaciones en la estancia. Había conocido muchos sueños semejantes, había oído a muchas muchachas, en sus años de Universidad, planear vidas en la campaña, con criaderos de aves, con granjas y plantaciones en las estancias.

El ideal de Sófi era de una realización difícil. Para ello habría que abandonar *El Palenque* o hacerle rendir tanto,

EL PAISANO AGUILAR

que produjese ambas cosas. Su novia se desvivía por la capital y amenazaba, a pesar de su sumisión singular, de su pasividad innata, rebelarse contra su modo de vivir.

Elvira, *La Cubana*, que casi trastorna sus planes, quería compartir con él las faenas de la estancia. Como la rubia a quien acababa de engañar con tanta facilidad.

Y, entre los dos temperamentos femeninos opuestos, uno de vuelta a la ciudad, ambicioso de paz campesina, y el otro, el de su novia, en marcha ideal hacia el rumor de la urbe, como una mariposa hacia la luz, entre ambos deseos perfectamente definidos, ni se alzaba, ni se agachaba, pero sí se hacía presente el de Malvina.

Su voz era la voz hecha de quien no está de más en ningún lado. Sumisa, recelosa, pero firme. No opinaba, pero se hacía oír. Más hermosa que antes de dar a luz, llenaba *El Palenque*, era dueña de los muros de piedra de la casa.

Su docilidad, era su fuerza. Aguilar, cada vez que se enorgullecía de tener un hijo tan bien formado y sano, veía cerne sobre su cabeza, una sombra extraña. No podía olvidar lo siguiente, a pesar de su voluntad empeñada en ello: cuando Malvina, a los diez meses de morir su madre, le dijo a Panchito, con un aplomo desconcertante, que estaba encinta, Aguilar probó mil recetas, recurrió a todos los medios, para evitar aquel lazo, capaz de unirlo a la chinita para siempre.

—¿Estás segura? — exclamó fuera de sí, con toda la violencia de su carácter. — ¿Estás segura?

La muchacha, ante tamaña pregunta, tan absurda por su lógica simplista, sonrió burlona.

Aquella sonrisa le puso fuera de sí. Vociferó, rojo de ira:

—¡Imbécil, estúpida, no sabés hacer otra cosa que sonreír! ¡Vaya una gracia!

—¿Cómo no voy a estar segura? — respondió tímidamente la joven madre. Y le volvieron ganas de reírse en sus propias barbas.

Aguilar recuerda el episodio, la naturalidad con que acogió la nueva aquella muchacha.

ENRIQUE AMORIM

Sus argumentos en el trance, no puede precisarlos bien. Le habló sin duda de su compromiso con Sofía, del disparate que hacía en su contra; le increpó, como si ella exclusivamente fuese la culpable. Luego, forjó planes de todo orden...

Y fríamente, le dió a beber un abortivo traído de la ciudad. Y la hizo subir al Ford, y, como un enloquecido, en el colmo de la sinrazón, corrió en su coche por el camino abierto, entre "cuevas de toros", "tucurúes" y mil obstáculos más. Allí iba Malvina, con el tósigo flotándole en el estómago, y aquel bárbaro, volante en manos, sacudiendo a su mujer para provocar la reacción esperada. Había que ayudar la acción del "remedio". Daba tumbos el vehículo, saltaban ambos en el asiento, como dos peleles; como una muñeca de resorte, amenazaba caerse la frágil muchacha. Aguilar, prendido al manubrio, aceleraba, buscando ya el zanjón, el paso malo o la caída violenta en endemoniada carrera. Un viento norte cálido y tenaz, les abofeteaba. Y el paisano, fuera de sí, decidido a todo, marchó con su mujer a saltos y barquinazos, cumpliendo así la receta de la comadrona del pueblo.

Ahora, mientras volvía de regreso, con unos zapatitos para aquel crío que quiso eliminar, pensando en lo que no se olvida — crimen por cometer — veía una sombra delante de sus ojos. Se enternecía, recordando al hijo, sus gracias, su belleza. Dos años tiernos y ya tenía su nariz, su mentón, su salud.

Velozmente corría en el Ford, y en él, los zapatitos para aquel hijo que hubo de arrojar por la borda, como un marino loco desde una barca tambaleante. Aquel hijo delicioso que ya decía *papá* y se llenaba de alegría si le subían a un caballo.

Al llegar, se lo puso su madre sobre el volante. Aquel acto le irritó, pues le recordaba su hora negra, de oscuridad criminal:

—¡No quiero que me lo traigás al coche!

Más lo alzó en los brazos gozoso, lo lamió como un perro, le llevó junto a su barba, mientras oía a Malvina:

EL PAISANO AGUILAR

—Creo que tiene unas yaguitas, ¿sabés? Le dí un toque de limón y le puse un marlito en el pescuezo.

Aguilar tuvo la medida exacta del alma de la madre. Le acercaba un pedazo de marlo de maíz a la garganta como terapéutica. La superstición del campo era, asimismo, madre de su hijo.

Pero no se atrevió a quitárselo, ni retó a Malvina por la "simpatía". Adoraba a su hijo más allá de la hechicería... Y sin titubear, partió en busca de auxilio atravesando campos, perforando la noche.

El primogénito, sin llanto ni queja, se les murió en el Ford, mientras lo llevaban al pueblo para ponerle una vacuna antidiftérica. Se les murió a media noche. Lo sintió muerto sobre su falda, su desolada madre, al divisar las primeras luces del pueblo, donde hallarían el remedio. Amorata-do, con la lengüita afuera, viajaba muerto, entre los ruidos del motor y las sombras nocturnas. Malvina iba al lado de Aguilar, en el asiento delantero, acunándole. Los barquinazos que daba el vehículo en los baches del camino, le parecían tan violentos para el niño muerto, como lo fueron para aquella mujer encinta, cuando intentaron el aborto.

En los momentos de exaltación y de dolor, ella se llevaba las manos al vientre.

Malvina ya tenía otro hijo en las entrañas.

La sequía abría grietas en la tierra. Verano ventoso, de ramaje constantemente inclinado hacia el Sur. La antena de la radio — dos palos y un hilo — se oyó caer sobre el tejado. Hacía ya más de un mes que vivía desinteresado de la música y las noticias. Un mes sintonizó las estaciones que pronosticaban sobre el tiempo. "Lluvias aisladas al Sur. Nublado en la capital. Ligeros vientos del Norte en la mesopotamia. Tiempo variable en el litoral. Temperatura en ascenso"... Acabó por odiar la voz del *speaker*. No anunciaba lluvia y la avena sembrada para los cinco últimos toros, raleaba, se venía abajo... La luna se había hecho sin agua. ¡A esperar, pues!... Nubes de polvo por cualquier lado. Nubes de lluvia hacia el Sur, galopando a impulsos del viento tenaz. Las aguadas se cortaban. El manantial que surtía al tajamar de "las casas", presentaba la visión de un cráter volcánico. El ganado se echaba sobre el bebedero y el pozo acusaba merma en el bombeo. Las majadas se veían al borde de los alambrados, rascándose con violencia. La sarna avanzaba y debía bañarlas. Un encierro en aquellos días, era terrible para la majada. Las ovejas de consumo diario, en el corral, abrían la boca como perros sedientos.

A pesar de todo, bañó la majada, regateando agua. Con dos hombres y don Farías, pudo hacer la faena. Pero quedó debiéndole jornales a un negro que aguardó de "agregado", una semana. Era la primera vez que bañaba sin "unos buenos litros de caña". No quería ver a nadie alegre, desde la muerte de su hijo. Al negro no le pagó de rabia, de fastidio; él mismo no sabía por qué. La seca le había puesto en tal estado de ánimo, que Malvina no le oyó hablar con nadie, ni consiguió sacarle más de cuatro palabras al almuerzo, y otras tantas a

EL PAISANO AGUILAR

la comida. Dormía la siesta y se levantaba con un humor inaguantable. No veía a su hijo rodar entre sus botas. La cocinera, una parda parlanchina, insidiosa, entrada en años, recién conchabada, la única que le cebaba bien el mate.

La parda era la persona más bien informada de vidas y milagros de aquellos pagos. Por ella supo datos y noticias de don Cayetano.

—Aura parece que se trái al muchacho — le contó la parda. — El gurí no le estudiaba... ¡Medio bandidazo le salió!...

Pancho recordó la escena de la despedida. Y así volvía a pensar en el hijo muerto.

Aguilar, curioso por conocer la marcha de los negocios de Trinidad, sondeó en la cocinera.

—Va poco al pueblo... Asigún don Ramón el pulpero, anda más entrapao que milico...

Aguilar, que no bajaba al pueblo desde hacía cinco meses, no conocía los pormenores de los efectos de la crisis en sus vecinos.

—Pa' m' mí que no lí'á de dar la plata pa' tener pupilo al crío. Dios me perdone si no me equivoco...

Y la parda fué poco a poco entreteniendo a Pancho Aguilar con sus chismes, sacándole de su idea fija.

—La política, don Pancho, lo ha perdido a ese cristiano. Dicen que ha dau más plata que pa' una revolución...

—¡Don Farías! — gritó de pronto Aguilar, viendo que traían muy apuradas las ovejas —. ¡Don Farías, dígame a ese animal que no las apure!

—Pa' mí que don Cayetano tiene alguna paica en Tacuaras... ¡Es muy amigo de enredos de poyeras!... — prosiguió la mujer, insidiosa.

Aguilar, sobre ese particular, no deseaba darle confianza a la parda, pero ésta, pícara y maliciosa, sabiendo por qué lo decía, insistió:

—¡Tiene más hijos que el finau Conejo! En todas partes hay una muestrita de su cría... Y eso, cuesta plata... Las

mujeres de áura, no se entriegan así no más... ¡Más interesadas!

Pancho terminó de sorber el mate y le dió las gracias. Quería evitar aquella confianza en la cocinera. Era un punto, además, sobre el cual prefería callar.

—Y no está viejo — prosiguió la parda —; todavía pega su golpe... Y debe tener hijas mozas...

Con aquella frase en el aire, la dejó Aguilar, rumbeando para los galpones.

La parda se hallaba a sus anchas. Malvina era mujer de mucho pico con la gente de su categoría, y parca en extremo con los demás. A pesar de haber tenido un hijo con don Pancho Aguilar, tratábase como a un patrón. El tuteo brotaba a media noche o en las siestas pesadas y largas de *El Palenque*.

Desde la muerte de su hijo, y coincidiendo con la sequía acentuada ya con caracteres alarmantes, el paisano Aguilar no sentía la proximidad de Malvina. Ni la buscaba, ni permitía su acercamiento. La mujer estaba encinta de seis meses. No sabía si odiarla o respetarla.

En *El Palenque* se daban órdenes nada más que para subsanar los estragos por la falta de agua. Cortar alambrados, para que de un potrero sin aguadas, viniesen las vacas sin cría, al bebedero, o a lamer el barro húmedo del tajamar.

La cuereada fué grande y entonces en *El Palenque* se empezaron a ver cueros estaqueados. Con sus manchas rojizas, sanguinolentas, recordaban a cada rato el desastre.

La parda era la única persona ajena a la tragedia. Si aparecía alguna gallina apestada, iba a comunicárselo a Aguilar y éste la oía sin decir palabra.

Un día intentó contarle cuentos sobre la política en *La Rosada*. Aguilar la oyó un instante. Cuando le dijo que don Cayetano era medio correligionario suyo, la miró fijo y, tuteándola, le preguntó:

—¿Quién te contó esa gansada?

—¡El mismo don Cayetano, don Pancho, él mismito! Hasta dijo que tenía que verlo, pa'no sé qué historia de riunión...

La parda conocía el resentimiento e intentaba sonsacarle. Cuando vió el fracaso de su tentativa, quiso tantear por el lado de Malvina. Y, entre una cosa y otra, no pudo soportar más el secreto, cuyo único depositario en *El Palenque* era don Farías.

—Sí, sí... No son habladurías, muchacha, es la pura verdá... Preguntale al viejo y verás... Y no te creas que son inventos, es la pura verdá, por esta luz que me alumbra! Sos hija de don Cayetano sin vuelta de hoja! ¡Me caiga muerta si miento!

No habían pasado tantos años, ni tantos dolores se habían amontonado, para ocultar aquel pasaje de las asechanzas de don Cayetano.

Malvina se tornó pensativa. Aguilar, lejos de la contrariedad, manteníase preocupado por el problema del agua.

Los nervios de su concubina vinieron como urticaria, a flor de piel. El estado de Malvina, contribuía a exacerbarla. Un buen día sorprendió una carta de Sófi, y Malvina, que no sabía leer, le rogó a la parda que le leyese algo de la carta.

—¡De ande yerba, si es puro palo! ¡Sé lo mesmito que vos!... A mí no me pidás que dentre a mirar los dibujitos ésos...

Y Malvina se quedó inmóvil ante la carta abierta. Una carta de sobre y papel azules, olorosos, hasta el punto de quedársele las puntas de los dedos perfumados. Se levantaba ante sus ojos, ante su olfato, un mundo aterciopelado, sobre el que no podía pasar. Turbada como en sueños, se sentía frente a un extraño enemigo, nada antipático, más bien atrayente. Montaña de ceniza, para ascenderla descalza, para que la subiese ella, con hijo en el vientre. Algo muy grande se le ponía por delante, obstruyendo su paso, pero ofreciéndole, al propio tiempo, un perfume tierno, embriagador. Alfombra mullida para cruzar... Pero ella no tenía pasos firmes para

pisarla. Un mundo de cosas bellas, refinadas, agradables al tacto... Pero carecía de manos para acariciarlo... Río caudaloso que cruzar, para verse luego vencedora del otro lado... ¡Ah, si ella supiera leer, si pudiese penetrar en aquel misterio de la carta, sabría cómo se camina, cómo se acaricia, cómo se apartan los obstáculos, cómo se pisa en el mundo maravilloso de la novia de Pancho Aguilar!

Hizo una mueca, una muequita de voluntariosa, de indiferente y desaparecieron las imágenes, se evaporó el sueño, dando paso a la realidad, presionando en su carne.

Cuando entró Aguilar de vuelta del baño de ovejas, sucio de pies a cabeza, sudoroso, tomó en sus manos la carta y, encaminándose hacia el lavatorio, fué haciéndola añicos. Los pedazos caían a su paso, como si marchase sobre granos al boleó.

Llovió al fin. Pero Aguilar no abandonó su gesto sombrío. Sentíase ancho de hombros, con las manos llenas de callos, de heridas, de cicatrices. La ropa de campo se le adhería al cuerpo.

Tres meses después ya lloraba en *El Palenque* otro hermoso crío.

Sófi esperaba a su "paisano", caminando por la vereda desierta de la calle principal, resignada, en amable charla confidencial con alguna amiga.

Después de las grandes lluvias, el campo presentó un aspecto atrayente. Verde vivo por todos lados, levantándose del suelo en contraste con los cielos azules, de escasas nubes blancas. Las cañadas con agua, los barrancos oscurecidos, la tierra parda, los pajonales erguidos y un volar de pájaros jubilosos. En el monte, la atmósfera se hacía grata al olfato. Aguilar, como los animales, husmeaba el día, horquetado — capitán de un ejército de resucitados — en su caballo alazán. Recorría los potreros, comprobando la despoblación. Había cuereado mucho. Y, ahora, eran de lamentar aquellas pasturas en desperdicio.

Bordeando el monte, buscó una "picada", difícil paso entre los árboles. Senda perdida, a veces con viejas huellas de cabalgaduras; en otros trechos, con pisadas de animales que, sin duda sedientos, se habían aventurado en busca de agua.

Apartando ramas iba el paisano Aguilar. Recibía no pocos latigazos en la cara y el cuerpo. "Uñas de gato", que en un descuido desgarraban su camisa. Sarandíes elásticos que, luego de alargados, iban a "chicotear" en las ancas de su caballo, haciéndole dar un brinco.

La humedad en el monte era más intensa. En los barrancos, los culandrillos temblaban con la brisa, sensibles a la luz, como pupilas en la sombra. Por entre el ramaje se veía un cielo altísimo y azul. Fondo de ese refinamiento, la selva tenía el misterio de una cuenca de río.

El olfato del dueño de *El Palenque* recibía el penetrante olor del musgo y el barro que las patas de su caballo, al pisar y hundirse, levantaban. Olfato de quien goza en el campo mojado, con la tierra aguardadora del germen, provocadora de la siembra. Pero, de pronto, un vaho extraño,

un tufillo sospecho inundó el monte. Y, en seguida, sus ojos descubrieron, entre la fronda, el gris atenuado del humo. Corría por el monte, como avisando la proximidad de la hoguera. Por el momento, sólo estaba presente en la pituitaria de Aguilar. Pero, a medida que avanzaba iba el humo haciéndose más visible.

Montaraces, pensó, leñadores de algún vecino. Pero, ¿de quién? Allí nadie cortaba leña. ¿Contrabandistas?

Del otro lado de la picada, alrededor de un fuego escaso, mateaban tres hombres. Cuando le vieron, las tres caras diéronse vuelta a un tiempo, como si en realidad se sorprendieran.

—Gente sin perros, gente sospechosa... — pensó Aguilar. Y saludó avanzando.

Uno era alto, de cuerpo atlético, cintura fina, piernas de rechas, cabeza empinada para atrás, con un sombrero en la nuca. Otro, de regular estatura, de hombros caídos y cara hirsuta, barbada, sin rasgos. Todo su rostro, un montón de pelos. El tercero, menudo, no pasaría de los veinte años, cara enrojecida y brazos blancos, al aire. Llevaba una camiseta sin mangas, más bien de marinero que de hombre de tierra adentro. Los tres de pie, esperaron el interrogatorio de Aguilar. Cada uno de ellos tenía un par de revólveres a mano pendiendo de las horquetas de un viejo molle.

—¿Mateando? — dijo, sin apearce.

—Si gusta... — respondió el hombre alto, agachándose para llenar el mate.

Aguilar descubrió entre las ramas un nutrido bagaje y tres caballos dormitando, con las cabezas gachas.

—Estos han marchado toda la noche... — pensó.

Para no infundirles recelo, bajó del caballo, ató el cabestro en un tronco y les tendió la mano.

—De viaje, asigún veo...

—Sí, de viaje... con bastante barro...

El hombre alto era quien seguía la conversación. Los restantes, en silencio, recostados al grueso tronco del molle, le contemplaban desconfiados.

—Usted es de *El Palenque*, ¿no? — le interrogó el mismo.

—Sí, soy Aguilar, pa servirles.

—Entonces, disculpe que nos metamos en su monte sin permiso. Como era por unas horas, no valía la pena.

—Es razón... Además, no se les ha visto de las casas. Si no es por esta recorrida, no me entero — hizo una pausa.

—Pero, para otra vez, es güeno que avisen o pidan posada... Pueden alarmar a la policía... Yo no niego nada a los forasteros...

—No lo pensamos. ¿Gusta? — le tendió el mate, que Aguilar aceptó al punto.

—¿Qué llevan? ¿Tabaco?

El hombre alto miró los bultos y resueltamente declaró que llevaban tabaco y caña, para dos o tres pulperías cercanas.

—A media noche las entregaremos a una chata, que viene del pueblo al Paso...

Desclarado aquello, fuera de toda duda, Aguilar miró a los tres hombres como a tres cabales contrabandistas. Lejos de molestarse, tanteó amistad, en una conversación francamente cordial, sin averiguaciones, ni la menor alusión al cargamento. Hablaron del tiempo, de los arroyos, de las picadas, de la reciente lluvia. Conversaron de haciendas, de arrendamientos, de sistemas de trabajo.

—Cuanto más al Norte, uno siente que se va agrandando la vida — aseguró el alto, que resultó ser paraguayo, de apellido Laguna. — Aunque la selva es menos fácil de penetrar y más duro el vivir, yo prefiero los días anchos del Norte, de leguas y leguas sin casas, de extensiones de tierra que dan miedo, a este brete de por aquí.

—¿Pobladas de animales o no? — Aguilar se mostró curioso.

—Poca hacienda, poca... Pocos cristianos. Uno acaba de sentirse algo así como dueño único de la tierra. La policía es, en la mayoría de los casos, un poco cuatrera. Cuerea con nosotros, lo que necesita para comer. Los mayordomos, ingleses por lo general, están tranquilos en las casas, se embo-

rrachan bien, comen mejor, no les gusta luchar con nosotros. A medida que bajamos al Sur, voy sintiéndome como embretado, vigilado de noche, perseguido de día. El preguntón, el curioso, el compañero que topamos, nos hacen chico el tiempo. Por eso, hasta aquí no más... ¡Más al Sur, que se larguen otros!

Aguilar admiraba a Laguna, aquel personaje alto, de acento extraño, de cálida palabra. Oírlo hablar del Norte, de las tierras anchas, de las soledades verdaderas, le produjo agradable afecto. Se diría que envidiaba la condición de aquellas gentes.

—¿Hay campos para arrendar? —preguntó, presa de un interés que se adueñaba cada vez más de su persona.

—¡Sobran campos, faltan hombres!... Como allí todavía no se metió el intruso del ferrocarril, se puede trabajar con la tranquilidad que lo hicieron los abuelos.

Laguna, luego de una pausa continuó:

—Yo hago tres viajes al Sur, por año, a lo sumo. Y, cada vez que bajo al Sur, comprendo más al Norte, porque no hay quien los entienda a los de por aquí. No se sabe qué es lo que quieren, si dinero, si pelea, si bienestar... Pura política, engañarse los unos a los otros, traicionarse, eso, juego sucio! Y, ¡mucho gringo traidor! Los del gobierno piden coima y después lo apresan a uno. Los contrarios, quieren tabaco y acaban por entregarnos a la policía, que los maltrata a ellos mismos. Por esa razón, ¡no me hablen de entrar en relaciones! Lo único que hago es comprometerlos en tal forma, que acaban por no atreverse...

En aquellas últimas palabras Aguilar descubrió una indirecta a su posible intromisión. Terminó Laguna:

—Por mi gusto, no me largaría al Sur. Pero cuando aprieta la miseria en el Norte, hay que traer una carga de éstas, para aliviarla...

Pancho Aguilar sintió crecer su admiración por el sujeto, una admiración que le servía para despejar de los días amodorrados de *El Palenque*. Descartadas las visitas al pueblo, cada vez menos frecuentes, la existencia se tornó llana, sin accidentes

ni alternativas. La suave planicie le entraba por los ojos, y en ellos, ni una mirada dura, ni una luz contraria. Aquella llanura entraba en la casa, invadía el patio, los cuartos. Sus días parejos, eran como esas tropas de un solo pelo, como esas arboledas plantadas en línea. Y ahora, dentro del monte, confundidos sus ojos en una vegetación enmarañada, tenían algo así como una fiesta, en la charla variada, escabrosa, llena de riesgos, de los contrabandistas. Remolino de ramas y de vidas. Los tres relatos de Laguna, de acento desconocido, despertaban en Aguilar, viejas leyendas muertas en su alma, secadas por el destino apacible de *El Palenque*.

Oyendo los relatos del Norte, las campañas arriesgadas, la lucha, ya con el clima, ya con las autoridades, le vino a la mente el nombre de sus hermanos, desaparecidos siempre en forma extraña, en accidentadas circunstancias. Luis, Eduardo, Carmelo... Le parecían, al evocarlos, nombres nuevos, de recién nacidos. Y eran los tres nombres fraternos. Carmelo, apuñalado por un caudillo riograndense; Luis, contrabandista afortunado, que desapareció cuando más dinero poseía...

—Hay días que se juegan como minutos —aseguró Laguna. — Sacándole la china a un gringo, espantando hacienda contramarcada, largando aguas abajo una jungada... ¡Da gusto ser macho!...

—Un hermano mío hizo fortuna en esa forma... —dijo en tono confidencial Aguilar. — Pero, cuando podía jubilarse... ¡Creo que lo liquidaron!

—Conozco la historia de su hermano, amigazo... Era uno de los nuestros —aseguró Laguna, — pero no de mi época... Erró el saque... Cuando se elige un destino así, es por puro gusto y hay que meterle hasta el final... ¡Su hermano quiso venirse al Sur, cuando tenía las cuatro patas metidas en el Norte!

—Eso no lo sabía... —murmuró por lo bajo Aguilar. — Creí que...

—¡Nada!... ¡Que se echó p'atrás y eso no puede ser! Uno es como una planta... Si se le cambia de clima, se seca... o lo secan...

Aguilar, oyendo la fragmentaria historia de su hermano Luis, *el desaparecido*, como varias veces le llamase, comenzó a dejarse poblar la memoria de recuerdos de juventud. Una vez más, su padre, *el finau don Pancho*; una vez más, la casa de piedra; otra vez su adolescencia herida por la llanura y sus "aparecidos"; por el campo y sus monstruos. A medida que Laguna se explayaba en el relato de correrías, Aguilar se sentía arrojado de la vivienda de sus padres, para compartir la de los peones, agregados, caminantes... ¿A qué encrucijada los lanzaba el padre, expulsándoles de su lado, incitando a la vida del campo abierto, en contacto con gentes oscuras, pero libres? En aquel galpón de ladrillo, donde viviera los años de su desarrollo físico, Pancho Aguilar conoció la más diversa gente. Entrado en la intimidad de algunos, había terciado con hombres de una catadura moral semejante a la de este personaje, tropezado en el monte. ¿Gente así quería su padre que conociese? ¿Era acaso éste el propósito de aquel hombre extraño que arrojaba a sus hijos al borde de la estancia, como provocándoles la huida hacia mundos más anchos? ¿Los imaginaría nómades, haciendo una campaña como no le era posible realizar a él?

Discurría de tal manera, que apenas iba acompañando a Laguna en sus historias. Y era una hipótesis nueva la que se le ofrecía ahora, para explicar el enigma de su padre. Casi convencido de que alguna tara moral o física ocultase la prohibición de cruzar el umbral de la casona, ahora titubeaba en el juicio. Su progenitor — lo decía muy claro el hecho de que sus hermanos corriesen aventuras por el Norte — quería, estableciendo aquel régimen extraño, precipitarles a la lucha. Mezclados con gente campesina, conviviendo con la gleba del campo, con los nómades troperos, con la peonada arisca, no era difícil prever destinos aventureros de luchadores a campo abierto.

No obstante la provocación paterna, Pancho Aguilar, en la esquina de la llanura, en lugar de sentir el llamado del Norte, se había sometido a la voz del Sur, la de la ciudad. Se le habían brindado posibilidades entre "civilizados"...

— ¡Y queda tanto que hacer por allá arriba! — aseguró el paraguayo Laguna, — que uno se siente tirado del saco cuando se larga pa' el Sur...

Aguilar, en pleno tono confidencial, pasó a historiarle sus días, sus contrariedades, los enredos de la política, para acabar enterándole de las deudas, hipotecas y trampas en que había caído.

— Ya no es fácil hacer la América, como en tiempo de los abuelos — dijo Aguilar; — no saldré de pobre, con apariencias de rico...

Como la tarde se iba poniendo fresca, Laguna le ofreció una caliente copa de caña. Y, en seguida, una más. La dama juana, apoyada en tierra, se inclinaba en un reverencioso saludo, sobre los vasos de "guampa" del contrabandista. Sus compañeros, boca arriba, se habían quedado dormidos, con el pucho de chala en la boca y el ala del sombrero sobre los ojos. El barbudo tenía los pelos salpicados de ceniza, y dos labios rojos, carnosos, se entreabrían al respirar.

Hacía mucho tiempo que, por consejo de los médicos, Pancho no se daba un "atracón" de caña. Y, desde la noche del duelo singular con Trinidad, Aguilar no se había embriagado totalmente en el campo. En la fronda espesa, entre las lujuriosas ramas retorcidas del monte, las miradas de Aguilar erraban, como si buscasen apoyo. Pedazos de cielo vistos desde la tierra, de espaldas, con el calor de la bebida, aparecían como pedacitos de loza rosada. Las ramas negras, las hojas temblorosas, hundían en sus pupilas, líneas y líneas; curvas y cruces confundiendo sus miradas, poniéndole borrones en los ojos. Laguna, tendido todo a lo largo sobre su apero, parecía cabecear, víctima de un sueño aplastador, yugo de su nuca vencida.

Aguilar, tirado sobre una carona, apoyando la cabeza en un envoltorio cubierto por un poncho, sentía avanzar las sombras por el monte, escurrirse las sombras por entre los árboles apretados. Caían después de las ramas, se descolgaban como mantos cubriendo los caballos, escamoteando los bultos, hundiéndose en la tierra la magra figura de Laguna. Los con-

trabandistas, que la noche anterior la habían pasado en vela, no pudieron resistir los manotazos del sueño y del alcohol. Y Pancho Aguilar, con los ojos ya ciegos por la embriaguez, en la oscuridad del crepúsculo, se abandonó también al sueño, que bajo los árboles, en el silencio salvaje del monte, era tan profundo como la muerte. Los árboles crecían a su alrededor, la fronda se duplicaba, multiplicándose las ramas, atajando la luz. La noche y el monte fueron una misma cosa prieta y circular, con las apariencias de un calabozo. Prisión total, que Pancho hizo suya, en una pesadilla alcohólica jamás sentida.

¡Cuántas grietas abrían su tajo sinuoso en los muros de piedra de la casona! *El Palenque* se agachaba en la llanura, como abrumado por el peso de los sillares pardos. Las grietas parecían raíces surgidas del suelo o, más bien, enredaderas, brazos de una planta trepadora subiendo por las paredes. Una de las grietas o una de las ramas, seccionaba la cabeza de don Francisco Aguilar, de pie, silencioso, inmovilizado por aquel tajo, en la escalinata de la entrada. ¿Era su padre? Sí, su padre. Aldabón grotesco en la puerta, como un centinela siniestro. No podría entrar, no se animaría a salir, porque la cabeza separada del cuerpo por aquel tajo de la grieta, quedaría allí, como ensartada en un clavo.

Su padre, a la entrada de la casa de piedra, cuidando el interior de la morada, donde, entre sombras, era difícil palpar los brazos de la madre. Tal vez no estuviese allí dentro, ya disuelta en la humedad.

Desde la casa de ladrillos, ¡cómo se reía Pancho Aguilar, a tiempo que besaba a Malvina, escandalizando a su padre! Se burlaba de lejos, mientras don Francisco, inmovilizado en los peldaños, no podía quitar su cabeza de la enredadera que le ceñía. Se divisaba el interior de la casa de piedra. Allí, cajones con monedas de oro. Un tonel de caña. Armas blancas. Banderas. Su madre lloraba al pie del tonel, con una ramita de sauce en la diestra. Pero el paisano Aguilar se reía, besando a Malvina, recostado a las paredes de ladrillos, a cien metros de la casa de piedra. Sus carcajadas volaban, eran pájaros de alas lentas.

En un caballo muy alto, daba vueltas a la casa el paraguayo Laguna, como un bandolero que busca una ventana para asaltarla. Lleva un revólver en la derecha. Gira alrededor

de la casa al galope. A don Francisco, su padre, el fundador de *El Palenque*, se le ve imposibilitado de todo movimiento en la puerta, preso por una rama de enredadera; seccionado su cuello por la grieta del muro. Entran pájaros blancos, por las ventanas de la casa, con una velocidad de flecha, agudos en el vuelo. Pájaros blancos que iluminan un instante el interior, como relámpagos, permitiendo escudriñar el seno de la vivienda vedada de su adolescencia. La cabeza de su padre, separada, en el muro, a pocos centímetros de su cuerpo. Los pájaros blancos, retornan negros, como si un humo espeso les hubiese ahumado el plumaje. Se ve entonces, por los escalones, correr un agua lechosa. Se derrama lentamente, surge de la casa, como la sangre de una herida. Blancor del plumaje perdido de los pájaros. Entran las aves por las abiertas ventanas y claros de sol iluminan el interior. Don Francisco contempla el desparramarse del agua lechosa. Los pájaros, agitan su vuelo al pasar el caballo blanco del contrabandista Laguna. Gira, ciñe a la casa de piedra con la cinta plateada de un galope armado de revólveres. Por momentos, parecen innúmeros jinetes los que rodean la finca. Todos ellos chispeantes de niqueladas armas y de caballos tordillos. Don Francisco sigue inmóvil, detenido en la entrada, colgada su testa en la grieta del muro. Parece un retrato con el cartón de la cabeza roto.

Pájaros, caballos y un derramar de leche, enjugados por la tierra porosa.

Desde el galpón de ladrillos y techo de zinc, con Malvina en los brazos, se ríe de su padre el paisano Aguilar. Está vestido con la ropa que llevaba el día de su expulsión. Es un muchacho, un niño casi, pero ya tiene en los brazos a una mujer. Ha vuelto, está de regreso, conoció el mundo. Desafía la llanura y sus fantasmas.

De pronto, descubre entre los jinetes de la ronda plateada, a sus tres hermanos. Persiguen la figura destacada de Laguna, corren tras suyo, haciendo un círculo constante. La casa de piedra, devorando pájaros blancos, vomitadora de aves de negro plumaje, se va achicando, reduciendo las paredes. Las ramas de la enredadera se ciñen a los muros, ajustándolos po-

co a poco. Cada vez son más grandes los caballos de sus hermanos y el del paraguayo Laguna. Y más pequeña, la morada de piedra, tanto que no cabe el cuerpo decapitado del *finau* don Francisco.

El finau va quedando solo, porque los muros de piedra se hunden en la tierra. No cabe en la casa ni un pájaro. Y se destaca el físico total de su padre, con la cabeza en su debido lugar. Giran a su alrededor los jinetes, cinco jinetes. Laguna, sus tres hermanos y él. Se oyen los cascos de los caballos resonar en la tierra, como un ejército. Giran, dan algunas vueltas más y desaparecen hacia el Norte. Tardan en perderse en la llanura. El va con ellos, los sigue. Son cinco bultos a lo lejos marchando a galope tendido. Las crines ya no se distinguen, las patas suenan en el campo duro. Tardan en desaparecer. Sólo el ruido de los cascos insiste en el silencio. Van hacia el Norte, huyendo de las gentes; hacia el Norte, huyendo de mujeres, enemigos, deudas, acreedores... ¡Atrás todos! Política, estudios, compromisos... ¡Atrás! ¡Para siempre se van!

Pancho Aguilar, en ese momento oye unas voces confusas:

—¡Está muy mamau! Con una tranca así, es mejor que lo dejen dormir tranquilo. ¡Vamos!

Es el paraguayo Laguna que, desde su caballo brioso, habla a sus compañeros. Su cabalgadura insiste sobre el terreno, gira a pocos metros del cuerpo de Aguilar.

Es media noche. Hay que salir al cruce del camión de los almaceneros, el cual ha de conducir el contrabando hasta el poblado.

Laguna y sus secuaces, con el cargamento, abandonan el lugar. El monte queda sin apariciones, sin fantasmas.

Boca arriba, en su pesadilla alcohólica, Pancho Aguilar, tumbado bajo los árboles, siguió durmiendo. Se fueron perdiendo, por la cuenca del arroyo, los últimos ecos de los cascos de los pingos alertas del contrabandista paraguayo.

Y el monte, abrió las fauces de su silencio, devoradoras de cielos y de auroras.

La parquedad melosa de Malvina, diluía su jarabe. Más allá de su boca: un beso. Más allá de su beso: un silencio estremecido de cachimba. Envuelto en su mudez, Pancho Aguilar avanzaba en sus días.

Mirando para el Sur en las noches serenas, descubría el resplandor de las luces del pueblo. Luces de un semáforo distante, abriendo vías cerradas para él, cerradas para siempre.

Apoyado en un poste, daba la espalda a la estancia. La presencia de las altas casuarinas cubría sus espaldas.

Habían pasado cinco años, sin domarlos, sin vencer al campo. Ahora era una cuña metida en su propio palo, como una piedra del arroyo, como un árbol, en su tierra.

Aspera ropa lo cubría; fuerte cigarrillo secaba su boca; pelo crinoso bajo su chambergo.

De frente al sur, en la oscuridad de la noche parecía meditar. Pero no era así. Acorralado por todos, embretado, se había puesto el pelaje de la fiera mansa.

Su hijo, cuatro años robustos, era el único ser entregado al goce. Se revolcaba en el galpón como un animalito, durante el día. A la noche, recogía la paz campesina y se tumbaba en ella, hasta el primer canto de la *viudita*.

Malvina llevaba un año ya que, altanera, aparecía como hija de don Cayetano. Agrandada su charla, la ambición despuntaba, crecía, como afilada por un ser extraño a ambos.

Desaparecieron misteriosamente las cartas de Sofía, hasta que tomó medidas sobre el particular. Malvina ya no era "una cualquiera, una guacha".

—Si pensás que es tu padre, andá a verlo y verás cómo te recibe... — le dijo cuando le planteaba el caso. Y, luego, la

EL PAISANO AGUILAR

apuñaló con estas palabras: — ¡Te va a tumbar por ahí, pa demostrarte lo contrario... ¡Acercate y verás!

Don Cayetano, un tronco recio, crecidas sus exigencias, quemador de pajonales y campos ajenos, desafiador y pobre, no envejecía. Sin un árbol en su estancia, llenaba sus ocios soleados cuidando parejeros de carrera. Cuando la pobreza del campo roe los primeros huesos, aparece la taba, hueso roído que se salva del esqueleto.

Carreras, pencas, tabeadas y las trampas rodeándole, como corral de palo a pique.

Aguilar, erguido fantasma, entre el Sur que avanzaba con sus hipotecas y el Norte, huyendo hacia la aventura. Aguilar, ante el desastre de don Cayetano — orgullo de overorosos — y la puerta entreabierta que le dejara el paraguayo Laguna. El paisano Aguilar, cada día más parco y receloso, como en una guarida. De pie, recostado a un poste del portón, mirando los reflejos del poblado, en la noche cerrada, bajo las estrellas inmutables de un rico cielo, del más fastuoso cielo del mundo. De pie, con los ojos bebiendo una luz indecisa. Los pies calentando la tierra, como la calientan las raíces tentaculares del ombú. De pie en la alta noche, mudo y sin ideas, como un rotundo algarrobo centenario.

*

El crudo invierno prodigaba escarcha sobre los techos de paja y en el plumaje inocente de las aves del corral, amanecidas con una frágil capa de cristales. Apretados amaneceres, lucha del sol por abrirse paso, rompiendo un cielo durísimo de atenuado azul. Lento despertar de la naturaleza. Las manos endurecidas, los labios también. Por los caminos, venía el día, como desatando nudos invisibles. El paisaje cerril, entumecido. Y el canto tardío de los gallos, con patas de cristal.

La superficie del agua detenida en las tinajas, había que quebrarla con el jarro de latón.

Duro despertar de la llanura.

Pancho Aguilar maniobraba la máquina del Ford. Y, poco a poco, con estornudos casi humanos, el motor deshacía la atmósfera del galpón.

Envuelto en su poncho, se internó en la huella, partiendo la escarcha con una tela sutil, en la hierba crecida.

En *El Palenque* desperezábanse los goznes y faldas femeninas cruzaban el patio.

El paisano Aguilar, caliente de odio y de inquina por las gentes del poblado. Lo llevaba una citación del Banco Hipotecario, garra fina buscando por los campos su presa fácil. Leyes para la ciudad y miseria para pobres y ricos de los campos.

Cuando el pueblo despertaba, en sus puertas, Pancho Aguilar, desafiante, deponía las últimas energías del campo.

A las diez de la mañana se sintió como penetrado por la ciudad. La charla con los amigos, las conversaciones con los tolerantes, con los "expertos", con el rematador Luciano y con cuanto prójimo se le acercaba, le habían tornado otro hombre. Los problemas intrincados, las soluciones arduas, aparecían, por magia urbana, por tretas incomprensibles, meros juegos de niños. Aquella montaña de cuotas atrasadas, de vencimientos agobiadores, no eran sino fantasmones creados por la estancia. Todo se podía arreglar mediante un ligero cambio de ideas, tres o cuatro pagarés, una firma más y asunto terminado. Se podía hacer una prenda agraria, poner a disposición de los bancos las pocas haciendas y además su energía, su deprimida vitalidad. En dos o tres jornadas, previo préstamo de un amigo, colocaba al día su cuenta de crédito, y luego era posible volver a girar, contraer la misma deuda y seguir adelante.

En pocas horas, Pancho Aguilar trocó su angustia económica en una paz mentirosa. Se dejó invadir por la ciudad, por sus artimañas, sus argucias.

—¡Que me ejecuten! — decía a los camaradas confidenciales, a su novia, quien no entendía nada de todas aquellas componendas.

Su posible suegro, fué quien apaciguó su ánimo.

—No es para ahogarse en un vaso de agua, Aguilar. ¡Todo anda como la mona!

A mediodía, después de una entrevista breve y sin importancia con un gerente amable y reflexivo, Pancho Aguilar sintió que por su cuerpo corría algo así como una savia nueva. La vida cotidiana del pueblo suavizaba las asperezas, haciendo correr los actos como por sobre rieles. No había penurias ni problemas difíciles. Había, sí, oscuridad en el planteo. Un crédito renovado, una serie de vales con vencimientos escalonados, abrían una perspectiva nueva, como si en la ciudad estuviesen los horizontes cabales del mundo. El campo, a pesar de su despejado cielo, de su círculo inmenso que linda con las estrellas, se le ocurría reducido panorama.

Desde la rueda del café, aquellos hondos problemas de moral, las tribulaciones de su espíritu acechado por un hijo y el complejo de una mujer ignorante, de dudoso origen, no tenían importancia alguna, se diluían en la mesa de combinaciones alcohólicas.

Sofía, por donde los años pasaban dejando una pequeña carga de carne o soplando sus senos y sus brazos, parecía vivir adquiriendo capacidad para el dolor. Sufrida y sumisa; cada día más resistente al término del compromiso; aguardando el desenlace como quien lo espera sentado en una butaca de cine. Iba tomando esa calmosa resignación de las solteronas, a quienes Aguilar satirizara. Sus ojos de párpados inflamados, quizás aguardasen ese llanto pudoroso de los fracasos previstos.

Sus amigas se casaban, poco a poco. Algunas iban a enterrar sus sueños a las estancias, cuidadosamente, con crucetas de bostezos. Otras, madres prolíficas, aguardaban cría todos los años. Las menos, trasladadas a la capital, describíanle historias insulsas, producto de ocios de patios cerrados, de jornadas cuya única misión consistía en ordenar comidas, con ese paréntesis aromado de los raviolos domingueros.

Sófi aparentaba ignorar la vida de Aguilar en *El Palenque*. Y, si la sabía, derramaba un perdón piadoso que, en el fondo, era más utilitario que un escándalo rotundo. Si Pancho terminaba por comprender la realidad, Sófi iría a la estancia a

ordenarle los días, a florecer en el viejo predio de los Aguilar.

La segunda noche en el pueblo, aceptó ir al cine con su novia.

Un horror de carteles chillones, de *affiches* variadísimos, les cerraron el paso a la entrada. En uno de ellos un barco en pleno incendio y una cabeza de ojos fosforescentes. Más adentro, dos cabezas rubias, un tanto masculinas ambas, unidas en un beso apasionado. A la izquierda, una escena rural, en la que podíase descubrir, entre letreros descomunales, un tipo de mujer morena, en brazos de un hombre recio que, a todas luces, protegía la compañera. A los pies de ambos, la palabra: ¡*Colosal!*, repetida. Más abajo aún: ¡*Un drama real, estupendo!* De todo aquel amasijo de imágenes, de colores y de letras, se le fijaron en la retina los ojos y la boca de la figura morena. Eran la boca y la mirada de su compañera de *El Palenque*.

Cuando se hizo la oscuridad, rompió la pianola con un pasodoble acelerado. En la pantalla, las sombras comenzaron a espantar los letreros explicativos. Entre los personajes no aparecía la muchacha morena, de tan acentuado parecido con Malvina.

—¿Dan el drama rural, ése del cartel? — preguntó como despertando.

—¡No, criatura! Este es un episodio de "El demonio de los mares". ¡No te has preocupado por saber ni lo que dan! ¡Qué poco interés!... — le reprochó Sofía.

La madre sonrió, sin despegar los ojos de la pantalla. Veía siguiendo el desarrollo de aquel *film* con un interés enfermizo.

A Aguilar le pareció impropia una respuesta. Sentía el flanco de su novia, todo a lo largo de su pierna. Pegado al de Sofía su biceps derecho, dábale cierta comodidad que se hacía un muelle bienestar.

Aquellas imágenes cambiantes de la película, terminaron por fatigarle la vista. Aquel ir y venir de gentes, aquellos tonos oscuros, para, en seguida, pasar a un claro acantilado del mar y presentarles personajes ligeros de ropa, alegres y salta-

rines, próximos a las olas mansas; aquel correr de un sitio a otro, acabó por marearle y sus ojos se entrecerraban como huyendo del desfile inacostumbrado.

Cuando menos interés ponía en las escenas, un murmullo de asombro recorrió la sala. El efecto que produjo un espectacular momento, difícil para el protagonista del drama, no penetró en el alma en sombras de Aguilar. En lugar de sacarle de aquel marasmo, lo empujó a otro mayor. Laxitud y molición, invadían sus miembros. La cabeza inundada de un plomo líquido, le pesaba, al punto de caerle hacia atrás. Debía, para seguir el juego cambiante de las imágenes, inclinarla de un lado a otro, pues un espectador de la fila delantera le cubría buena parte de la pantalla.

¿Era la fatigosa visibilidad, lo que lo hundió en el sueño? No. Como la música, el cine tiene su más allá, fondo donde se halla la verdadera atmósfera. Eso, que podría llamarse vértigo, no lo es, si bien se mira en su total acepción. Cine y música, se parecen tanto que bien podrían ser una misma cosa. El *más allá* de la música, se cruza con el *más allá* del cinematógrafo. No es sólo lo que se oye, música; como no es lo que se ve, todo el cine. Tras las notas del violín hay un abismo, en el que se precipita el oyente casi sin entender hacia dónde va, dónde cae su alma. Tras las sombras del cine, en la profundidad de la pantalla, en el mundo impreciso de los gestos, los ademanes, las expresiones, hay un precipicio que se hace inmensidad en los espíritus. El ritmo del cine, aparentemente vertiginoso, conduce al espectador hacia un *más allá*, donde tan sólo los niños penetran desnudos, como los ciegos en la música. Se va y se vuelve, sin saberlo. Asegurada la realidad en la butaca del cinematógrafo, los fantasmas del "écran" proporcionan ese viaje con retorno, por un mundo desigual y extrahumano.

Aguilar, con los ojos llenos de paisajes de inmovilidad total, cayó en la somnolencia, en el sueño ridículo de una sala pública. Se efectuaba la prueba de fuego de su generación agónica. Para probar el espíritu moderno o actual de un hombre, hay dos encrucijadas: la de la velocidad y la del cinematógrafo.

E N R I Q U E A M O R I M

En ambas esquinas cae vencido, como un pelele, quien perdió el compás de su tiempo.

Dormido, profundamente dormido, lo vió su novia con una sonrisa piadosa. Sabía perdonar el otro sueño, la gran modorra, la siesta inacabada de *El Palenque*. Bien dotada estaba, por lo tanto, para perdonarle al hombre tosco que tenía a su lado, este sueño ridículo de la penumbra donde vencían las sombras del cinema.

—La Malvina me lo dijo — aseguró la cocinera charlatana. — No lo vi'á inventar yo, ¿qué te crés, viejo'e...?

—Siempre la misma conversadora. ¡Ta, si fuese yo patrón, no quedabas un día más en las casas!... — respondió Farías, enojado como pocas veces lo estuviera. — ¡Enredista, la vieja zorra!

—¿Vos te crés que son cuestiones mías? ¡Pa' lo que me da, que se cumpla o no su palabra! ¿A mí qué me importa, decíme? ¡Eh? Ni me va, ni me viene. ¡Pior pa' la Malvina, si no le salen las cosas bien!

—¡La Malvina p'aquí, la Malvina p'ayá! — le reprochó el viejo. — ¡Como si juese una criada tuya!

—¡Habrás visto! Y ¿cómo querés que la yame? ¡Tántas partes con la hija de la Juliana! ¡Querés que le haga más cumplidos, si hemos lavau ropa juntas!

—Pero bien sabés que no es una igual, una cualquiera... Y, aura que venís a chismear que se casa con don Pancho y se van pal Norte, ¿por qué no le das el trato que conviene?

—Sí, le voy a decir *Señora Doña*, ¿no? Al fin, es como una hija mía... — protestó la vieja.

—¡Te quisieras una hija así, pa' un día de fiesta! — observó don Farías, meciéndose las barbas.

La vieja cocinera se escarbaba los dientes con la punta de un cuchillito de pelar papas.

—No tenés por qué vender boletines y repartir la noticia. ¡Eya te dijo algo, por si acaso? — interrogó, intrigado, el viejo.

—No; pero yo sé que si venía un hijo más, la Malvina le iba a pedir que fuesen al juez y a la iglesia...

Hubo un silencio de sorpresa.

—Y, ¿va a tener otro?

—Claro, cristiano. ¿No viste lo almareada que estaba la pobrecita, ayer, al golfer del monte?

—¡Pué ser!...

—¡Qué es, no más! Y, si cumple con la promesa, larga l'otra del poblado y se casa con la Malvina, ¿qué tiene de raro, decí? ¿No se han causau otros? Al fin de cuentas, tiene un padre que es persona de respeto!

—¡Güen enriedo hiciste, cuando se lo contaste a la señora! ¡Era un secreto que yo te había confiau!

—¡Secreto, secreto!... No lo sabían los chanchos porque no salen del chiquero... — dijo la vieja, comenzando a pelar las papas.

Don Farías miró el cielo de grandes nubes de agua y, cambiando de tema, sentenció:

—¡V'a yover hasta decir basta! Me parece que será al ñudo traer la majada pal rincón. Y peligrosa la maniobra...

—Y, ¿andan otra vez maturreando los contrabandistas? — preguntóle la vieja.

—Como saben que el patrón no los va a denunciar, se aprovechan — respondió el viejo. — ¡Han acampado en la horqueta!...

Habían vuelto los contrabandistas y Pancho Aguilar iba a lavar su mal humor con la charla de los aventureros.

Desde hacía más de una quincena, el patrón no hablaba con nadie, más de lo necesario.

Habían venido del Banco a inspeccionar las haciendas preñadas y una fuerte discusión epilogó la visita.

Ninguno de los vecinos era aceptado por el dueño de *El Palenque* como tasador de su hacienda. Cuando le nombraron a Trinidad, Aguilar creyó en una treta del gerente, para mezclar la política en el asunto. Y, sin reflexionar lo más mínimo, mandó ensillar el caballo del tropero emisario y acabó por echarlo de su casa.

La amenaza del enviado quedó vibrando en su oído, como un insulto.

El mismo día, regresó bebido del campamento de los contrabandistas. Pero, aquella vez, se hizo acompañar por Laguna.

Y, con él, planeó su fuga hacia el Norte. Arrearían una tropa, antes de que cayese en manos del Banco, so pretexto de liquidarla a mejor precio. Una vez en la frontera, la pasarían al otro lado y, después, a correr suerte, libre de trampas, mu-jeres y deudas.

—Si el gurí juese más grande — pensaba — me lo arriaba también...

Su hijo era la única objeción firme en la fuga proyectada. Tenazmente oponíase a sus propios sentimientos. El Norte le llamaba, con una voz conocida. Le llamaban el destino, sus hermanos, su padre, las posibilidades de luchar cara al viento, sin trabas de ninguna especie, en parajes menos hostiles.

Sofía, Malvina... Carlitos, su hijo, no significaban nada, ante el avance de las deudas, de los embargos, ante la inevitable bancarrota final.

El desastre le impedía normalizar la vida y cumplir con Sofía, Malvina y el hijo, los obstáculos que crecían a la par de las deudas. ¡Abandonarlo todo y correr mundo! Ya vería la forma de enviarle dinero para que no le faltase lo necesario al hijo. Y, si no podía... culpa del destino. Aquel hijo, que ni se había tomado el trabajo de inscribirlo, bien podía correr el riesgo de la madre. Si ella, como mujer, había hallado la protección de un Aguilar, su cría encontraría una estancia donde guarecerse. Hijo de china, nieto de china, no había porqué torcerle el destino. Lo abandonaba así, como su padre lo arrojara a él, provocándole tentaciones de nómade. "Hijo del campo, el campo es su mundo", se decía para conformidad de su conciencia herida.

—Dígame, Aguilar: ese gurisito que anda por el galpón — preguntó Laguna al sentarse a la mesa, — ¿es hijo de esa mujer?

Aguilar se le quedó mirando. Parecía abstraído en otra cosa.

—Lindo gurí... ¡Boca sucia como el diablo!... Apenas llegué a desensillar, me dijo: *¡Andate a la... con tu tordillo! ¡El mío es mejor!* ¡Gauchito el mocoso!

El paisano Aguilar no atinó a responderle. Creía que Laguna no ignoraba sus "enredos" con Malvina y las consecuencias de sus amores.

Cuando terminaron de comer, al pasar a un cuarto de huéspedes que se le había preparado, divisó a Malvina en la salita con el chico en brazos. La saludó y se dió por enterado con oculto reproche.

Malvina, en la penumbra, aparecía realmente hermosa.

Hasta pasada la media noche, Aguilar y Laguna estuvieron haciendo cálculos, disponiendo el negocio, los gastos de arreo, los riesgos a correr.

—Las ovejas, las mandamos arrear después, con los muchachos de mi compadre Rodríguez — opinó el contrabandista. — No hay que despertar sospechas.

—Si las podemos liquidar antes de llegar a la frontera, ¡mejor! — dijo el paisano Aguilar.

Quedó todo resuelto. Dejaría unos pesos para los primeros gastos de Malvina. Don Farías estaba enterado del proyecto. Quedaría al cuidado de la estancia, hasta efectuado el remate o lo que decidiera el Banco acreedor. Y, después, ya lo sabía, sería lo que Dios mandase.

Laguna comprendió la importancia de aquella sociedad. Poblarian en el Norte y, sin abandonar el contrabando, podrían desarrollar el negocio con eficacia y holgura.

Comenzó a llover con una violencia de cambio de estación. Zumbaba el agua en los techos, corría por los albañales y canaletas.

Adormecido por la lluvia, el paisano Aguilar dejaba libre su imaginación. Nómade al fin, correría su suerte, cambiando de sitio, buscando vencer a la llanura y no dejar que ella le atrapase, con el nombre de Malvina, con el nombre de Sofía. Respiraba profundamente en su cama, solo, dueño de sus últimos pesos, pero a sus anchas, bajo el techo donde zumbaba el agua.

No le disgustaba pensar que iría chapoteando agua por esos campos, empapado de lluvia, como un verdadero hijo de intemperies. El ruido del agua le excitaba los pensamientos; le llamaba desde los cuatro puntos cardinales. Gozaba de su libertad, como una veleta en el viento, bajo el chaparrón.

Una carta para Sofía, sobre la mesa de luz, al lado de otra dirigida a Luciano. Encima de ellas, su revólver, pisapapeles que sellaba para siempre su palabra. Brújula señalando el Norte.

Con la luz encendida, oyó dar la una. El tic-tac del reloj siguió impasible como un personaje que deja caer algo y continúa su camino.

Manteníase insomne ante las imágenes lentas y repetidas de su presente, de su porvenir. Pudo analizar uno por uno sus pasos desde el arribo a la estancia. Esfuerzos tremendos por vencer la soledad, primero. Y, fué Malvina quien se la distrajo, con su carne joven y saludable. Después, las necesidades económicas, el comienzo del desastre. No había manera de cubrir presupuestos, de cumplir con los Bancos, de dar satisfacciones a su novia, aguardando la prosperidad para casarse. De un golpe iba a echar por tierra todas aquellas estúpidas imágenes molestas. Se acabarían las deudas y las mujeres, aferradas a su destino. Libre del lastre acrecentado con la bancarrota económica, circularía su existencia como su sangre por las venas, en un raudal sin obstáculos. El Norte con sus encrucijadas. La aventura y los riesgos. Una juventud renovada siempre, exponiéndola con más posibilidades de riquezas futuras. Al lado del paraguayo Laguna, envidiable personaje nómade.

Desfilaba el futuro por sus ojos, lejos de *El Palenque*, vieja sombra de piedras. Todo iría a parar a otras manos y nada le importaba el destino de las cosas. Manos extrañas habrían de despejar la tiniebla en que estaba envuelta la casa. Llegó a pensar en el embrujamiento del lugar, en una "yetatura" invencible, que impedía todo progreso. *El Palenque*, nombre evocador de sometimientos, de domesticidad; prisión al aire libre, palo asegurado en la llanura, atrapador de nómades, asegurador de animales, clavado vertical en la tierra, enredado de lazos y cabestros. Palo erguido en el campo, punto céntrico del círculo inmutable del horizonte. Como la reja de un arado a la espera de la mano que lo mueva. *El Palenque*, rodeado de toda la vitalidad circundante. Señal en la llanura, detenida para siempre, inmovible.

*

Fumaba sin descanso. En el cabello crecido, desparramado sobre la almohada, caía la ceniza. Un suspiro, un movimiento leve la sacaba de allí, para rodar sobre las sábanas.

Solo, con esa responsabilidad que infunde el silencio. En el techo y en su desolación insistía la lluvia.

¡Cuántas noches semejantes habían transcurrido en seis años, sin una mala ilusión, sin un solo impulso destacado! Pero esa noche era excepcional. El repiqueteo del aguacero en el tejado, como el agua en las raíces, refrescaba su alma reseca, dándole un crecimiento nuevo.

—¡Al fin, al fin!... — murmuraba. — ¡Ya era tiempo! ¡Al fin un riesgo, una puerta entreabierta por donde espiar el destino!... ¡Una aventura!

De pronto se trasladó con la imaginación a la casa de ladrillos, donde pasara parte de su juventud, donde lo colocara el padre. Borde de camino, albergue donde podía abreviar el nómade que todo paisano lleva adentro. Casa de apariencias inhospitalarias, ladrillo carcomido, puertas endeble. Allí pernoctaba el viandante desconocido que, tentador, pasaba provocándole salidas hacia mundos nuevos. Allí admiró más de un rostro extraño, surcado de huellas como los campos en días de llovizna. Allí lo puso el padre, a fin de ofrecerle tal cual era, el mundo rudo, para que no le cobrara miedo a la vida. A pocos metros de la casa de piedra. . . Pero ¡qué lejos, en aquella orfandad de profeso, fatal por oscuro designio de don Francisco Aguilar! ¡Encrucijada misteriosa!...

Se levantó de un salto, se cubrió los hombros con un pesa-do poncho y caminó en busca de Malvina. En la casa de ladrillo moraba ella, dispuesta siempre, como una cosa de carne, hermosa y sana. La necesitaba, quería explicarle, entrar en un acuerdo y despedirse luego.

Anduvo los cien metros que mediaban entre uno y otro cuerpo de edificación, bajo la lluvia recia y fría.

Le ladraron los perros. Relámpagos, seguidos de truenos, resonaban en la caja inmensa de la noche.

Malvina le recibió sin articular palabra, como era habitual en ella. Le hizo un sitio en la tibieza de su lecho. Sus manos

heladas, su rostro húmedo, fueron poco a poco entrando en calor. La amó sin límites, en una plenitud salvaje, por última vez, mientras zumbaba la lluvia en el techo de zinc.

Amanecer de arroyos desbordados, de campos con sábanas de agua. Por las ventanas entraba una luz lechosa. Don Farías golpeó en la puerta:

—¡Don Pancho, don Pancho!... El arroyo viene creciendo y la majada está embretada en el rincón!... ¡La veo medio peligrosa, si no nos apuramos!...

Habían recostado a la divisa con *La Rosada* el rebaño, a fin de tenerlo listo para la partida hacia el Norte. Allí estaba arrinconada buena parte de la fortuna de Aguilar. Las ovejas eran la base del negocio arreglado con Laguna. Con ellas emprenderían viaje hacia la frontera, para ponerlas a salvo de la voracidad de los acreedores.

—¡Viene creciendo juerte!... Hay que apurarse, porque si no, arrastra con todo... — terminó don Farías.

—¡Ensiyá en seguida! — respondió Aguilar.

Abrió la ventana. Grandes lagunas se habían formado ya. La repentina crecida bien podía arrasarse con su majada. Desde aquel punto, alcanzaba a divisar el rebaño de Trinidad, también encerrado por las aguas, del otro lado del alambrado. La rinconada formaba un istmo de tierra, fácil de convertirse en unas horas más de lluvia, o si en el Norte había sido mayor, en una isla traicionera. Una trampa de agua.

Malvina, apenas saltó de la cama, preparó el mate. Con mansedumbre alargaba una tras otra las cebaduras. Aguilar monologaba, calculando el mal, blasfemando a cada instante, áspero y altanero, como si se tratase de un enemigo que avanzara por los campos.

Cuando estuvo ensillado su alazán, partió a galope tendido haciendo salpicar barro, con un abanico de agua en el encuentro de su caballo. Los perros le seguían a grandes saltos.

Para un hombre de campo, enterarse de que un arroyo *viene creciendo*, es cosa seria. ¡*Vie-ne cre-cien-do!*... Algo más que el anuncio de una avalancha. Un enemigo brotado de la tierra; como si la tierra, el campo, hinchase el lomo. Aunque del cielo baja el mal que se hace luego torrente arrollador, oír decir: *el arroyo viene cre-cien-do*, elimina la idea de la lluvia, ya no se piensa en ella, ni se la maldice. Salirse de madre un caudal de agua, es cosa que corresponde a las profundidades de la tierra. Es la tierra, la cuenca dura del arroyo que alza su cólera, expide su ira, lanza su vómito mortífero. ¡*Vie-ne cre-cien-do!* Como si se dijese: aumenta su rabia, escupe su muerte.

Las aguas, vertidas en exceso, no aparecen como culpables. Hay en medio de aquel caos, un espíritu maligno. Es la corteza de la tierra endurecida de golpe, cerrando sus puertas, negando el paso al caudal del cielo.

Va a crecer el arroyo, se oye decir y nadie se alarma. Ha crecido el arroyo, y la vista se tiende sobre las aguas, que aparecen en sábanas irisadas por el viento, el aparcero de los temporales. Pero tiene la frase *viene creciendo*, una raíz de miedo que se hunde en el ser. ¿Un batallón avanza? ¿Una jauría de perros cimarrones, de chanchos salvajes? No. ¿Un tropel desbocado? ¿Un ciclón, doblando las copas de los árboles, hasta hacerles barrer el suelo? El arroyo *viene creciendo*, dicho en la madrugada lluviosa, después de una noche traspasada por el temporal, y una majada íntegra copada por el terrible enemigo, el día señalado para librarla del acreedor, del embargo seguro, era el drama que Pancho Aguilar sentía trabársele en el galope del caballo.

EL PAISANO AGUILAR

Erguido, ansiaba divisar la lejanía. Allá a la distancia contra la divisa, junto al monte tupido y sucio, de un verde oscuro que daba gravedad al paisaje, la majada de *El Palenque* había caído en desgracia.

El brazo de un "sangrador" se hinchaba, como las venas de un biceps ajustado por un ligamento. Al dilatarse, cerraba el paso a las ovejas, ruines animales indefensos y estúpidos.

Al "sangrador" se le unía una cañada, compitiendo ambos con el cauce del arroyo, ya hecho un río dilatado. Y formaban, con su red de aguas, una isla, ligero promontorio, por minutos más reducido.

Los caballos de *El Palenque* daban saltos a cada lonjazo recibido y de sus morros salía un soplo de vapor. Crecían los jinetes con el castigo de sus rebenques.

El paisano Aguilar medía el riesgo que iban a correr. Ante la magnitud del desborde miró al viejo peón. Don Farías, tan hábil como él, tan ágil y seguidor como los perros que corrían chicoteando en el pasto mojado. Buscó la mirada del viejo. Aquel rostro barbado, lleno de nobleza; aquella frente descubierta como un pequeño escudo contra el viento, perlada de lluvia, le impresionó hasta el escalofrío. Marchaba el viejo servidor, envuelto en ropas miserables, esgrimiendo miserable talero. Galopaba desprendido del lomo, queriendo anticipar la marcha. Ropas raídas, viejo ropaje, y trajinado por el patrón, pilchas suyas, se inflaban de viento contrario. Su pecho recibía el chubasco, perfilado en la carrera. En la carona, el basto, los cojinillos, había jineteado la intemperie. Miserables todos, pobre y triste figura, cuyo único lujo era su frente, bajo el ala pringosa del chambergo. Montón de trapos negros que galopaba hacia la lucha con los elementos.

Lo miró como jamás lo había hecho. Descubrió los ojos perdidos en la lejanía. La angustia de aquel rostro, decía a las claras una servidumbre total, la compenetración de su papel. Don Farías, buscaba con sus miradas baquianas, un sitio para salvar el rebaño, el pedazo de tierra firme, puente por donde trazar el sendero salvador.

Aguilar insistió en la mirada, como si fuese la primera vez que lo viese. Y así era. No lo había descubierto aún. Como los árboles crecidos a la puerta de la casona de piedra, cuya presencia pasara inadvertida hasta su regreso a la estancia, eso era don Farías.

¿Hacia dónde iba aquel cuerpo adelantado al impulso natural del caballo? En el desenfrenado galope, ¿qué rumbo avizoraba con su mirada fija, el viejo peón? No era un gaucho, no era un gaucho temerario de divisa y golilla. No era uno de esos gauchos que la estampa histórica divulga, uno de esos que adornaban su casa, chambergo en la nuca, poncho hasta el suelo. . . No era el gaucho de chiripá y descomunal facón. Ni el del culero y las lloronas; ni el del barbijo, que levanta las narices para aguzar el olfato. No desafiaba, ni retaba a duelo a la naturaleza, ni a los hombres. Pero llevaba algo heroico adentro, como la vaina del sable. . . Era "un don Farías", era un peón, un hombre al servicio de otro. Se adentraba en el riesgo, como una bandera en la batalla. Manos rudas y sarmentosas; barbas de pelo áspero, boca seca, ojos duros, pecho cerrado al enemigo. Y, arriba, arriba de todo — miseria y heroísmo sin historia — el pájaro rosa de su frente, volando, ayudándole a avanzar sin miedo.

Y a sus espaldas venía Laguna, en su "flete" tordillo, salido de su pesadilla en la noche de la borrachera. Levantaban agua los cuatro cascós hambrientos de su caballo.

Tres jinetes despegaron del macizo de *La Rosada*. Tres overo-rosados, en veloz carrera.

Habló don Farías:

—¡Me dormí un poco, patroncito! — dijo, reprochándose la demora en avisarle el peligro de la inundación.

—Llegamos justo — contestóle Aguilar. — Tal vez salvemos una buena parte.

Se oía el agua roncar en los cañadones. Algunas ovejas ya nadaban, tropezando en las matas de totora o en las copas de los arbustos.

A pocas cuadradas, se detuvo don Cayetano. Uno de sus peones, desensilló. Se iba largando en un barranco, "d'en

pelo", dispuesto a tirarse al agua cuando perdiese pie el caballo. A su vista, nadaban desorientadas algunas ovejas.

El arroyo crecía, como la panza de un ahogado.

Don Farías echó pie a tierra y volteó "sus cueros". Cuando le vió, remangado sobre su caballo, dispuesto al riesgo, el paisano Aguilar le gritó:

—¡Déje, don Farías, vamos a ver si conseguimos dar con un paso playo! ¡Por el pasito de la zanja! . . .

Don Farías ya no le oía. Su caballo olfateaba el agua, presintiendo el peligro. Reculaba, a pesar de los talonazos y el castigo. Pero en un momento perdió pie, al desmoronarse la tierra y con el peso del cuerpo en "las cruces", cayó el animal en lo profundo. Lo cacheteaba el criollo, pegada su barba a la cruz tusada del pingo. Se estiró sobre el lomo, agujoneando el valor de la bestia, con palabras casi al oído.

Aguilar dió vuelta la cara y le dijo a Laguna con violencia:

—¡Viejo 'e. . . ! ¡Se necesita tener ganas! . . .

En el torbellino de las aguas, iban las cabezas a flote de los lanares, en un lamento constante. Don Cayetano buscaba cruzar el brazo de agua. Sus ovejas, arrinconadas contra el alambrado, no tenían ninguna defensa y hallarían muerte segura. No quedaba otro recurso que cortar la divisa de ambos potreros, para facilitar la salida de sus reses por el campo de Aguilar. Encerrados en aquel brete sin salida, aparecían algunos novillos.

De pronto se vió a don Farías luchar con la correntada. Para ayudar al animal, su cuerpo flotaba separado, horizontal al lomo del mancarrón. Aferrada una mano a las crines, con la otra abría la corriente, intentado neutralizar su impulso. Bufido tras bufido, el caballo miraba hacia tierra, con los ojos dilatados y el morro ansioso. Cuando sintió en los vasos la seguridad del fondo, se detuvo, y don Farías aprovechó el instante para trepar sobre su lomo, tendiéndose en él, todo lo largo que era.

—¡De güena te has librau! . . . — exclamó el patrón. — ¡Viejo testarudo! . . . Estas cosas no son pa'él. . . — dirigióse

a Laguna. — Además, ese caballo ya está resabiado de la vez pasada...

—Si se lo yevaba el agua, podía afirmarse en los primeros árboles... — dijo el contrabandista, como si fuese cosa fácil. Y prosiguió, haciendo su composición de lugar: — Si no nos apuramos, va a ser corta la tropa...

Aguilar comprendió el apremio y el sentido de aquella preocupación. Ya una veintena de ovejas iba aguas abajo. Algunas orillaban, antes de tropezar con la divisa. Otras, daban tumbos en ella, debilitados los postes por la fuerza de la corriente.

—Hay que repuntar pa' que sirvan de señuelo — opinó Laguna. — Así, cuando las arrée el viejo, saben pa' dónde agarrar...

—Vamos a repuntar algunas vacas... — fué la respuesta decisiva.

El paisano Aguilar levantó el brazo para hacerle una seña al viejo peón, ya distante, internado en la lonja de tierra que aun quedaba sin agua. Parado en los estribos, su esbelta figura de jinete se agrandó. Su diestra en alto, todo lo que le era dado estirla, llevaba el rebenque en la muñeca y enarbolaba el poncho, cayéndole en el antebrazo como una bandera en un asta. No necesitó más acción que un leve movimiento de arriba hacia abajo, una o dos veces — como si ordenase paz o silencio, como si mandase bajar el tono a una muchedumbre — para conseguir la comprensión de don Farías. Gestos inmensos, capaces de detener un ejército. Bastó aquel ademán y luego el galope apresurado hacia las vacas que pastaban cerca, para que todos se pusiesen de acuerdo en el plan.

Los vacunos alzaron los ojos llenos de horizonte y aguardaron el movimiento envolvente de los hombres. En pocos segundos, arreaban una docena de vacas, mientras las vaquillonas nuevas, se alejaban en un lote, dando brincos. Pesadas, con las panzas hinchadas de pasturas humedecidas, marchó dócil la arreada para "señuelo".

Don Farías iba mientras tanto acercando las ovejas. Quería apresurar el salvataje, agruparlas en su totalidad. El rebaño, al ver del otro lado el vacaje guiador, buscaría juntarsele.

Mientras Laguna rondaba, Aguilar desmontó e hizo caer a tierra todo su recado. Sonaron entrechocándose las estribas de plata, espantando al caballo. Con las riendas caídas sobre el hombro, apoyándose en las cruces con una mano, pudo quitarse las botas, luego el poncho y trepó a su alazán, como no lo hacía desde "los primeros tiempos".

En la correntada, el animal perdió pie un momento. Se inclinó el jinete sobre las cruces y al punto volvió a recuperar su estabilidad. El alazán se detuvo un instante con las orejas alerta. Lo palmoteó Aguilar y se rehizo la bestia, temblorosas sus patas y como desentumeciéndose de un largo sueño — que eso es el peligro de la muerte.

Don Cayetano Trinidad lo vió temerario cruzar en pelo. ¿Volvía a interpretar caprichosamente como un desafío aquel hecho inevitable? No eran momentos para tales ideas. Habían transcurrido muchos años desde los absurdos conatos de hembra, de coraje o de superioridad a establecerse. Pero, el paso de Aguilar hacia el sitio donde estaban acorraladas las ovejas, arrastró a su vecino. Don Cayetano tenía en su campo una cruzada menos profunda, pero de mayor arrastre de aguas. Allí se tiró el dueño de *La Rosada*, con las botas primero en alto y en seguida arrolladas en las paletas de su overo-rosado.

Enderezó hacia la divisa, seguido de un peón. Echaron pie a tierra, llaves de alambrar en mano, como quien se apea para desollar una res. Y en pocos segundos desataron varios alambres y cortaron otros, que silbaron en el cimbronazo. La divisa perdió su rigidez de límite. Avanzaron hasta un principal y desataron otras uniones. Desde cien metros de distancia, el paisano Aguilar tironeaba de un extremo del hilo que tenía en sus manos don Cayetano. Por primera vez desde la tarde de la disputa por Malvina, los hombres se enfrentaban. Y, cada uno en un extremo del alambre, forcejeando por igual. Unidos en el peligro, en la defensa de idénticos intereses.

Se oyeron truenos distantes. El agua, a borbotones en los barrancos, rezongaba. Algunas gotas salpicaban el agua barrosa y turbulenta. El espacio de tierra se iba estrechando por momentos. El arroyo se hinchaba, como la panza de un ahogado.

Espectral, en su flacura de huesos forrados de una piel cobriza, don Farías arreaba la majada. Ya las aguas inclinaban las hierbas, como si fuese un viento rastrero que las peinase. Se oían las gárgaras apresuradas de los pozos, se veían pasar leños, troncos secos, resaca, ramas a las que les vibraban las hojitas marchitas en las puntas.

Del suelo, ya anegado por las aguas tornándose barrosas, brotaba el asombro de los hombres. Allí se veía crecer el arroyo, amenazar la muerte. Una muerte que se alzaba, se ponía cada vez más densa, espesando el drama. Parte de la majada tenía las pezuñas escondidas en la corriente. La muerte comenzaba a cortarles las patas, a subírseles por las extremidades. La inocencia de aquellos animalitos se esponjaba más aún, en la lana de sus cueros. Ninguna sensación de mansedumbre mayor que la de los lomos pasivos del rebaño.

—¡Arrée, mi amigo; arrée!... — gritó Aguilar a don Farías.

La majada de don Cayetano se les unió. Entre las reses de *La Rosada*, aparecían tres novillos gordos. Silbaban los peones con cautela, como si trataran de convencer a los animales. Un arreo lento y temeroso. Del otro lado, el contrabandista Laguna daba voces, para atraer la vista de la majada. En todo aquel sigilo, se encubría el miedo de un desbande repentino.

Y así sucedió. En un descuido, como cuando se abre un rumbo en una embarcación, como un chorro saltaron treinta ovejas entre los peones de *La Rosada*. Bastó que enfilase una, para que las restantes, dando saltos, se corriesen veloces eludiendo el cruce. En la torpeza de la fuga, pretendiendo salvar un barranco, cayeron las treinta ovejas en una olla, cuenca de agua en remolino.

—¡Bicho ruin!... — gritó don Farías fuera de sí.

Las ovejas nadaban sin atinar hacia dónde dirigirse. Pero el agua ya determinaba sus destinos. Tiraba por llevarlas hacia el turbión. Rebotaban en los barrancos, giraban con violencia y seguían luego aguas abajo, balando con un lamento impresionante. Dos o tres de ellas, consiguieron pasar al otro lado y desde allí llamaban al resto.

Cerraron fila compacta con los peones de *La Rosada* y avanzó el rebaño mañero, poco a poco.

Cuando estuvieron encima del paso elegido, don Cayetano ordenó:

—Aquí no más... ¡Aura hay que apretarlas!...

Llegaba el momento de llevar a cabo una arremetida violenta. Los novillos se internaban con valor, pero las ovejas permanecían medrosas al borde del barranco.

—Acerque las vacas... — gritó a Laguna don Farías.

El contrabandista arreó el señuelo. Y, de golpe, como un avance guerrero, ponchos en alto, las gentes de *La Rosada* la emprendieron a gritos y ponchazos. Algunas ovejas cayeron al agua y en medio de la corriente comenzaron a luchar. Vencida al fin ésta, consiguieron arribar a la otra orilla. Pero eran bien pocas las que se habían librado. Don Farías sabía la eficacia de un hombre "de a pie" en aquellos trances de rebaños asustados. Se apeó y precipitaba las ovejas en el vado. El agua aumentaba su violencia. Los animales parecían comunicarse un miedo recíproco, dilatando sus pupilas ante la avalancha. Venía bogando por la superficie un grueso tronco de molle, barbudo de resaca. Se espantó un novillo y resueltamente cayó de un barranco en un chapalear ruidoso. Tras el vacuno, fueron las ovejas. Pero en mitad del torbellino, el novillo volvió hacia tierra conteniendo los lanares, que formaron de inmediato un remolino, buscando apoyarse unos en otros. Aquel nudo gordiano había que cortarlo, pues se debilitaban por segundos los recursos físicos de los animales. Todos alzaban el morro, ansiosos de salir del atolladero. Fué don Farías quien se lanzó al agua, desoyendo las voces de alarma de Aguilar. Se volcó en la correntada nadando en seguida, pues perdió pie al caer. Y, en medio del cauce, apoyándose en el lomo del

novillo intentaba hacer girar las cabezas de los lanares, enfilándolos en dirección a la costa salvadora. Bastó un débil impulso para que venciesen la correntada, rumbiando uno tras otro.

Mas, cuando don Farías intentó volver a tierra, el cuerpo del vacuno había cambiado de sitio. Se interponía entre él y la vecina orilla. Sus pies debatíanse en el sitio donde corría con más fuerza. Presionaba en sus extremidades el ímpetu del turbión. El resbaladizo apoyo del lomo del novillo se hundía por momentos. Sólo quedaban los amenazantes cuernos, a flor de agua. La escena había durado el tiempo que un jinete tarda en apearse del caballo. Enfilados en la ribera, Trinidad, sus peones y Pancho Aguilar, lívidos, gritaban desordenadamente. Mientras uno atinaba a tenderle un lazo, otro disponíase a arrojarlo, y un tercero, a voz en cuello: "¡Aguántese, don Farías, aguántese, que lo saco!..." gritaba, nervioso, a tiempo que se inclinaba desde su caballo, precipitando la caída al paso, lonjazo tras lonjazo en los cuartos del matungo.

Se oía la voz empapada de don Farías:

—¡No se asusten, no se asusten!... — cada vez más desfalleciente.

El novillo atravesado en el cauce impedía que el peón fuese arrasado. La cornamenta del animal rozaba su camisa suelta, inflada de agua. Y, cuando el vacuno, buscando la menor resistencia puso pecho a la corriente, su cuerpo giró como una puerta, dando paso al del hombre, que enfiló aguas abajo en la furia del torrente. Desapareció una, dos, tres veces, hasta perderse de vista, como un leño seco. Pancho Aguilar, de pie en la costa, con el agua hasta la cintura, parecía surgir del arroyo, ya ahogado, muerto ya, casi putrefacto en su rostro tremendamente lívido. Sus ojos marchaban con el turbión barroso. En la otra orilla, Laguna galopaba a la par de la corriente, como quien sigue una presa herida de bala. Don Cayetano y sus tres peones avanzaron también por la ribera irregular, tropezando en los montículos, cayendo en los pozos. En cada punto negro que boyaba en la superficie, creían des-

cubrir la cabeza del náufrago. Galoparon hasta que se interpuso el brazo del "sangrador" cerrando la isla. Se detuvieron allí los overo-rosados de Trinidad... Sólo avanzaban los potros desbocados del agua, los terribles caballos del arroyo que *vie-ne-cre-cien-do*, sobre cuyos lomos jineteaba la muerte heroica de don Farías.

Un cielo de nubarrones torvos iba también sobre el potrero cerril de la creciente, reflejándose a trechos, donde no boyaba un tronco seco o una rama temblorosa.

El paisano Aguilar, destacado del grupo, regresó solo. Respetaban sus lágrimas de hombre. Iba adelante, como un jefe separado de la tropa. Le seguían don Cayetano, Laguna y los peones. Caía la noche sobre aquel sepulcro de agua, por donde iría la frente despejada del viejo servidor, dando encontronazos con las raíces desgajadas y los troncos sumergidos.

La búsqueda del cadáver se hizo imposible en la noche. El campo, la tranquila llanura, disminuía el dolor de Pancho Aguilar, con su inmensidad calmosa. Una congoja se anudaba a su garganta, como una garra.

Los días subsiguientes se amontonaron en los muros de piedra de la casa. Lentas jornadas interminables. La llanura se le apareció más que nunca como una prisión, cuyas paredes, en lugar de alzarse, se tendían sobre la tierra hasta el horizonte. Al ausentarse el contrabandista Laguna y su gente, volvió a sentir la orfandad de su vida. Pero aquel galope tendido del tordillo del paraguayo, que aún oía sonar en el camino del Norte, iba endureciendo su alma, moldeándola con su eco, como los martillazos en un yunque.

Al anochecer, se alejaba unos metros de la casa de ladrillo, de los galpones, y, apoyándose en un palenque labrado de marcas y señales, contemplaba el campo, ensimismado. Se le habían cerrado todas las puertas y era tan sólo un punto en el vasto círculo del horizonte. Desde la casona de piedra, Malvina observaba el recorrido de la brasa de su cigarrillo. No terminaba de comprender el aislamiento, las preocupaciones últimas de su hombre. Una inundación se había interpuesto en su fuga hacia el Norte. La mañana aquella en que la mujer le cebaba mate, en la certeza de que era la última vez, sobre los campos se tendió el obstáculo capaz de poner término a

EL PAISANO AGUILAR

cualquier empresa. Valla terrible a lo largo de la llanura. Fuerza de la naturaleza colocada en el umbral de la partida. Del cielo, pensaba la china, bajó la maldición de Dios e hizo justicia. Y mirando a su hijo, celebraba su triunfo como si ella hubiese tendido aquel vallado de aguas furiosas.

Al regresar del palenque, el paisano Aguilar volvía serenado, aliviado por el relente nocturno. Volvía satisfecho de sus propias respuestas, de los interrogantes que se formuló. Uno por uno, sus invernadas y potreros parecían haber sido interrogados, desde aquel sitio.

—¿Sabés una cosa?... — le asaltó al verle, Malvina. — Parece que don Farías había hablado de suicidarse, a la cocinera...

Aguilar se detuvo inmovilizado. Las palabras de la mujer le hacían volver sobre la muerte de su peón, eliminada de su mente.

—¡No te aflijás, Pancho!... — continuó. — El pobre viejo quiso ese fin...

Malvina buscaba una solución a las supuestas horas atribuladas del hombre. Las horas de alejamiento de Aguilar la intrigaban, al punto de tentar una hipótesis que pudiera apaciguarlo.

—¿Quién te dijo eso?... — preguntó por lo bajo.

—Y... ¡siempre hablaba de que era mejor terminar que andar penando!... ¡Pa' mí que buscó la muerte en la crecienta!...

—¿Pero no decís que se le oyó hablar de suicidarse?...

Hubo un silencio apremiante. Aguilar prosiguió:

—¿En qué quedamos? ¿Dijo o no que se iba a suicidar?...

—A cada rato lo daba a entender... Y, como iba a quedarse solo otra vez, sin trabajo, a lo mejor...

—¡Ideas tuyas!... ¡Bien le hubiese gustado al pobre salvar las ovejas y volver con nosotros!

Pero Aguilar medía, al tiempo que hablaba, la intención cariñosa de Malvina. Culpable, en cierto modo, de la imprudencia fatal de su servidor, la mujer evidentemente intentaba disminuir su responsabilidad. Lo suponía atribulado, con re-

mordimientos encima. Y, entonces Aguilar comprendió las insinuaciones de Malvina. Si don Farías había buscado la muerte, su conciencia quedaba tranquila para siempre, libre de responsabilidades.

—¿Te parece que se habrá suicidado? — preguntó con suavidad poco común.

—¡Sí, sí!... El viejo iba a sufrir mucho con tu viaje... Se ha tirau pa' morirse... — respondió con seguridad, dándole a las palabras un frustrado tono de convicción, tratando de convencerse a sí misma. Quería a todo trance, quitarle los remordimientos...

La mesa estaba servida. Un lampo de luz atravesaba la penumbra de la galería, donde la noche avanzaba. La figura de Malvina aparecía revestida de contornos misteriosos. Hablaba con arrullos extraños. Una ansiedad de niña, de cachorro a la cadena, contenía sus pasos torpes. Titubeaba en tenderle los brazos al cuello, para aliviar a aquel hombre que suponía dominado por los remordimientos. Pero Aguilar ya no pensaba en la muerte de nadie. Una muerte en el campo, se diluye en la inmensidad, se la devora la llanura, acunadora de todos los olvidos. No eran sombras de supuestos crímenes lo que le alejaba de la casa. Era un deseo de paz, un dejarse penetrar por la atmósfera, por el olor de los campos. Poner oído a las voces que se levantaban a esas horas de la tierra.

Pancho Aguilar, endurecido por la muerte, la consideraba como cosa natural, como el nacer. Libre de tribulaciones, pudo medir el hondo significado de la piadosa invención de Malvina.

—¿Entonces vos creés que se ha suicidado?... — volvió a preguntarle, casi encima de ella.

—Claro; no tenés por qué afligirte así...

Sonrió Aguilar, llevando una mano al mentón de la mujer. Le tomó como a una chiquilla y, presionando en él, inclinó aquel rostro para mirarle los ojos, como se inclina una taza de loza para ver el contenido.

—Sí, se ha suicidau... ¡No podía ser tan maturrango, pa' caer en una trampa de agua!...

Al terminar la frase iba a besarla, cuando hecho un torbellino de gritos y de pasos, se volcó a sus pies el hijo... Aferrado a sus botas, forcejeaba, intentando tumbar al padre:

—¡Al suelo... al suelo!... — gritaba. — ¡Como en el rodeo, al suelo el torito pa' meterle la marca!... ¡Meta jueza!

Carne suya en rebeldía; prolongación de su ser, aferrada a las piernas como un crecimiento monstruoso. En el fracaso, ofrecía esa inmovilidad que la semilla alcanza en alas del viento. Hijo que había traspasado umbrales, deslizándose en su vida poco a poco, como los ladrones y los amantes. Lentamente, hasta adueñarse de la luz y del aire, hasta penetrar por todos los caminos que conducen a la intimidad. La estancia estaba llena de su hijo. Presente en la mesa, presente en el lecho. En el nudo que atara en las riendas; en el rebénque abandonado en la quinta de frutales; en el "carrito" que tropezara más de una vez, en la alta noche; en los carreteles ensartados en un alambre, en los cabos de escoba, pingos briosos entre las mágicas piernas de su hijo. Poblada la estancia de nuevos seres, de pequeñas existencias, de vidas efímeras que servían para dilatar la suya, cada día más absorbente. Colgado de sus piernas manoteaba sin cesar, con una tenacidad digna de animalito sano.

Pancho Aguilar se enredaba en aquella madeja de infancia. Malvina oyó el llanto pedigüeño de su hijo y corrió a darle el pecho. De las rodillas del paisano Aguilar pendía el cuerpo de su hijo, como una raíz hambrienta de tierra.

Reducido en su ropaje urbano, bajó al pueblo. Volvía abofeteado de viento y sol. Sentía en sus manos el campo, el campo que se había enredado allí, sacándole callos. Endurecido, áspero, avanzaba por las calles sin árboles, emparedado, molesto ante la limitación de la visual. En aquel ambiente de piedras y cemento, se sentía un poco vegetal, árbol trasplantado de rugoso tronco. Marchitado el semblante, como las hojas de una fronda revolcada por los caminos.

Al cruzarse con los amigos, percibía el roce de sus miradas. Los ojos de los prójimos ciudadanos, limaban las asperezas de sus ademanes. Y el rostro curtido, era indócil a la sonrisa. Le costaba separar las comisuras de los labios, dilatarlos en un gesto amable, cordial.

En el hotel fincó su presencia de estanciero, con el revólver y el cinto de cuero de lobo, sobre la mesa de luz; con las botas sin lustre, recostadas a la pared, boquiabiertas, en un bostezo; con su chambergo en la perilla de la cama, tal como un carancho en un poste, pastoreando la osamenta.

Luciano, su invariable amigo el rematador, había sufrido cambios en su vida política. Ahora su charla, sus dicharachos, buscaban efectos de orden social. Había abandonado de golpe y porrazo su puesto de lucha en las filas de una fracción tradicional y militaba a la sazón en un grupo de "izquierda". Auguraba, por lo tanto, la solución de los arduos problemas económicos, mediante la implantación de leyes avanzadas, de una legislación que permitiese la explotación de la tierra a un mayor número de personas y en forma intensiva.

—¡Y caminos, caminos, Pancho; para drenarles esa vida pestífera que llevan ustedes; para limpiarles el tumor de la indolencia, de la haraganería hereditaria! Fecundar la tierra,

EL PAISANO AGUILAR

inyectarle una savia nueva mediante nuevas leyes... — charlaba Luciano con un vehemente impulso de rematador.

—¡Dejate de pamplinas!... ¡Van a arreglar las cosas ustedes, los socialistas! — respondió Aguilar a aquella balumba. — Mejor sería que se dejasen de "lata" y se fuesen a trabajar de una vez por todas...

—Antes, hay que hacer leyes que permitan asegurar ese trabajo, que permitan al hombre laborioso cumplir su rol sin que peligre su salud moral... Hay que mandar a las Cámaras hombres preparados y no caudillos analfabetos. Esta crisis, por grande que parezca no lo es tanto... La culpa la tienen los políticos atrasados. Somos un país rico, de abundancia, y estamos padeciendo a la par de los países pobres o ya en decadencia... Es una vergüenza que padezcamos una crisis parecida a la de Francia y Alemania...

—¡Qué me importa a mí Francia!... Déjame de cuentos... — protestó Aguilar. — Yo creo que todo anda mal, por culpa de esos doctores... Se la pasan inventando impuestos. Mirá, sin ir más lejos; p'arreglar una divisa qué me la volcó el temporal, debo pagar el fierro más caro que nunca, cuando las cosas andan como la mona. ¡Más caro el alambre pa' la divisa, que pa' una jaula de canarios!... ¡Todo por los impuestos!...

—Porque no se saben destinar sus rentas... No benefician al pueblo. El partido nuestro quiere una explotación más racional de la tierra. Trabajada como hasta ahora, sólo crea víctimas. La vida...

Y siguió hablando, perorando una hora, mientras se afeitaba el paisano Aguilar con la cautela de quien camina por las piedras con los pies llagados... La navaja, por sentada que estuviese, sostenía siempre una lucha tenaz con la barba hirsuta del paisano. Dura e intrincada barba, áspero rostro, endurecido como su alma; difícil de penetrar, como su inteligencia endurecida, donde rebotaban las palabras jactanciosas del rematador. Seguía la cantinela político-social, mientras Pancho, ya en los últimos retoques, se acariciaba la faz limpia, buscando ese punto rebelde aún a la navaja. Luciano se pa-

seaba por la pieza del hotel, avivado por su discurso. Aguilar le escuchaba como quien oye llover.

—Dejate de ayudar a esa cáfila de señorones politiqueros y pensá que todo lo que se haga en bien de la tierra, se traduce en beneficio personal.

—Mirá, viejo... —dijo con calma Aguilar. —Yo vengo a distraerme un poco. Pa'miserias, tengo de sobra con las de *El Palenque*. Decime —preguntó, cambiando de tema. —¿Es cierto que Sofía pescó novio?

—¡Qué sé yo!... A mí no me interesan esas cursis... —protestó Luciano al verse herido por la indiferencia de Aguilar. —Creo que anda enredada con un abogadito recién llegado...

—¡Ta güeno!... —subrayó Aguilar, con gravedad.

Calmoso, con una parsimonia digna de un filósofo, ordenó unos papeles, encendió un cigarrillo y dijo con voz más tranquila aún:

—Pero, si el mundo está bien como está... ¿Pa' qué desvivirse, si no se puede mejorar? ¡Pacencia!

Pacencia, pacencia... ¡pacencia!... Aquella palabra mal dicha, era un eco prolongado en los oídos del rematador. *¡Pacencia!*... Les fué empujando, les sacó hasta la plaza principal del pueblo. Allí se detuvieron, en un ángulo donde emergían entre helechos, dos magníficos troncos vegetales, mineralizados, muestras de la propiedad particularísima de los ríos de aquella región. En toda la zona era frecuente dar con pedazos de madera, convertidos en piedras. Al borde de los ríos, en los arenales o en las cuencas, cuando las grandes "bajantes" tropezaban con aquellas sorpresas de la naturaleza, juego de las aguas, entretenimientos del tiempo y del clima.

Apoyados en los troncos, descubriendo las vetas, las fibras, la corteza petrificada, aguardaron el paso de nutridas parejas, saludando con esa prodigalidad cordial, tan pueblerina. Una señora, amiga de Sofía, le interrogó al pasar:

—¿Por muchos días, Pancho?

—A pasar Navidad, nada más...

Luciano dilató la pregunta, cuando el matrimonio se alejaba:

—Y año nuevo ¿no lo pasás con nosotros?...

—Año nuevo en *El Palenque*...

Volviéron a mirar los troncos fosilizados. Dos mojones pardos, dos centinelas del reino vegetal, eternizados por la acción de las aguas, por la insistencia mineral de las corrientes.

La conquista y el coloniaje —quizá los indios también — utilizaron los grandes troncos como relleno para los pasos pantanosos. Oficiaron de durmientes, al paso de tropas, caballadas y carretas. Se fueron hundiendo en la tierra y, como premio al sacrificio, la naturaleza los eligió para una vida eterna, incluídos en otro reino, desafiando los siglos. Ahí estaban, en una resurrección impresionante, duros, ejemplares, ásperos.

Con las uñas trataban de descascarar la bien perfilada corteza. Pero, aferrada, mineral al fin, podría quebrarse allí una punta de acero.

—¿Cuántos años se necesitarán para llegar a este estado? —se preguntó en voz alta Luciano.

—Andá a saber; a lo mejor, en poco tiempo, un par de años...

El rematador lo miró de soslayo. Poco tiempo, se dijo. En poco tiempo el tronco de un árbol, no se hace piedra por la acción de las aguas, del limo. Se necesita quizás un siglo... Sin embargo, reflexionó, en qué pocos años, en la intemperie y la bárbara soledad de los campos, un ser humano se convierte en...

Y abandonó el pensamiento para saludar a un grupo de muchachas que se acercaron a curiosear los dos troncos fosilizados. Y, atisbando una por una, en prudentes apartes, se manifestaron sorprendidas por el estado físico "del paisano Aguilar".

—¡Parece otro!... ¡Cómo está de cambiado!...

La retreta daba sus primeros pasos. Las voces y la música hundieron al paisano en un repentino mareo. Veía cambiar de

ENRIQUE AMORIM

sitio a las lamparillas de los arcos, se sentía herido por las primeras luces de los focos de la plaza. El ir y venir de las parejas por las veredas de mosaico, cansó su vista, fija a veces en un detalle insignificante. Seguía los pasos a un perrito que lamía cuanta envoltura de confites y caramelos hallaba bajo los bancos. Cruzaban ratas tamañas, por el vetusto atrio de la iglesia. Los albañales se las tragaban, mientras la noche alta del cielo, engullía las notas estridentes de la retreta. Miraba la comisaría de ventanas bajas, provistas de gruesos barrotes de hierro. Un sargento a la puerta, pesado de machete, cinto de cuero, revólver, galones. Todo le parecía espeso, indigerible.

Hasta que no pudo escapar por el subterráneo del sueño, no se sintió dueño de sí mismo. Anduvo hasta el hotel, evitando encuentros.

Y cayó en el lecho, rendido. Esa noche durmió como un tronco recién talado...

*

31 de diciembre... La noche cálida, mandaba una brisa suave. Gordos cascarudos se estrellaban en los muros, encandilados por la lámpara de petróleo. El verano parecía detenerse en aquella hora última del año.

31 de diciembre... Unos pasos más — de la casa de piedra a los galpones, de la piedra labrada al ladrillo carcomido — y entraba en el año nuevo. Habíase suspendido toda acción, todo movimiento. El campo, bajo la noche estrellada, avanzaba hasta las casas; sorteaba los árboles, cruzaba el patio, se introducía en las habitaciones. Abiertas de par en par las puertas, el campo comenzaba en las patas de la mesa del comedor. El campo terminaba, como un perro luego de una correría, echado bajo la mesa del comedor...

31 de diciembre... Un año más, un año menos. Alguien se había entretenido rasgando los almanaques, que ya mostraban todos la carnecita colorada del 1 de enero...

31 de diciembre... Árboles asomados a la llanura, avanzadas del hombre, con sus llamados constantes, sin respuesta.

EL PAISANO AGUILAR

El campo permanecía impenetrable, y su vasto paisaje, atrapador y absorbente.

31 de diciembre... Sonaron las doce. Doce pequeños fardos dorados que dejó caer el viejo reloj, para seguir una vez más contando sus pasos, como una persona que continúa su camino.

Año Nuevo...

Malvina se acercó al paisano Aguilar, de pie e inmóvil, como un árbol. Le miró en silencio. Pancho Aguilar levantó su pesada diestra, la posó en la nuca de la madre de sus hijos y golpeó en ella repetidas veces, cariñosamente. Después, dejó caer la mano sobre el hombro, hasta hacerla rodar por los brazos desnudos de la mujer.

Y nada más. Que se quedó buscando el perdido horizonte en la noche, desparramando sus pupilas en las pampas que comenzaban bajo sus pies.

Se formuló una tras otra, muchas preguntas. Oyó, como alucinado, voces inquisitivas. Y se mantuvo de pie, junto al palenque. Era un punto en la inmensidad. Oyendo, no atinaba a responder.

Porque aún no ha comenzado el diálogo entre el hombre y la llanura.

FIN

Este libro se terminó de
imprimir el 9 de noviembre
de 1946, en los Talleres
MACLAND (S.R.L.)
Córdoba 3965 - Bs. Aires

EDICIONES SIGLO VEI TE



Colección Música y Ballet

ANETTA KOLE — Mozart.
KLAUS MANN — Tchaikowsky.
GUY DE POURTALES — Chopin (Canción Inol-
vidable).
FRANZ WERFEL — Verdi (La novela de la
ópera).
ROMOLA NIJINSKY — Nijinsky.
JOHN ERSKINE — Mendelssohn (Canción sin
palabras).
MARY TIBALDI CHIESA — Schubert.
ALFRED COLLING — Robert Schumann.
H. E. JACOB — Johann Strauss.
RENE DE SAUSSINE — Paganini.
MARY TIBALDI CHIESA — Mussorgsky.

Obras Varias

W. HENDRIK VAN LOON — Historia de la biblia.
LIN YUTANG — La sabiduría de Confucio.
TOMAS CARLYLE — El Doctor Francia.
BLAISE CENDRARS — Antología negra.
A. CROISSET — Las democracias antiguas.
EUGENE DABIT — El Greco y Velázquez.
F. FUNCK-BRENTANO — El Renacimiento.
ANDRE GIDE — Páginas de diario.
MAXIMO GORKI — Tres rusos.
PAUL GSELL — Las opiniones de Anatole France.
WALTER MEHRING — Timoshenko.
FIRMIN ROZ — Wáshington.
Dr. TOULOUSE — Cómo se forma una inteligencia.

Colección: Economía y Política Social

HAROLD J. LASKI — La crisis de la democracia.
FERNANDO LASSALLE — ¿Qué es una consti-
tución?
Sir BERNARD PARES — Rusia y la Paz.

Colección La Aventura del Pensamiento

J. B. S. HARDANE — La filosofía marxista y las
ciencias.
" " " " — Herencia Política.
HARVEY BEACE LEMON — Los rayos cósmicos
al día.
Sir ARTHUR EDDINGTON — La expansión del
universo.